una buena amiga

vol. 2



a. m. irún

una
buena
amiga

vol. 2

a. m. irún

Copyright © 2024 A. M. Irún

Una buena amiga
vol. 2

A. M. Irún

Primera edición: julio 2024

Este libro o cualquier porción del mismo no puede ser reproducido o utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas en artículos críticos y reseñas.

Para obtener permisos de uso, contacta con la autora en hola[@]nicoporfavor.com

Cualquier parecido con la realidad
es pura inspiración.

Antes de empezar...

La novela que estás a punto de leer es la segunda parte de una serie. Si aún no has leído "Una buena amiga vol. 1", te recomiendo comenzar por ahí para comprender mejor la historia y los personajes.

¡Disfruta de la lectura!

capítulo 1

en el que todo se complica

FIN.

Así, en cursiva y centrado. Lo había visto en algunas novelas e Isabel creía que así debía terminar la suya.

Aquel era el final esperado, sin duda. Por fin, sus protagonistas tenían su deseado final feliz, juntas para siempre, tras 30 años de paciente espera.

El cursor parpadeaba pero Isabel no. Todavía le duraba la neblina de cerveza y tortilla que se había traído del barrio de Diana. Hasta que no empezaron a escocer los ojos, no se dio cuenta de que llevaba un rato sin parpadear. Echaba todo el peso de su cuerpo hacia los riñones y le salía una joroba que, tardó también un rato en darse cuenta, le cargaba el cuello. Corrigió la postura.

Algo no funcionaba en aquel final. Había vuelto de su cita con Diana dispuesta a terminar con la novela, y su historia, de una vez por todas. El copo de nieve había crecido, ganando cuerpo y capas, tal como le había dicho su *coach* literaria, y ahora su novela era una tormenta de nieve que la había dejado fría.

Si estaba escribiendo la historia de Cris y Soraya para entenderse a sí misma, ¿por qué se sentía tan vacía? ¿Era esa la sensación que se le debía quedar a un escritor cuando termina una novela?

Se levantó y se hizo un té. El calor de la taza le ayudó a desentumecer los dedos. Ya no escribía guiones ni tocaba la escaleta. Para lo primero tenía a su equipo y lo segundo se hacía de manera casi automática. Los 12 minutos de entrevista, ni uno más porque entra la publi; los 18 para comentar la noticia del día, una que tuviera enjundia, pero cuyas posturas pudieran resumirse en dos o tres intervenciones por colaborador; y entre medio las ráfagas, las promos y las publis. Contenido en los huecos que dejaba la sociedad de consumo. Eso era la tele. “Tienes que hacer que tu contenido cuente”, le decía Mati para convencerla de llenarlo con gays, lesbianas, bisexuales, trans y no binaries.

Se sentó de nuevo frente al portátil. Le daba vueltas a la cabeza sobre qué quería contar. Ya no estaba segura de si le interesaba la historia de Cris. Releyó su conversación más reciente.

Isabel: ¿Qué tal esta noche? ¿Objetivo cumplido?

Cris: [emoji de pulgar hacia arriba]

Eso fue todo. Ella intentando sonar desinteresada con la pregunta y Cris lacónica, castrense, binaria, pulgar arriba. ¿Cómo pretendía escribir su historia con eso? ¿Cómo pretendía escribir una historia si se moría de celos por sus protagonistas?

¿Era realmente la historia que quería escribir?

Se acordó de la letra de aquella chica que había llevado a su programa. Una joven lesbiana que se hacía llamar rapera, pero que en realidad era un cuadro andante. Decía algo como que escribía solo para no ser ella, vivía esquivándose, “romantizándolo todo y llorando por algo que no va a pasarme”. Aunque por fuera no lo pareció, profesional ante todo, aquella reflexión la

dejó tocada y se le quedó pegada en la nuca, como el cañón de una pistola cargada.

La bala salió disparada: “Escribe lo que te salga del coño, que para eso es tu libro”.

Su mirada se quedó perdida en el humo que salía de la taza.

—A la mierda —dijo.

Aprovechó el calor de sus dedos para tomar impulso sobre el teclado.

Nuevo documento. Hoja en blanco.

—Vamos allá.

Ahora sí, sus dedos bailaban claqué sobre las teclas. A veces las pisaba con furia, otras con más cariño, las menos apenas eran una caricia. Era como si transmitiera en morse la historia y su cuerpo sólo fuera un canal desde su cerebro y su corazón hasta la hoja cada vez menos en blanco para contar la historia que tenía dentro, muy dentro.

Se le hizo de día escribiendo.

YA no eran las niñas de 15 años llenas de complejos que no sabían de qué iba la vaina. Cris besaba a Soraya como si lo llevara haciendo años, como si sus labios se conocieran. Ahora eran dos mujeres de 40 años sin complejos, con más experiencia, con más madurez… dándose el lote en un portal.

Vale, no era el escenario ideal para su primera vez, pero no iba a permitir que se le escapara la oportunidad una vez más.

—Intenta no gemir —le pidió a Soraya.

Ella asintió, le pareció una orden sencilla. Entonces, Cris le metió la mano en el pantalón y una exhalación le manó de la garganta.

—Shhh.

—Va a ser difícil no gemir si me pones tan cachonda —le susurró Soraya.

El coño de Cris hizo aguas por todas partes. Por un momento pensó que le había venido la regla.

Sus dedos también se movían seguros entre los labios de Soraya. Tanto tiempo soñando con este momento y nunca lo imaginó así. En la playa durante el viaje de estudios, en la parte de atrás de un autobús durante una excursión, incluso en los baños del Instituto aprovechando el recreo. Pero nunca, nunca en un portal ajeno siendo ya adultas. El tiempo se le había escapado entre los dedos que ahora se movían en el interior de su mejor amiga y aquel polvo rápido de pie y en silencio lo sintió como una derrota. Cris hundió su cara en el cuello de Soraya. Había pescado el pez, ya llegaría el momento de subirlo a la barca. Debía sujetar fuerte la caña y asegurarse de que se quedaba enganchado en el anzuelo. El olor a mar comenzó a subir y Cris bajó a bucear.

—Espera, espera, espera —dijo Soraya. La obligó a separarse—. Es que…

—¿Qué pasa? —Cris agarró con fuerza la caña.

—Debe ser por la edad —comenzó a decir su amiga—, pero es que me huele el chichi raro.

En la oscuridad del portal no se vio, pero Cris pestañeó muy rápido. Igual algunos complejos sí había. Serían adultas, pero no dejaban de ser mujeres.

—¿Cuántos chichis te has comido para saber si sabe raro o no?

—Mujer, seguro que no tantos como tú, pero yo sé que el mío ahora huele raro, así que tiene que saber raro.

—¿Cómo de raro?

—No sé, como más fuerte. Más rancio.

—¿Rancio?

—Sí —insistió Soraya, que seguía hablando en susurros—. Ya te digo, debe ser por la edad,

se me está poniendo el chocho de vieja ya.

Cris metió la cabeza en su camiseta para ahogar la risa. Luego la sacó. Tenía el pelo despeinado.

—No sé cómo lo tenías antes ni si lo tendrás de vieja, pero a mí me parece que está perfecto.

Cris se zambulló de nuevo en las aguas de Soraya, que intentó retenerla entre risas ahogadas. Imposible. La determinación de Cris era arrolladora. Su lengua, también. Acabaron tumbadas en la escalera, apoyando la espalda como podían para no clavarse el borde del escalón.

El portal se inundó de suspiros, gemidos y olor a rancio. Escucharon una puerta abrirse dos pisos más arriba cuando Soraya recuperaba la respiración. Siguió el sonido de un clac y se hizo la luz.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz masculina cargada de falso valor.

Las dos mujeres se incorporaron rápidamente y, entre risas, salieron corriendo del portal cogidas de la mano.

Corrieron más de lo que era necesario, lejos del escenario del crimen. Se detuvieron exhaustas al volver una esquina. Tardaron unos segundos en ubicarse y localizar el camino hacia la parada de autobús. De vez en cuando, Cris miraba hacia abajo, para asegurarse de que era su mano la que estaba enlazada a la de Soraya. Luego la miraba a ella y le sonreía. Soraya le devolvía el gesto unos segundos antes de voltear la mirada al frente. Cris elevó las manos y le dio un beso en el dorso. Era la noche perfecta: ni frío ni calor, con algo de tráfico, pero sin ser ruidoso, y con las calles recién barridas. Las luces de la ciudad les hacían de telón de fondo.

—¿Nos vemos mañana más tranquilas? —preguntó Cris.

Soraya sonrió de manera algo forzada.

—Esto… —dijo cuando llegaron a la parada—. ¿Podemos mantenerlo en secreto? Si Diana se entera, se le romperá el corazón.

El de Diana no sabía, pero al suyo se le había abierto una grieta. Clavó la mirada en el suelo.

—E imagino que a Isabel tampoco le gustará descubrirlo —añadió Soraya.

—Por Isabel no te preocupes —musitó Cris.

—Ah. ¿Tenéis una relación abierta o algo así? —El tonillo también estaba cagado de falso valor.

—Más o menos.

Un camión de la basura llegó para añadir más ruido a los pensamientos de Cris.

—Chica, la gente de la tele es tan moderna —respondió Soraya. Había un deje amargo en su voz.

Era como aquel juego de decisiones imposibles al que jugaban de pequeñas: ¿Qué prefieres: acostarte con Leo DiCaprio y no contárselo a nadie, o no hacerlo y poder decir que sí? Cris se había acostado con Soraya y no podía decirlo. Y no se había acostado con Isabel y podía decir que sí.

¿Qué prefería: algo real y secreto o una mentira pública?

Porque lo suyo con Isabel era mentira, ¿verdad?

CON la cabeza metida en la bañera se piensa de otra manera. Era como si el bucle en el que estaba metida Diana hiciera *skateboard* de una pared a otra. Una pirueta por aquí, un tirabuzón por allá, y el enredo argumental en el que estaba metida se liaba más.

En el silencio de la noche, su respiración hacía eco entre las paredes de la chapa blanquecina.

Encendió el grifo y dejó que el agua corriera. Todavía se sentía mareada por las cervezas y por la conversación con Isabel.

Unos pasos desnudos por el pasillo la salvaron de nuevo.

—¿Qué haces, mami? —preguntó Nerea frotándose un ojo con el nudillo.

Diana tuvo cuidado de girarse y no mojar el suelo.

—Me estoy quitando el tinte. Vuelve a la cama.

—¿Y Soraya? —preguntó de nuevo la niña.

—Está en una fiesta. No sé cuándo vendrá.

—Pero vendrá, ¿verdad?

Nerea hizo de canal hacia el exterior de los peores temores de su madre, como una medium en una sesión de ouija.

—Sí, cariño, vendrá —Diana se sorprendió de oír su propia voz diciendo aquello con tanta seguridad.

La niña se acercó y toqueteó los productos que descansaban en una esquina de la bañera.

—¿Y de qué color te vas a poner el pelo ahora?

—De ninguno. Y deja de tocar que te mancharás. Además, es tóxico.

Para Diana era difícil imponerse a su hija con la cabeza mojada y de rodillas. Y parecía que la niña lo sabía.

—¿Me puedo envenenar?

—Sí. Y morirte lenta y dolorosamente. Y tú no quieres morirte, ¿no?

—No, pero me acabas de dar una idea para la novela. Voy a la cama a desarrollarla.

—Ale, venga —Acertó a darle una palmada en el culo.

Cogió la alcachofa de la ducha y se aclaró el pelo. El agua se tiñó de amarillo pálido. Ahí, llena de inseguridad y rendida frente a la bañera, a Diana le asaltaron los recuerdos de una victoria, como si su mente necesitara aferrarse a algo positivo para no ahogarse en el pesimismo.

Efectivamente, de pequeña no había sido la más popular del pueblo. Pelirroja y chicazo, menudo combo. Si no hubiera tenido los abuelos que tuvo, que sembraron bondad en el pueblo y dieron fruto al cariño de la gente, ella lo hubiera pasado realmente mal. En el Instituto, donde nadie conocía a sus abuelos, la cosa cambió. Tuvo que afeminar sus gestos, su pose, su manera de hablar para poder, por lo menos, pasar desapercibida. También entonces, empezó a teñirse el pelo a tonos más castaños. Hasta que llegó Geri Halliwell y se atrevió a abrazar de nuevo su cabello rojizo.

Aun le sorprende no haberse quedado calva con tanto producto capilar.

Lo malo es que ella no tenía la personalidad arrolladora de la Spice Pelirroja ni, por supuesto, era una cantante mundialmente conocida que lo mismo le tocaba el culo al príncipe Carlos que se enfundaba un vestido de la Union Jack, pero le sirvió para sobrellevar las hostilidades de la adolescencia de cualquier chica de su edad.

Apretó fuerte los puños y aguantó el tirón hasta que pudo terminar la educación obligatoria y saltar a la formación profesional.

El agua ya salía cada vez menos amarilla.

Le gustaba ir a los bares de ambiente y conocer a chicas. Mantuvo alguna relación, pero hasta que no llegó Carmen no se atrevió a llevar a ninguna al pueblo bajo el título de novia.

El día que paseó con ella y con una Nerea bebé por las calles que la vieron crecer lloró. La gente la paraba, las saludaba, decían lo bonita que era la niña, lo mucho que se parecía al abuelo, lo feliz que se las veía. Llegó a casa drenada emocionalmente, pero feliz. Ni en un millón de años se lo hubiera imaginado.

Luego llegaría la vecina y lo arruinaría todo.

Escuchó las llaves y rápidamente se escurrió el pelo y se lo guardó en una toalla. A ver cómo le explicaba a Soraya que se estaba lavando la cabeza a las 3 de la mañana.

La cabeza de su novia apareció en el baño.

—Me voy a la cama. Estoy muerta —dijo de corrido.

—¡Un momento!

Soraya volvió sobre sus propios pasos.

—¿Qué tal? ¿Te lo has pasado bien?

—Sí, no sé —respondió Soraya como si un vampiro le hubiera succionado la energía—. Todos estábamos más calvos, más gordos y más fláccidos.

—Menos tú —dijo Diana—. Y Cris, claro. ¿Qué tal con ella, por cierto?

Se esforzó por no traspasar un ápice de desconfianza a sus palabras.

—Bien. Sin más.

—Pero, ¿os lo habéis pasado bien?

—Sí. Escucha, Diana, estoy agotada. ¿Lo hablamos mañana?

—Claro.

Diana se quedó sola de nuevo. Se quitó la toalla. Todavía quedaba algo de tinte rubio, pero se dio por vencida. Ella también estaba cansada y decidió pasarle las preocupaciones a la Diana del día siguiente.

EL sol de la tarde entraba a través de los agujeritos de las persianas bajadas. En la pared podía verse pintados por la luz algunos agujeros que hizo el granizo de la última tormenta. Soraya rebuscaba en la caja de los medicamentos alguno que pudiera aliviar a su madre. Usaba su móvil de linterna y le vibraba de vez en cuando. Nerea estaba usando el móvil de Diana para mandarle ideas para una nueva novela. Mientras tanto, su madre tosía y la vida se le escapaba en cada expectoración.

Se estaba poniendo de los nervios.

—¿Hoy tampoco ha venido Félix? —preguntó su madre con el poco aire que le había quedado tras su último ataque de tos—. Al final voy a pensar que os habéis separado.

Siguió rascando con sus uñas las cajas de medicamentos. Aquello parecía una farmacia. Encontró una y sacó el prospecto. Cualquier cosa con tal de evitar la respuesta de su madre.

Receta para el Medicamento "Evadol"

Indicaciones: Este medicamento se prescribe para evitar enfrentamientos y el dolor emocional causado por el rechazo. Se recomienda tomarlo siempre que sea necesario para evitar cualquier tipo de conflicto o situación incómoda que pueda desembocar en más dolor.

Composición:

Conformitol (50 mg), Acomodina (25 mg), Inercitol (100 mg), Silenciofilina (10 mg), Disimulatoide (5 mg).

Administración:

- Dosis: 1 toma cada vez que se presente una petición, tarea o confrontación.
- Frecuencia: Sin límite máximo diario, tomar tantas veces como sea necesario para evitar el dolor emocional.

Modo de Empleo:

- Tome una dosis en todas las ocasiones que su madre le pregunte por la ausencia de su marido.
- Tome una dosis siempre que su pareja le pregunte en qué piensa, si la sigue queriendo o si considera que tienen que hablar.
- Tome una dosis si necesita afrontar los verdaderos sentimientos hacia su mejor amiga.

Efectos Adversos:

- Ansiedad: El uso prolongado puede aumentar los niveles de ansiedad debido a la acumulación de responsabilidades y la falta de tiempo personal.
- Estrés: La sobrecarga de temas pendientes de afrontar y compromisos rotos sin hablarlo puede

llevar a un estrés significativo.

- Baja Autoestima: La incapacidad de establecer límites puede resultar en sentimientos de insuficiencia y baja autoestima.
- Problemas de Salud Física: El estrés crónico puede manifestarse en problemas físicos como dolores de cabeza, problemas digestivos, insomnio y enfermedades cardiovasculares.
- Conflictos Relacionales: La falta de comunicación y establecimiento de límites claros puede generar resentimientos y tensiones en las relaciones.

Advertencias:

- El uso excesivo de "Evadol" puede ser perjudicial para la salud mental y física.
- No se recomienda como solución a largo plazo para evitar conflictos o dolor emocional.
- Consulte a un profesional de la salud mental si experimenta síntomas persistentes de ansiedad, estrés o baja autoestima.

Precauciones:

- Valore su bienestar antes de tomar una dosis.
- Considere alternativas saludables, como el aprendizaje de técnicas de comunicación asertiva y el establecimiento de límites claros.
- Evite mezclar con mentiras para minimizar los efectos adversos.
- El alcohol y las emociones fuertes pueden anular sus efectos.

—No, mamá. Todo está bien. De verdad.

Si mentía a su propia madre, cómo no le iba a mentir a sus amantes.

¿EN qué momento le pareció que la escalada podría ser su nueva afición? Ya no tenía necesidad de ligar y nunca se le habían dado especialmente bien las actividades físicas. Y sin embargo, ahí estaba, evitando su caída con apenas dos dedos asidos al agarre. Soraya sospechaba que los pulgares de sus pies también estaban apoyados en algún sitio, pero el vértigo le impedía mirar abajo. Desde abajo, una voz masculina le decía dónde podía agarrarse mejor, pero ella no veía nada. No terminaba de estar bien agarrada en una presa y no acababa de alcanzar la siguiente. Apretó los dientes mientras pendía de un hilo. Qué burda metáfora de su vida.

A su lado, Cris saltaba como un mono de un agarre a otro, como si hubiera hecho escalada toda su vida.

—Mola, eh —dijo. Su brazo parecía el de Boomer y alcanzó un agarre sin esfuerzo. Tomó impulso y se balanceó de manera lateral para apoyar sus pies en un nuevo escalón.

—Joder, eres todo músculo.

Con un par de saltos, Cris llegó hasta ella. La sonrisa le inundaba la cara y tenía el pelo despeinado. Estaba radiante, guapísima, feliz. Como cuando jugaba a fútbol en el recreo.

—Te tiembla todo el cuerpo —le dijo.

El beso que le dio no ayudó a relajarla. Cris besaba diferente a como lo hacía Diana. Si la maquilladora lo hacía de manera lenta y pausada, casi con miedo a no equivocarse, Cris lo hacía con una energía que no había conocido hasta entonces, ni en los primeros meses con Félix. Con Cris todo parecía estar en el límite de lo real. Volvió a besarla y, una vez más, la dejó sin fuerzas. Soraya no tuvo dónde asirse para mantener el equilibrio. Se le resbaló el pie y dejó de luchar contra la gravedad. Desde abajo tiraron de su cuerda y Soraya se quedó colgando unos segundos, a la espera de que la bajaran. Una vez en tierra firme, miró hacia arriba. Cris disfrutaba como una niña de la escalada. Estaba determinada a llegar a lo más alto. No era la única que la observaba. Varias mujeres miraban a Cris moverse grácilmente por la pared. Una de ellas sacó un móvil y le hizo un vídeo. ¡Claro! La habrían reconocido de las revistas. Al fin y al cabo, aquello estaba lleno de bolleras y en lo más alto estaba la novia de Isabel Romero.

Cris tocó la parte alta de la pared y descendió segura y decidida, como si llevara años haciendo escalada. Algunas mujeres aplaudieron la hazaña.

—Nada mal para mi primera vez, eh —dijo mientras se dejaba quitar el arnés por un

trabajador.

—A ver, es la pared infantil —dijo el hombre rompiendo su orgullo en mil pedazos.

Dejaron que el hombre se fuera y se quedaron un rato de pie a ver a los niños escalar.

Soraya se sacudió las manos de talco. Definitivamente, la escalada no era lo suyo. Podía tener las manos llenas de barro o pintura, pero desde luego no podría soportar tener las manos llenas de callos.

—Parece que hemos encontrado lo que se te da mal —bromeó Cris.

La agarró de la cintura y la apretó contra su cuerpo. Le llegó como una suave brisa. En un principio se dejó llevar. Era como volver a la discoteca, a los años 2000, a la noche de su primer beso. A veces Soraya sospechaba que todavía no había salido de ahí. Escuchó unas risitas de fondo, se zafó disimuladamente de los brazos de Cris, fingiendo que necesitaba estirar los músculos.

—En realidad me da igual —respondió Soraya—. Creo que saltaba de *hobbie* en *hobbie* porque no acababa de sentirme a gusto con mi sexualidad, ¿sabes? Como si necesitara otras personalidades que no fueran la mía.

Cris asintió con la barbilla arrugada. No era normal: Soraya jamás había tenido un interés especial en desarrollar nuevas habilidades. Ni siquiera en perfeccionar las suyas. Además, para eso necesitaría descubrirlas primero. Muchas veces sentía que un ficus era más interesante que ella y debía inventarse una personalidad que no era la suya para que nadie descubriera el pastel.

—¿Y ya te sientes cómoda contigo misma? —preguntó Cris que volvió a estrecharla contra su pelvis.

Soraya asintió con la cabeza. Una vez descubierta, le resultaba muy difícil resistirse a la energía masculina de Cris.

—¿Y yo tengo algo que ver con esa comodidad?

—Tú siempre me has hecho sentir muy cómoda, Cris.

La aludida sonrió con satisfacción, sus hoyuelos al descubierto. Nunca hubiera dicho que a Cris le gustaran los ficus.

—Han abierto un vegetariano en mi barrio. ¿Vamos luego y hacemos la digestión en mi casa? —dijo Cris. Intentó darle un beso pero Soraya se apartó de nuevo y se lo dio en el hombro.

—¿Ocurre algo?

—Las he visto hacerte una foto —Soraya señaló con la cabeza a dos mujeres que las seguían mirando.

—¿Y?

—Pues… —Soraya se la llevó a un aparte, lejos de las miradas—, que la pueden vender a los medios.

—¿A los medios? —Cris estaba genuinamente perdida. Estiró el cuello para ver a esas *paparazzi* improvisadas.

—¡Se va a enterar Isabel de que le pones los cuernos!

—Ah, eso —dijo Cris. A Soraya le escamó que ni ella misma hubiera caído—. No te preocupes. Isabel y yo no estamos juntas.

—¿Cómo que no?

Cris abrió la boca un par de veces para decir algo y la cerró al instante. No acababa de explicarse y Soraya se estaba impacientando.

—¿Qué ocurre, Cris?

—Nada, nada… Ya sabes que la relación entre Isabel y yo no es… normal, digamos.

—¿Es una relación abierta? No es habitual, pero tampoco debes hacerla de menos. Se os

ve bien.

Las vueltas que daba su cabeza para defender la relación de su actual amante con su pareja todo para poder mantener en un secreto interesado para ambas su propia relación. Soraya se frotó las sienes acalorada por el ejercicio mental.

—¿Ah, sí?

—Sí, no sé —respondió todavía molesta por la jaqueca momentánea—. Se os ve con complicidad, con confianza entre las dos.

Cris se acarició la nuca y un ligero rubor atacó sus mejillas.

—Bueno, ella lo pone muy fácil, la verdad.

—¿Fácil?

—Sí, no es como piensas. Isabel es divertida, y juguetona, y considerada, y muy cercana. En la intimidad de su casa es muy diferente a como se muestra en plató.

Soraya abrió los ojos al descubrir que no era la única que se inventaba una personalidad para su día a día. Luego los abrió más al escuchar a Cris seguir alabando a la presentadora.

—Le encanta el cine clásico y no cocina. Y sí, a veces es un poco arrogante, pero por lo general es una mujer tranquila. Le gusta vivir suave. Sólo le hace falta una persona con la que hacerlo.

—Y tú eres esa persona —asumió Soraya.

Los ojos de Cris se llenaron de sorpresa al oír eso. Comenzó a titubear, a mover las manos de manera nerviosa, a no saber dónde meterse. Buscaba una respuesta que no encontraba. Y Soraya tampoco estaba segura de qué respuesta quería oír de Cris: si que efectivamente sí era ella la persona con la que Isabel quería vivir suave, dejando lo suyo en una mera anécdota por los viejos tiempos, o lo contrario, que para Cris sólo había una mujer en su vida y era ella.

De nuevo, la jaqueca. ¿Dónde estaba el Evadol cuando lo necesitaba?

—¿Sabes qué? —dijo Soraya—. Vamos a ese vegetariano. Me ha entrado el hambre

A veces Cris hacía visitas a domicilio. Cargaba con la mesa de masajes por la ciudad a cambio de un dinero extra en metálico, que siempre venía bien. Muchos eran clientes de la clínica que necesitaban un masaje de urgencia. Futbolistas con la ansiedad por las nubes que sentían que avanzaban algo en su recuperación con un masaje extra, aunque Cris apenas lo hiciera de manera superficial.

Salió del edificio tras el trabajo hecho y el bolsillo lleno. Era una forma de hablar. Guardaba el dinero en un bolsillo escondido de la mochila que hasta a ella le costaba acceder. Se echó crema hidratante en las manos y se dirigió al metro con paso apretado. Era el barrio de Isabel y no quería toparse con ella por nada del mundo.

Estaba a punto de doblar la esquina de la plaza donde estaba la boca del metro cuando vio en la acera opuesta a Soraya y Diana paseando con la hija de esta. Intentó pasar desapercibida, pero era difícil no llamar la atención cuando llevas encima una camilla de masaje.

—¡Cris! —La llamó Soraya. Ella hizo como que no la había oído, así que Soraya elevó los decibelios—. ¡Cris, aquí!

La hubiera seguido ignorando si Soraya no hubiese cruzado la calle para saludarla.

—Ah, hola, no te había visto.

—¿Qué haces tú por aquí? —La breve carrera la había dejado sin aliento.

La fisio miró la camilla preguntándose si la respuesta a la pregunta no era evidente. Soraya estaba nerviosa. Se mordía el labio, justo en la parte del agujero del piercing que se hizo sin avisar a sus padres, y se guardaba sus manos en los bolsillos para no delatarse.

—De casa de Jorginho —Y al ver que Soraya no sabía identificar la referencia, se explicó

—. Es un futbolista.

Pensó que Isabel lo hubiera identificado a la primera. Luego pensó en por qué pensaba en Isabel cuando tenía a Soraya delante de ella.

Diana y su hija cruzaron la acera cuando el tráfico se lo permitió.

—Ay, qué mona, ¿vas a cuidar a Isabel? —dijo Diana.

—¿Cómo?

—¡Sí, va a cuidarla! —Soraya respondió por ella—. Porque son novias, ¿verdad, Cris? Y eso es lo que hacen las novias.

—S-Sí —dijo Cris.

—¿Y no llevas nada? —Diana la olfateó como un perro—. ¿Una sopa o algo?

—Lo lleva en la mochila —volvió a adelantarse Soraya—. Seguro que llevas caldo de tu madre. Y croquetas. ¡Qué ricas las croquetas de tu madre!

Su madre vivía a kilómetros de ahí desde que su hermano saliera del armario, y Soraya lo sabía. Se pegaron una tarde entera llorando cuando se despidieron, pese a que era la crónica de una despedida anunciada puesto que tras el verano irían a universidades diferentes. Soraya se adentraba cada vez más en el teatrillo ante la atónita expresión de Cris que Diana no entendía, o no quería entender.

—Oye, pues nada, te dejamos —dijo Diana—. Yo subiría a verla, pero no quiero que Nerea pille nada, que esta semana tiene los exámenes.

La niña se dio por aludida y protestó porque había olvidado por completo lo estafada que se sentía con el colegio por cómo le habían ido arrebatando los juegos y pinturas por deberes y exámenes sin apenas darse cuenta.

—Sí, bien, vale —Cris giró sobre sus talones; la casa de Isabel estaba en dirección opuesta al metro—. A-adiós.

Aún se dio la vuelta un par de veces para ver si la familia feliz la seguía mirando y certificar que sí, que ahí estaban, saludándola con la mano, observándola de lejos, obligándola a seguir caminando hasta el edificio de Isabel.

A lo que se dio cuenta, estaba en la puerta de la presentadora con un dedo en el timbre.

Escuchó el rascar de la mirilla abriéndose.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Isabel sorprendida. El ojo de pez aumentaba el gesto de fastidio de Cris.

—Vengo a cuidarte, como la buena novia que soy.

—Ja —rio la presentadora—. No hace falta. No quiero que me veas así.

—Venga, abre la puerta. Estoy cansada —señaló la mesa camilla para que Isabel la viera —. Te he traído croquetas de mi madre.

La mirilla volvió a rascar el marco metálico. Hubo un silencio. Cris miró a un lado y a otro, esperando algún sonido que le ayudara a adivinar qué venía ahora. Nada.

—¿Me vas a abrir o qué?

—Me estoy arreglando un poco. Un momento.

—Tía, me da igual cómo te veas. No he venido a ligar contigo.

Por fin, Isabel abrió la puerta con cara de indignación.

—No lo hago por ti. Lo hago por mi reputación.

—¿Y tu reputación me deja pasar ya? —preguntó Cris con sorna.

—Sí, pero sólo por las croquetas.

Cris le sacó la lengua cuando pasó por su lado. Isabel sonrió al olerla.

—No hueles a croquetas.

—He mentido. No traigo nada.

Isabel siguió a Cris que se había metido hasta la cocina de su casa.

—¡Serás traidora! —dijo la presentadora—. Era un guiñapo que se esforzaba en sonreír —. Oye, ¿tú no tendrías que estar con Soraya?

El retintín se alargó hasta que Cris se giró hacia ella. Sobre su cabeza, un armario abierto con dos vasos y un plato.

—Soraya está con Diana —dijo con sequedad. Abrió otro armario donde encontró otro vaso y media docena más de platos.

—Pues claro. Es que es su novia.

—Yo soy su novia —respondió—. También.

—No, querida, tú eres la amante.

Cris abría los armarios cada vez con más desesperación. Entre las obviedades de Isabel y que en esa casa no había nada decente con lo que cocinar algo se estaba poniendo de los nervios.

—Pues que sepas que me ha dicho que la va a dejar.

Por fin, un paquete de fideos chinos. Miró la fecha. Estaban caducados desde hacía un año.

—¿A Diana? —preguntó Isabel sorprendida.

Cris lanzó el paquete al armario.

—¿En esta casa no hay nada para comer?

—No tengo hambre —dijo Isabel.

—Yo sí —No podía pensar con el estómago vacío, pero es que aunque lo tuviera lleno, no podía poner su mente en Soraya. Era como esas flores que si las tocas se marchitan, pero al revés. Podía tocar a Soraya, estar con ella de manera intensa durante un rato, el rato que no estaba con Diana o no estaba con su ex marido en casa de su madre. Pero si pensaba en ellas como en una pareja… La cosa se esfumaba. 30 años después, lo suyo con Soraya seguía siendo un espejismo—. ¡Anda! —Cris se acercó a la tele. Le veía bien algo que la distrajera de sus pensamientos. Fue al salón y se plantó delante del aparato, como si esperara que la radiación electromagnética le limpiara el aura. En la pantalla, Audrey Hepburn estaba congelada a la espera de que alguien le diera al *play* y continuara la película—. ¿'Sabrina'?

—'Vacaciones en Roma' —le corrigió Isabel—. No pareces de las que reconocerías una peli de Audrey Hepburn.

—¿No? Vaya. Ahora entiendo por qué no ligo con presentadoras famosas.

Se mordió la lengua. Ligar con mujeres le salía solo, salvo cuando quería ligar con una mujer en concreto. Isabel, por contra, le sacó la lengua.

—De todas maneras, me gusta más Rock Hudson. Creo que fue mi primer mito erótico, fíjate —confesó Cris. El aire volvía a correr por sus pulmones. La limpieza de aura había concluido—. Veía cine clásico con mi padre. Me contó que Rock murió de SIDA y lo sentí como si se hubiera muerto un tío mío, ¿sabes?

Isabel asintió. Después hubo un momento de silencio. La presentadora intentando no sorberse los mocos y Cris sin saber cómo moverse o qué hacer.

—Bueno —dijo por fin Cris dando una palmada—. Túmbate en el sofá y sigue con la peli. Yo voy a prepararte esos fideos. Están caducados, pero total, peor no puedes estar.

Isabel rio.

—Cris, de verdad, no tienes por qué hacerlo.

—Ya, pero voy a ejercer de novia. Ya que no puedo hacerlo con Soraya…

Cris empujó a Isabel hasta el sofá y la tapó con la manta. Los ojos de la presentadora

brillaban fruto de la fiebre.

—Lo siento, Cris, no quería…

—No, si es verdad. Conoces a tus personajes mejor que ellos mismos —rio falsamente. Le metió la manta por debajo del cuerpo, dejándola atrapada de pies y manos, como si fuera un burrito—. Ahora tendría que ponerte un calcetín en la boca.

La presentadora rio, y luego estornudó un par de veces.

—¿Sabías que no iban a incluir a Audrey Hepburn en los créditos? Gregory Peck presionó para que lo hicieran —dijo Isabel con la voz cargada de mocos.

—Sí, y luego, mira, ella ganó el Oscar —Cris fue al armario donde había dejado los *noodles*.

—Ven aquí, vamos a ver la peli juntas. No tengo hambre.

—Insisto: yo sí.

La presentadora se esforzó por sacar un brazo y señaló un armario del mueble de la tele.

—Ábrelo.

Cris se agachó y abrió la puertecita. El mueble parecía el almacén de un traficante de chucherías.

—¿Cómo puedes estar tan buena con lo mal que comes?

Isabel se sonó los mocos sonoramente.

—¿Te parezco que estoy buena? —dijo sin dejar de sonarse.

Cris la miró: la coleta desecha, las ojeras, la nariz roja… Y aún así le parecía guapa.

—Bueno, para eso vas a que te pinchen cosas en la cara, ¿no? Para que te digan lo guapa que eres.

Isabel le tiró el pañuelo de mocos.

—Y ahora lo recoges y lo tiras a la basura —le ordenó burlona.

Cris obedeció mordiéndose la sonrisa.

Cuando volvió al sofá, Isabel ya había abierto una bolsa de *snacks*. Se sentó y la presentadora tardó dos segundos en apoyar sus piernas en ella.

—He tenido que dejar plantados a una gala de premios de una revista.

—Vaya.

—Sí. Han llamado a Patricia García-Molina.

—Patricia está más buena que tú.

Isabel le dio una patada.

—¡Au!

—Retíralo.

—A ver, no sé, es más mi tipo.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

—Para empezar es más joven.

—Pero serás cabrona.

Cris se ganó otra patada.

—Y no la conozco pero seguro que es más amable con las invitadas a su casa.

—Estás a esto de que te eche de la mía.

Ahora sí, Cris rio con la garganta extendida y la boca abierta. Cogió un *snack* y lo lanzó hacia la presentadora, pero se quedó al borde de la manta, muy cerca del cuello de Isabel. Con gran habilidad, la presentadora dobló el cuello y sacó la lengua para atrapar la patata y metérsela en la boca.

—Seguro que Patricia no es capaz de hacer esto —dijo con la boca llena, en cada palabra,

un crujido.

—Ha sido impresionante. Un magnífico uso de la lengua.

—Tengo otras habilidades con la lengua.

—Isabel Romero, ¿estás ligando conmigo?

—Es la fiebre. Estoy delirando ya.

Audrey y Gregory seguían con sus vacaciones en la capital italiana mientras ellas seguían hablando y vacilándose. Había entrado la noche y se estaban quedando a oscuras.

—Hey, Google —dijo la presentadora con la voz rasgada—, pon el modo noche.

Se encendió una lamparita de luz anaranjada en una esquina así como una tira LED detrás del televisor.

—Mírala ella, qué tecnológica —dijo Cris.

Dejaron de hablar para ver la peli. Al final, la fiebre sí atacó a Isabel. Cris le dio un paracetamol y la presentadora cayó dormida en el sofá con sus piernas encendidas por la temperatura sobre los muslos de Cris. Cuando la película terminó, se encontró atrapada bajo Isabel, pero lejos de molestarle, pensó que podría quedarse así durante toda la vida. El pensamiento la pilló desprevenida. Se agitó en el sofá. Por mucho que ahora estuvieran en esa burbuja, pertenecían a mundos diferentes. Además, ahora había conseguido que Soraya no solo la mirara, sino que también la acariciara y la besara.

Isabel retiró las piernas sin dejar de dormir y Cris pudo levantarse. Agarró a la presentadora del cuello y de las pantorrillas, y haciendo fuerza con sus piernas, la levantó en el aire, con manta incluida, y la llevó a su habitación. A tientas, la dejó sobre el colchón y retiró la ropa de cama para taparla.

—No te vayas —le susurró—. Quédate a dormir.

Le había pasado un brazo por el cuello con todo el peso de su cuerpo dormido y era difícil escapar.

Cris protestó un poco, pero lo cierto es que tenía sueño y la cama era enorme. Se descalzó mientras se preguntaba por qué Isabel necesitaría una cama tan grande para ella sola y recordó que aquel piso iba a ser su nidito de amor con la tal Lara. Ahora, debía ser una jaula llena de amargos recuerdos para ella.

Se escurrió bajo las mantas a una distancia prudencial. Sin embargo, Isabel acercó su cuerpo encendido y, de pronto, su espalda comenzó a arder.

—Mejor te hago la cucharita yo —dijo Cris.

Isabel se dio la vuelta y Cris le pasó una mano por la cintura.

A la presentadora le costó poco volver a conciliar el sueño profundo, pero Cris apenas pudo pegar ojo. El colchón era cómodo; sus cavilaciones, un guisante bajo la almohada que le impedía dormir. Era imposible estar con Isabel, y, sin embargo, ahí estaba. Su mano sobre la cintura de la presentadora desafiaba cualquier lógica. Jamás había soportado los ruiditos nocturnos de sus amantes y ahora esperaba con ansia escuchar el siguiente gemido de Isabel para cerciorarse de que descansaba bien a pesar de la fiebre.

Hubiera sido perfecto. Pese a la distancia sideral de sus mundos, encajaban bien, se divertían, eran buenas novias falsas. Y en gran parte era porque Isabel lo ponía fácil. Habría sido la mujer de su vida si no lo fuera Soraya.

Así que, cuando los espasmos de Isabel dejaron de tener lugar y su temperatura había bajado un par de grados, Cris se escabulló de la cama y salió de puntillas de la habitación.

—Hey, Google —susurró al aparato—. Apaga todo.

El piso quedó totalmente a oscuras.

A la mañana siguiente, Isabel se despertó en su cama sola. Le dolía la espalda y una parte concreta de su cintura, justo en el punto en el que Cris había colocado su mano toda la noche, pero no recordaba gran cosa, y de lo que recordaba (el cuerpo de Cris pegado al suyo), no sabía distinguir si había sido real o fruto de los delirios de la fiebre.

Para cerciorarse, rastreó con su nariz la almohada y cuando descubrió el perfume de Cris ahí hundió su cara en ella.

Estaba totalmente perdida.

EL regidor levantó dos dedos. Isabel pudo verlo por el rabillo del ojo. A veces pensaba que veía más por el rabillo del ojo que por la parte frontal. Su entrevistado no se percató del detalle pero Isabel sabía que tenía dos minutos para hacer una última pregunta y cerrar la entrevista antes de terminar el bloque e irse a publicidad.

El hombre era un glaciólogo chileno al que habían traído al programa para la sección de naturaleza. Isabel protestó cuando el director le dijo que iban a incluir esa sección.

—Al final sólo me falta hacer el pino puente.

—Cuando nos muevan a horario de tarde no es algo que descarte, la verdad —le respondió el director.

Al final, el glaciólogo resultó ser una visita interesante y a Isabel le dio rabia ver esos dos dedos arriba del regidor. Tal y como se estaba poniendo el planeta era importante tener una sección de naturaleza en el programa. Su audiencia eran mayoritariamente señoras mayores que la escuchaban de fondo mientras hacían las tareas del hogar. En un principio, Isabel pensó que estas mujeres no querían ver inundaciones en Indonesia o tornados en Kansas, pero los nuevos guionistas del programa insistieron en introducir el ecologismo en las temáticas del programa.

—Piensa que debemos encontrar temáticas comunes entre estas señoras y los más jóvenes —le había dicho el director.

—¿Para cerrar brechas generacionales? —respondió Isabel más convencida.

—Yo iba a decir que para captar nuevas audiencias, pero lo tuyo suena mejor.

Así que ahí estaba Isabel entrevistando a un glaciólogo chileno que había estado seis meses en la Antártida, aunque él se empeñara en llamarla Antártica. Hablaba con calma y contundencia sobre lo catastrófico que es que un glaciar pierda un centímetro de hielo cada año. La sección se hacía de pie. Para no someter a los invitados al terror del cuerpo a cuerpo con la cámara, los colocaban detrás de una barra. Una dificultad más para Isabel en aquella transición de su programa a un espectáculo de variedades: salir de la zona de sofá hacia la otra punta del plató con unos tacones de aguja de 20 centímetros que vestuario se empeñaba en que se pusiera.

—Pensamos que es algo lejano, pero no lo es. Antes las inundaciones se daban en Indonesia, ahora ya se dan en Alemania, Italia, España o incluso aquí.

El regidor bajó un dedo. Isabel tenía un minuto para cerrar la sección. Había sido una entrevista muy interesante, pero sentía que se le había quedado demasiado científica.

—Por terminar, y muy brevemente, ¿cómo es estar en la Antártida? ¿Qué se siente al estar rodeado únicamente de hielo blanco y frío?

El glaciólogo miró al foco que pendía sobre él. Entendió las intenciones de Isabel: Quería poesía. Se llevó un puño a los labios y carraspeó suavemente. Tenía que sacar su mejor acento chileno. Recordó unas líneas que había anotado en el cuadernito que siempre le acompañaba.

—Los sentidos se te avivan, se te multiplican. Notas el vacío expandiéndose en tu interior. La luz es brutal; el silencio, atronador. Es como estar vivo y muerto a la vez. Es… como estar enamorado.

Hubo un silencio en el plató. Todos habían quedado impresionados por las palabras del científico. Isabel fue a decir algo, tenía que dar paso a lo que venía después, una promo pregrabada de ella misma anunciando sartenes, pero no podía. No le salía ninguna despedida que pudiera unir aquellos dos puntos tan distantes. No le salía nada que no fuera ella aspirando el aroma de Cris en la almohada. Esperó. Dejó que la señora de Ivershire que estaba preparando unos filetes rusos para su nieto escuchara aquello, que recordara cómo era estar enamorada, que le fueran llegando el eco de las palabras sobre la importancia de los glaciares. El regidor tenía ya el puño cerrado; estaban fuera de tiempo, pero allí nadie se movía.

—Muchísimas gracias, profesor. Ha sido muy inspirador —dijo por fin Isabel posando una mano en el antebrazo del hombre. Plano medio, giro a cámara, sonrisa de anuncio—. Volvemos en unos minutos.

—¡Y fuera! —gritó el regidor.

Un técnico se acercó raudo a quitar el micrófono del glaciólogo. Isabel le dio de nuevo las gracias, y salió de plató directa a maquillaje entre felicitaciones de sus compañeros. Lo estaban consiguiendo: estaban remontando las audiencias a escasas dos semanas del final de temporada. Podrían negociar la renovación.

Por eso, cuando le vibró el móvil y vio la cara de Mati en pantalla ya sabía qué le iba a decir su prima.

—Buenos días, Mati. Ya sé lo que me vas a decir…

—Te dije que no era de fiar —la interrumpió su prima.

—¿Quién? —La presentadora tenía la mente todavía puesta en el glaciólogo y, ciertamente, aunque en aquella entrevista había sido amable y hasta poético, podía no ser de fiar. Lo que le desconcertaba era en qué le atañía.

—Han salido unas fotos de Cris con una amiguita haciendo escalada.

—¿Lo de la escalada es una metáfora moderna que no conozco? —Isabel ganaba tiempo para descubrir cómo se sentía antes de mostrarse a su prima.

—No, es literal. Muy acarameladitas.

Mientras ella sonreía y saludaba a técnicos y colaboradores que se movían tras las cámaras preparándose para el siguiente bloque, Mati seguía hablando sobre el golpe reputacional que podría significar para ella, incluso para el programa, el hecho de que su pareja le fuera infiel. A veces hablaba su prima, otras su representante. E Isabel no sabía distinguir cuál de las dos estaba más cabreada.

—Mati, Cris no es mi pareja, no te creas todo lo que lees en las revistas —protestó Isabel —. Y el programa va como un tiro. Ya casi le sacamos un punto al de Patricia.

Hubo un silencio. Mati sopesaba los próximos movimientos y por fin Isabel pudo pensar. Como motas de polvo, las ideas iban cayendo y haciendo poso, unas más rápido que otras. Sí, Cris estaba saliendo con Soraya, aunque se negaba a llamar a eso una relación. De momento, a Cris le valía con las migajas de su mejor amiga. Todavía estaba en esa nube de haber cumplido un sueño largamente anhelado, pero en cuanto se diera cuenta de que aquello no era lo que ella había soñado, la dejaría y volvería a ella. Otra mota de polvo cayó: lanzar la vista tan lejos, a la espera de que las cosas encajaran por su propio peso era peligroso. La amenaza de que alguien las hiciera caer antes, sin su control, no era nueva en ella. Una última mota de polvo cayó.

—¿Cómo te has enterado?

Diana.

—¿Cómo me he enterado de qué?

Diana no podía enterarse de eso. Le rompería el corazón.

—De lo de Cris y su amiga.

Otra vez.

—Ya te lo he contado. ¿No me estabas escuchando? —La voz de Mati se hizo más aguda al saberse ignorada—. Me lo han contado mis fuentes.

—¿Y no hay fotos en ninguna revista?

Hubo otro silencio, y los silencios con Mati eran siempre malas noticias: o estaba maquinando o estaba ocultando algo.

—En páginas interiores de Corazón.

Isabel rugió.

—¿No le puedes decir a la chismosa esa que me deje en paz de una vez? ¡O que me llame! Que me llame, que le voy a cantar las 40. ¿Juega en la Triple L? Porque como me la encuentre en el campo le voy a dar un pelotazo.

—No es una chismosa. Es periodista —la defendió su prima.

El regidor se acercó a ella e Isabel lo espantó con un movimiento de la mano, dándole a entender que ahora iba. Colgó el teléfono y buscó a la becaria. La chica estaba arrinconada entre profesionales, con una carpeta al pecho a modo de escudo.

—Eh, tú. Sí tú. Ven.

La chica se acercó a ella dudando hasta el último segundo de que la reina de las mañanas quisiera hablar con ella.

—Ve a Maquillaje y coge mi cartera. Vas a comprar todas las revistas Corazón de los alrededores. No quiero que nadie compre ninguna más. ¿Entendido?

La chica asintió.

—Si Diana te dice algo de que estés cogiendo mi cartera le dices que te lo he pedido yo. Si vas a hurtadillas aún parecerás más sospechosa, así que vas directa y con seguridad —Isabel vio a la chica que todavía temblaba—. Y ese es un consejo que te servirá para cualquier momento de tu vida: directa y segura.

—Directa y segura —repitió la joven.

—Eso es.

Isabel la dejó marchar como si le hubiera dado la bendición. Ojalá a ella le hubieran dado ese consejo a su edad.

ERA como aquellos sueños en los que se trasponían los elementos. La cara de una persona en el cuerpo de otra, una habitación en una casa que no correspondía, y Cris fingiendo que se lo creía.

Donde ahora había unos dúplex, antes había un solar en el que Cris jugaba a fútbol con los chicos del barrio entre mala hierba y árboles frutales mientras sus madres hacían la compra en la pescadería, la carnicería y la panadería.

Donde ahora había un bar, antes había unos recreativos en los que se gastaba la propina jugando al Pang, al Tetris o al Street Fighter, o compraba cigarrillos sueltos para fumarlos a escondidas con amigas tras una tapia.

Donde ahora había un súper, antes había un taller de coches donde lo mismo te cambiaban las ruedas que te vendían papelinas de droga o piedritas de chocolate.

El perfil, siempre su perfil, de Soraya contra el barrio. Paseaban sin darse la mano, si acaso, se rozaban los nudillos de vez en cuando y luego sonreían sin mirarse. No era lo que Cris había soñado, pero ya era más de lo que ahora podía soñar.

Cada paso que daba en su antiguo barrio parecía llevarle a un lugar diferente, un rincón del pasado mezclado con un retazo de un futuro imaginado mil veces en un presente donde la cruda

realidad se imponía testaruda.

Entraron al súper. Bromeaban por los pasillos fingiendo que hacían la compra de la semana, se perseguían riendo nerviosas, como dos chiquillas gastándose la propina en marranadas. Pillaron unas patatas y un par de refrescos, y fueron a la caja a pagar. En la cabecera, entre chicles y pilas, había algunas revistas. En una de ellas, en un rincón de la portada, una foto de Emilia e Isabel paseando por la calle, y un texto: "¿Volvió el amor?".

¿Había vuelto el amor? Isabel no le había dicho nada, más allá de que tenía un café pendiente con la actriz. De todos modos, quizá no tenía por qué decirle nada. Ella apenas le había mandado un emoji de un pulgar hacia arriba para confirmar que ella y Soraya estaban juntas.

Soraya la cazó mirándola.

—Vaya, vaya con la relación abierta.

La cajera pasó las bebidas y entre las palabras de Soraya se colaron los pitidos de la caja.

Sabía que el tema le escamaba y que no se daría por vencida, por eso cuando Cris no contestó, Soraya insistió al salir del super.

—La verdad es que no te hacía de relaciones abiertas. Yo no podría. No me gusta compartir.

—¡Ja!

—Vale, ya sé lo que piensas. Pero estoy en ello, de verdad.

—¿Estás en ello?

—Sí, no es fácil. Debo romper con la madre y con la hija —Ante la expresión desconfiada de Cris, hizo un pucherito y la cogió de la cintura—. Dame un respiro, ¿vale? —le susurró—. Para presionarme por avanzar en la relación ya tengo a Diana. Lo nuestro es diferente, ¿a que sí?

Por supuesto, Cris no quería ser Diana. Necesitaba no serlo si quería ganar la carrera de obstáculos que era tener una relación con Soraya. Pero merecería la pena. Seguro.

Se sentaron en un portal. Estaban en el barrio de siempre, ese del que Cris y su familia habían tenido que salir para ahorrarse las habladurías, pero ya no eran las de siempre.

—Me acuerdo cuando le soltaste un sopapo a Lucía Brabo porque te levantó a un novio.

—Es que se lo merecía. Iba siempre detrás del chico con el que yo iba.

Cris se inclinó hacia ella y mientras cogía una patata, aprovechó para aspirar su olor.

—¿Dónde está esa Soraya?

—¿Qué Soraya? —preguntó la aludida. Su lengua repasaba los restos de patata en las muelas.

—La valiente, la que le plantaba cara a quien hiciera falta, la que sabía lo que quería y no tenía miedo a decirlo o a cogerlo.

"De la que me enamoré" iba a decir, pero se mordió la lengua a tiempo para no hundirse en la vergüenza. Cogió una patata y luego la tiró de nuevo a la bolsa. Se frotó los dedos para quitarles la grasilla. Últimamente, no hacía más que comer *snacks*.

A Soraya también se le habían ido las ganas de comer. Cerró el paquete y abrió una lata de refresco.

—Ahora me preocupan otras cosas —dijo.

Jugó la carta de la madre moribunda y zanjó la conversación. De hecho, por eso estaban en el barrio. No sólo su relación se acotaba temporalmente, también geográficamente. Su madre había empeorado más si cabe y de las primeras citas en la periferia, lejos del barrio y de Diana, habían vuelto a sus orígenes.

Si al lugar en el que has sido feliz no has de volver, al lugar en el que no lo has sido,

¿debes volver una y otra vez?

—En este portal vivía un tío de Tony. ¿Te acuerdas? —dijo Cris.

—¿El yonki?

Asintió.

—No, ese vivía dos portales más abajo —Soraya señaló con el dedo a otro bloque de pisos.

Cris se levantó y alzó la vista para ver la fachada y las ventanas.

—¿Seguro?

—Sí. Vinimos un par de veces a hacer un trabajo de clase. Me acuerdo porque me esperaba entrar a un piso sucio y con jeringuillas por el suelo y estaba bastante limpio y ordenado. El tío sólo venía a dormir.

—Se murió, ¿verdad?

—No, se salvó —le informó Soraya—. Ahora vive en Wickby haciendo tablas de surf o algo así.

Soraya se levantó y el sol le dio justo en los ojos. Pese a que los cerró un poco, Cris pudo ver el color oliva de su mirada.

—Es lo que pasa por salir del barrio, que lo pierdes —le chinchó Soraya.

—El barrio nunca se pierde, querida. Mira —Cris volvió a señalar—, por ahí se baja al parque donde una vez me cogiste de la mano y fingimos casarnos.

La risa de Soraya tuvo que oírse en los tres bloques de la calle.

—¡Qué va! Te casaste con Bea. Yo era la dama de honor.

—¿Qué? Ni de coña. Fue contigo.

—M-mm —negó Soraya.

—Y en los recreativos fumamos nuestro primer cigarro.

—El segundo. El primero nos lo pasó González al salir de clase. Y lo compartimos con aquella francesa que vino de intercambio. ¿No te acuerdas? Estarás traumatizada porque te dio un ataque de tos tan fuerte que pensabas que habías pillado cáncer y te ibas a morir ahí mismo.

A Cris empezó a llegarle aquel recuerdo.

—Lo había olvidado.

A la vez se le emborronaban los otros. Sintió de nuevo estar en un sueño donde la cara de Soraya era intercambiada en sus recuerdos por la de otras personas: Bea, Lucía, la francesa de intercambio a la que nadie entendía. Comenzaron a temblarle las piernas. Luego la cadera, el estómago y finalmente el pecho. Un terror que no llegaba a identificar la carcomía por dentro y su identidad se colaba por los agujeros. Se miró las manos porque empezó a sentirlas calientes, como si estuvieran mojadas de un líquido viscoso.

—¿Quieres? —Soraya le ofreció la lata.

Bis, bis, bis, se escuchaba el gas que salía todavía. Cris levantó la mirada y se topó con sus ojos verdes a la sombra de la línea negra del eyeliner. Unos ojos luminosos, de color esperanza y forma ovalada. Dos aceitunas brillantes que la miraban como si fuera la única persona en el universo.

Cogió la lata y dio un trago. El gas le picó en la garganta, rellenó durante unos segundos los agujeros de la carcoma con gas que se esfumó a los pocos segundos.

—Pero sí fuiste tú la que me llevó al recreo para jugar a fútbol con los chicos, ¿verdad?

—Sí, esa sí fui yo.

Soraya sonrió con orgullo. Luego la cogió de la cintura, la apretó contra ella y le dio un beso en los labios que la transportó de nuevo al barrio que ella conocía, ese barrio que ya no

existía.

A ver cómo le contaba a Isabel que había construido su amor por Soraya sobre un montón de recuerdos falsos.

CRIS se sentía flotar, como si anduviera sobre un suelo que no existiese, pero no era precisamente por un estado febril de enamoramiento, de sueños cumplidos, ni por haber encajado por fin la última pieza en ese puzle cósmico que era la vida. Era más bien una falta de sustento, de base. Como el Coyote que sólo cae del precipicio si mira hacia abajo; Cris temía que si miraba hacia dentro perdiera buena parte de su sustento, de sus fundamentos.

Y la caída podía ser mortal.

Soraya había tenido que volver a casa con Diana y Nerea, y ella se había quedado sola, deambulando por la ciudad sin mirar al suelo, no fuera que en lugar de adoquines, se materializara el vacío más oscuro.

¿Qué había sido primero: el huevo o la gallina? ¿Se había enamorado de Soraya y había descubierto entonces que era lesbiana, o ya era lesbiana cuando se enamoró de Soraya? Tres décadas pensando que era lo primero, anhelando cerrar el círculo de su historia, y ahora que las puntas de los dos extremos por fin se tocaban, resultaba que el círculo no era un círculo sino una espiral que nunca llegaba a su fin.

Y en el centro estaba ella encerrada.

Necesitaba hablarlo con Isabel. Al fin y al cabo, ella estaba escribiendo su historia y debía saber esto. Escribir para explicarse a una misma. Le verdad es que le vendría bien que alguien le ayudara con eso.

Entró en un súper y compró una bandeja de croquetas. Se rio de sí misma mientras pagaba. No podía presentarse de nuevo con las manos vacías. Las puertas correderas de cristal de la tienda la invitaron a salir. Dio un paso y resultó que sí había suelo.

Bueno, la cosa no parecía tan terrible. Al final, daba igual qué había sido al principio, ¿no? Lo importante es que Soraya ahora la miraba como ella quería que la mirara.

Llegó donde Isabel. Un simple empujón le sirvió para abrir la puerta del edificio. Cris acarició la puerta de la casa antes de tocar al timbre, como si quisiera prevenir a Isabel antes de martillearla con el timbrazo. Luego, llamó.

El olor de las croquetas subía desde la bolsa. Se le instaló una sonrisa tonta. Ya se relamía con la idea de comer esas croquetas mientras Isabel y ella se lanzaban puyitas viendo una peli antigua.

La puerta se abrió y la figura de la presentadora apareció enmarcada en ella. No tenía su atuendo de ir por casa, pijama, bata y pelo recogido, y eso extrañó a Cris.

—Hola.

—Hola.

La presentadora estaba clavada y parecía desconcertada. Estaba guapa: arreglada, maquillada, bien vestida. O iba a salir o acababa de llegar.

—¿Habíamos quedado? —preguntó.

—No, no. Estaba por el barrio y… No he venido con las manos vacías, esta vez —Cris levantó la bolsa con la bandeja de croquetas esperando que fuera el salvoconducto que le permitiera entrar—. ¿Puedo pasar?

Isabel entrecerró la puerta y le cambió el gesto.

—No estoy sola, Cris.

Miró al suelo. No debió hacerlo. El vértigo le sobrevino, perdió el equilibrio. Para disimular, se apoyó sobre el marco de la puerta, como si fuera un Danny Zuko de tres al cuarto.

Había dado por hecho que Isabel Romero estaba ahí para cuando ella necesitara. ¡Qué ilusa! Comenzó a sentir el suelo blando y denso en un extraño proceso de mutación hacia un magma de vergüenza que la engullía poco a poco. El calor comenzó a subirle por los pies.

—Oh. Vale. Perdón. Por supuesto. Vengo en otro momento. O te llamo. Sí, mejor te llamo.

—Cris…

—O te mando un mensaje y ya me contestas cuando puedas.

—¡Cris! —Isabel salió al rellano—. ¿Quieres contarme algo?

—Sí. No. Te lo cuento en otro momento.

—Cris, ¿estás bien?

—No. Digo… sí. Estoy bien —El calor le subió al pecho y se masajeó el tórax.

—¿Seguro?

—Sí, sí —Cris se esforzaba por esquivar la preocupación de Isabel—. Ahora soy el Coyote persiguiendo al Correcaminos —dijo—, pero no estoy mirando abajo, así que no hay peligro.

—¿El Coyote…?

Se escuchó una voz emerger del interior del piso. Cris se despegó del marco de la puerta.

—*Tutto bene, Isabella?*

No era una voz cualquiera. Era una voz que hablaba en italiano. Era una voz reconocible. Grave, sexy, madura. La típica voz de la mala de las películas. Sólo entonces Cris se dio cuenta de que Isabel tenía el pelo un poco despeinado. Un mechón le hacía una extraña onda que le subía por el cogote, y el pintalabios estaba algo desgastado.

—¿Estás con Emilia Ferretti? —preguntó Cris con un timbre agudo, irritante e infantil.

Isabel se desinfló. Colocó las palmas de sus manos juntas, como si pidiera perdón.

—Te lo puedo explicar.

Se acercó a Cris, pero esta dio dos pasos atrás.

—¿Explicar el qué? —rio nerviosa—. No me tienes que explicar nada. No somos pareja, ¿no?

—Cris, por favor, escucha.

—Para haber acabado tan mal, qué poco has tardado en invitarla a tu casa —Se mordió la lengua tarde. Odiaba esa parte de ella, cuando se defendía atacando.

—Cris…

—¿Sabes qué? Me voy a casa. Sip. Voy a ver un partido de fútbol mientras como croquetas y me hundo en la vergüenza de dar por hecho que la reina de las mañanas estaba disponible para mí 24/7. Eso voy a hacer.

Hacía oídos sordos a las palabras de Isabel que le pedía que la escuchara un momento. Llamó al ascensor ocho veces.

—Mejor me voy por la escalera.

—Son dieciesiete pisos.

—Estoy en forma.

Cris alcanzó la calle jadeando y cuando quiso coger aire una moto pasó a su lado expulsando toda la carbonilla que se había sedimentado en el tubo de escape. La tos terminó por dejarla hundida en el magma de la vergüenza.

A su mamá Carmen no le contaba esas cosas. Ella no las entendería. Así que esperó paciente, con la lengua pegada al paladar, a llegar a casa de su mamá Diana para ver a Soraya y contarle su súper idea. “Imagina”, le iba a decir, “que pudiéramos guardar todos nuestros

recuerdos en una tarjeta de memoria, y que pudiéramos intercambiarlas como quien intercambia cromos en el recreo. Y podrías poner tu cara en la cara del recuerdo original para hacerlo más real y revivir ese recuerdo como un recuerdo propio".

—¿Y qué tal es la tal Soraya?

Nerea levantó la vista y vio los ojos de su madre enmarcados en el espejo retrovisor. Estaba acostumbrada a esas preguntas trampa entre sus madres. Se preguntaban por la vida de la otra como si no hubieran terminado de romper, como si les quedara algo pendiente todavía.

—Bien —respondió Nerea.

—¿Sólo bien? —insistió su madre.

—Sí, sólo bien.

—Parece maja.

Aunque no supo el nombre hasta que se lo dijo la psicóloga, había hecho de la asertividad un arma para protegerse de sus madres. En los últimos dos años había aprendido que cuanto menos supieran la una de la otra mejor para ella y para ellas.

Carmen chascó la lengua con fastidio al ver que su hija no le seguía el rollo.

—¿Y el examen de mates del lunes? ¿Bien o más que bien?

Nerea abrió los ojos.

—Menos que bien.

—¿Menos que un 6? —preguntó de nuevo su madre con cierta alarma en la voz.

La niña resopló.

—¿Menos que un 5?

—¡Las mates son un rollo! —Se defendió Nerea.

—¡Pues anda que no te queda rollo! Si empiezas arrastrándolas ya desde Primaria, vas apañada.

La bronca duró los tres minutos que le costaron llegar hasta la calle de Diana. La niña salió del coche y esperó a que su madre hiciera lo mismo.

Las dos fueron hasta el portal cogidas de la mano y llamaron al portero automático.

—¿Estará Soraya? —preguntó Carmen.

—No lo sé. Su madre está malita y va muchas veces a estar con ella.

—¿La madre de Soraya está malita? Pero malita en plan un resfriado o en plan…

—En plan a punto de morirse —Nerea se mordió la lengua demasiado tarde.

—Vaya...

El irritante sonido de la puerta invitando a empujarla pausó la conversación unos instantes.

—Oye —le susurró su madre antes de subir las escaleras—, ¿me avisarás cuando la señora se muera? Me gustaría darle mis condolencias a Soraya.

Nerea deseó tener el palito ese de los 'Men in Black' para borrarle la mente a su madre.

CRIS ya se iba de la clínica cuando su jefe la detuvo con un "tse, tse, tse" que la enervó. Estaba tras el mostrador y se movía incómodo. Siempre estaba incómodo en su propia clínica. No acababa de adoptar su papel de director y tampoco quería desprenderse de seguir ejerciendo como fisioterapeuta.

—¿Qué quieres? —atendió enfadada.

—Eh, eh, no me muerdas.

—Me acabas de llamar como a un perro. Podría hacerlo perfectamente.

El jefe encajó la crítica y se disculpó. Exploró el mostrador unos segundos hasta que por fin, encontró lo que buscaba.

—Nos han dejado dos entradas VIP. Si te interesan, son tuyas.

—¿No las quieres tú? —preguntó Cris acercándose a su jefe.

—No tengo con quien ir.

El sobre tenía el nombre escrito a mano de Jorginho y el joven futbolista había dibujado un círculo dentro de un rombo junto a su nombre, un guiño a su origen brasileño. El primer pensamiento de Cris fue llamar a Isabel. Lo descartó al instante siguiente al saber que había vuelto con Emilia. Aunque le fastidió, no quería complicar más las cosas. Sólo después cayó en Soraya, pero los sábados solían ser para Diana y su hija y le diría que no. Entonces, dos pensamientos en paralelo la atacaron. El primero fue el saberse la amante de una amante. Sobre el papel, en la narrativa oficial, Soraya estaba casada con Félix. Diana, por tanto, era la amante oficial, aunque sólo fuera por antigüedad. ¿Dónde la dejaba eso a ella? El segundo pensamiento fue que su primera opción había sido Isabel y, antes de indagar en las razones, la asaltó una tercera idea sobre cómo podía tener tantas ideas en paralelo y dónde estaba su límite. Se rascó el cuello.

—¿Estás bien, Cris? Tienes el frente roja.

—Sí, sí —respondió Cris. Sus uñas mordidas apenas aliviaban el escozor.

—Yo tampoco tengo a nadie a quien llevar. Mi padre sigue resentido de la operación de cadera y mi hermano está de viaje con su novio. Y de mi pareja mejor no hablamos —dijo del tirón para evitar que volvieran a sobreponerse sus pensamientos.

—¡Vaya! No nos duran ni las parejas imaginarias —bromeó el hombre.

Cris rio y liberó algo de tensión. Se apoyó en el mostrador agotada.

—Podemos ir juntos. Es el último partido de Liga en casa.

—¿Me estás proponiendo una cita, Cris? —El jefe se peinó el flequillo.

—Por supuesto que no.

—Ya… Ya lo sabía. Además, sería un desastre de novio para ti. Tengo gafe o algo.

—No te creas que yo tengo mejor suerte.

El hombre se señaló con el pulgar.

—Estaba saliendo con una mujer con dos hijos y a los dos meses me di cuenta de que me usaba como niñera. Ella se iba de fiesta mientras yo les pagaba las pizzas y el cine a los niños, y les agotaba hasta que caían dormidos.

Cris adoptó la misma postura.

—Tenía una relación ficticia con una presentadora de la tele sólo para poner celosa a mi mejor amiga y primer amor que acaba de descubrir que es bisexual, pero se ha liado con otra. El plan funcionó y estoy saliendo con Soraya. Sin embargo a mí me ha nacido un fuerte sentimiento de no-sé-qué hacia la presentadora que ahora sale con su ex.

El jefe parpadeó varias veces. Se quedaron los dos clavados a un lado y otro del mostrador.

—Creo que me ganas. Yo todo eso lo quiero saber, así que me lo cuentas durante el partido.

—Venga. Nos vemos allí.

Cris cogió una de las entradas y salió de la clínica.

✝

la señora
Carmina Coll Ferrer
falleció ayer a la edad de 71 años.

Su marido, hija y yerno ruegan una oración por su alma y agradecen las muestras de cariño y apoyo recibidas en estos momentos tan difíciles.

La ceremonia de despedida se llevará a cabo mañana, a las 17h, en la Iglesia de Santiago Apóstol. Posteriormente, sus restos serán inhumados en el Cementerio de Virgen de las Nieves.

Tanta paz lleve como descanso deja.

R.I.P.

SI el ambiente ya es raro en un tanatorio, en aquella pequeña habitación, la extrañeza se hacía asfixiante. Isabel ya había ido a otros tanatorios a mostrar sus respetos a la familia y siempre le sorprendía la estrechez de los espacios. Podía haber pastas, café y agua en una mesita auxiliar, y los sofás podrían ser del mejor cuero del país, pero nadie comía y todo el mundo estaba de pie, apretado, intentando no chocar los unos con los otros. Había una liturgia particular, una etiqueta propia, que sólo se aprendía yendo a muchos tanatorios.

Localizó a Diana enseguida. El fucsia había vuelto a su pelo. Isabel sólo tuvo que seguir una línea recta al lado opuesto de la habitación para encontrar a Cris. Parecían dos polos iguales que se repelían. Isabel miró a un lado de la habitación y a otro, como si fuera a cruzar un paso de peatones.

Diana: Ha venido el ex a hacer las funciones de afligida pareja de Soraya y yo estoy en un rincón, esperando a que me mire para sonreírle. Del 1 al 10 ¿cómo de pringada soy?

El mensaje que ella le había mandado a Cris diciéndole que quería explicarle su situación con Emilia seguía con el doble check azul. Necesitaba hablar con ella, pero Diana ya se sentía bastante segundo plato como para que su amiga también la relegara en sus prioridades.

Fue hacia Diana. Con cada paso que daba, minúsculo, torpe, interrumpido por algún cuerpo, más se introducía en la burbuja densa de la sala. Los murmullos la envolvieron, el ambiente estaba cargado.

—Cuánta gente —dijo Isabel cuando alcanzó a Diana.

—Entre los que están realmente afligidos y los que han venido para asegurarse de que esa bruja estaba muerta, aquí no cabe ni un alfiler.

Hablaban en susurros. Isabel se agachó y cogió una galletita de la mesa. Estaba bastante seca y la boca se le llenó de harina mantecosa.

—¿Cómo está Soraya?

—Interpretando su papel.

La miraron. En un momento en el Soraya las miró entre pésames y condolencias

, Diana estiró el cuello y le guiñó un ojo con complicidad, pero su novia tenía vetado sonreír. Si su madre hubiera sido de otra manera, más amable, más alegre, más tierna, podría haber sonreído, podría haber recordado buenos momentos con familiares y amigos que relajaran el ambiente, que acompañaran al fallecido al crematorio entre afecto y cariño. Sin embargo, con una madre huraña, estricta y déspota, si sonreía podría interpretarse como que se alegraba de que hubiera muerto.

—¿Y tú qué tal estás?

Diana se encogió de hombros.

—Por un lado jodida, porque no estoy allí con ella —Soraya seguía recibiendo besos y

abrazos junto al féretro—. Por el otro, aliviada, porque su madre ha muerto y ya dejará de fingir que es lo que no es.

La harina no le pasaba por la garganta e Isabel comenzó a carraspear.

—Tienes caramelos ahí —señaló Diana.

La presentadora negó con el dedo.

—Se agachó de nuevo y dio la vuelta a un vaso de cartón de una pila. Con la otra mano cogió la jarra de agua. Comenzó a verter un poco en el vaso, pero el movimiento del líquido la traicionó y salió disparado dejando un charco sobre la mesa.

—Perdón, perdón —comenzó a susurrar.

Cogió servilletas de papel y empezó a empaparlas en agua. El ruido del cristal llamó la atención del grupo que tenía al lado. Como las ondas de una piedra al caer al agua, fue captando la atención del resto de corrillos, hasta que todos los ojos de la sala estaban puestos sobre ella, incluidos los de Cris.

Sus miradas se cruzaron un instante.

Al igual que Diana, la expresión de Cris también era dual. Por un lado sentía alivio. Lo supo porque los mofletes se contraían hacia adelante, como si acabara de exhalar todo el aire por la boca. Pero también reconoció en su rostro la preocupación porque tenía la misma cara que puso cuando le dijo que estaba valorando la opción de comprarse aquel chalet muy por encima de sus necesidades por millón y medio.

—Ya estaba aquí cuando yo he llegado —le dijo Diana—. ¿No has hablado con ella?

—No —Isabel tragó saliva para evitar que saliera toda la información que tenía sobre Soraya y Cris y no herir a su novia. Hizo todo lo contrario a lo que solía hacer en momentos incómodos: desvió la atención hacia ella—. Vino a mi casa el otro día y me vio con Emilia.

—¿Qué me dices?

—Sí, no sé qué se debió pensar. Bueno, me lo imagino, pero no me dio tiempo a decirle nada y ahora no me contesta a los mensajes.

—No, no, quiero decir: ¿Tú y Emilia?

—No es lo que piensas, vale.

—Pero es lo que ella y medio país pensaría… —Diana se atusó el pelo intentando que la melena fucsia volviera a llamar la atención de Soraya, sin éxito—. Bueno, pues ahí la tienes.

—No puedo hablar con Cris en un tanatorio —susurró Isabel escandalizada.

—Chica, es lo que hay —dijo Diana. Su expresión cambió nada más decir eso—. No me lo puedo creer.

Isabel se volteó para ver qué era aquello que su amiga no se podía creer y, si no lo estuviera viendo con sus propios ojos, ella tampoco se lo hubiera podido creer. Carmen, la ex de Diana, entró en la sala. Le resultó sencillo dar con Soraya: se había formado una pequeña fila para dar el pésame a la familia y sólo tuvo que sumarse a ella.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Isabel—. ¿Se conocen?

El pelo y la piel de Diana eran indistinguibles. Hasta el blanco de los ojos se estaba fundiendo con el color de la rabia. Isabel le agarró del brazo.

—Quieta.

Apretó con más fuerza el brazo. Quería tener bien agarrada a su amiga cuando todo explotara por los aires.

A Isabel le iba a dar una tortícolis de tanto mover el cuello y ella no pensaba arreglársela.

—¿Qué? —le preguntó Cris desde la distancia, frente levantada, mirada estrecha, nariz arrugada.

Parecía que la presentadora tenía una mensaje urgente, a juzgar por su cara de preocupación y por el tono rojizo del rostro de Diana.

“Mira el móvil. El móvil”, le leyó en los labios.

—No pasa nada, de verdad. No me debes ninguna explicación —vocalizó entre susurros para que la entendiera. Movió las manos de un lado a otro para enfatiza su negativa.

No pensaba hablar de su situación con Emilia y menos en un tanatorio. Y todavía aún menos de un lado a otro de la sala. Soraya seguía con su expresión triste, agradeciendo los gestos de cariño de las personas que hacían fila. No conocía a la mayoría de las personas que le daban las condolencias a Soraya y Cris se preguntaba de dónde habían salido, qué conexión les unía a ella.

Por fin, un poco de aire fresco en aquel día gris. Tony y Bea entraron en la sala. Años de experiencia en buscarse en ambientes hostiles, enseguida se encontraron.

—¿Qué tal? ¿Cómo está Soraya? Aliviada, ¿no? —dijo Bea en cuanto le soltó del abrazo.

—A ver, está triste de verdad, eh. Al fin y al cabo, era su madre.

—Ha llorado por la tensión liberada que ha acumulado durante años —dijo Tony.

Debía ser un espectáculo verlos desde lejos, con sus ademanes, su charleta alegre y su ropa colorida en aquel ambiente tan lúgubre. Cris buscó a Isabel para ver si ella se había dado cuenta de aquel detalle y descubrió que la presentadora no había dejado de mirarla.

—¿¿Pero qué quieres?? —volvió a preguntarle al ver que Isabel insistía en que mirara el móvil.

Al ver a Cris hablar sola, Tony y Bea se giraron.

—Oh, dios mío, no me lo puedo creer, es ella. Es Isabel Romero. Está aquí. ¿Puedo ir a saludarla? —preguntó Bea que parecía una adolescente delante de Nick Carter más que una mujer adulta en presencia de un cadáver.

—¡No! —respondió Cris mientras sacaba el móvil.

Leyó el mensaje que había dejado en visto:

Isabel: Necesito hablar contigo.

Y luego el posterior, enviado hacía un par de minutos:

Isabel: En la fila está la ex de Diana y tiene tendencia a liarla.

Cris levantó la vista.

—¿Nos la presentas? —preguntó Tony.

Como los dos buitres de Blancanieves, sus viejos amigos de la adolescencia hablaban apoyados en sus dos hombros.

—Parece más guapa en persona.

—Y el culo no lo tiene tan gordo como en la tele.

—Menudo braguetazo, Cris. ¿Cómo es en la cama?

Mientras, Isabel la miraba a ella expectante, desesperada por su ayuda y, por qué no decirlo, ansiosa por una mirada suya. Entre tanto tumulto de sentimientos, la sonrió.

—¿Queréis callaros un momento? Necesito pensar —pidió Cris.

Cris: ¿Quién es?
Isabel: La del chaleco y camiseta blanca.

En seguida la localizó en la fila. Pudo ver que la ex de Diana era una mujer alta,

imponente, segura de sí misma. Y eso que sólo la veía de espaldas.

—Mira, mira, cómo te mira —dijo Tony señalando sin disimulo a Isabel.

—Se te está comiendo —dijo Bea—. Podría cortarse la tensión sexual con un cuchillo.

—Ahora no —pidió Cris, luego le llegaron las palabras de sus amigos—. ¿Vosotros creéis?

—¿Cristina Higueras insegura? —preguntó Tony con ironía.

—Sí que le ha dado fuerte con la reina de las mañanas.

La fisio movió las manos para apartar los pensamientos que se estaban enredando delante de ella.

—Quedaos aquí y portaos bien, por favor. Ahora vuelvo.

Apenas quedaban un par de personas para que la ex de Carmen alcanzara a Soraya y su padre, y la sala seguía llena. El murmullo se hacía cada vez más grave y ruidoso al tiempo que el aire se hacía más concentrado y pesado. Casi no quedaba oxígeno; todo el mundo respiraba la exhalación de la persona de al lado. La propia Cris empezó a notar esa falta de ventilación. Quizá por eso, empezaron a perderse las formas. Se escucharon las primeras risas, seguidas por siseos, y luego alguna que otra voz más alta. El ambiente parecía animarse y nadie quería irse, como si esperaran que Carmina tuviera todavía un último comentario malicioso que compartir. A todo el mundo le caía mal, pero nunca estuvo sola. Era mejor tenerla cerca que a la espalda.

Cris se abría paso de la manera más firme y delicada que podía. Algunas personas la reconocieron, cuchichearon, mencionaron su apellido. Se acordó de sus padres en ese momento, exiliados para evitar el veneno que la propia madre de Soraya había esparcido. Dos hijos gays, menuda desgracia. En la carnicería, en la pescadería, en la frutería. Todo el género podrido por sus chismorreos. Cuando le había dicho a su madre que la mujer había muerto, respondió con un silencio. Había muerto el perro, pero seguía la rabia.

Y ahí estaba ella, yendo a salvar el culo a la heredera. “Los hijos no deben cargar los males de los padres”, le dijo su madre a modo de exculpación.

Un cuerpo la separaba de la mujer del chaleco. Otro cuerpo la separaba a ella de Soraya.

—¿Me permite? —preguntó Cris en baja voz a la persona que tenía delante.

La mujer la miró extrañada. No comprendía aquellas prisas en un trámite tan sombrío. Se encogió de hombros y se hizo a un lado.

Su plan: coger a la mujer del brazo y arrastrarla lejos de Soraya de la manera más discreta posible.

Le rozó el brazo con los dedos cuando la ex de Diana dio un paso adelante y se plantó frente a la familia de Carmina.

—Lo siento mucho, caballero —le dijo al padre que asintió con pena.

—Papa, es una amiga de una amiga —dijo Soraya—. Gracias por venir, Carmen —Le dio dos besos. La tal Carmen se quedó tiesa.

—¿Amiga de una amiga?

Su cabeza se movió de un lado a otro: del féretro dentro de la vitrina al padre, del padre a Félix y de Félix a Soraya. Cris vio levantar la cabeza lentamente y luego bajarla para asentir varias veces. Había comprendido. Respiró aliviada.

—¡Amiga de una amiga! —dijo Carmen en voz alta, asegurándose de que todo el mundo la escuchaba.

—Sí, amiga de una amiga —repitió Soraya entre dientes.

—¿Eso es lo que le dices a todo el mundo de tu novia?

—¿Tu novia? —preguntó el padre.

Félix se interpuso entre Carmen y Soraya, justo lo que debía haber hecho Cris para proteger al amor de su vida.

—Agradecemos sus condolencias —dijo el ex marido dando por zanjada la presencia de Carmen ahí.

La mujer se acobardó unos segundos pero, como dijo Isabel, tenía tendencia a liarla, y aquel escenario le pareció el más propicio. Levantó el índice y cogió aire. Entonces sí, Cris reaccionó por fin. La agarró por detrás y le tapó la boca con su mano caliente. La mujer se revolvió como una lagartija, empujando a la gente de su alrededor, que se giró molesta. Los asistentes esperaban que alguien censurara aquel comportamiento. Un rapto en un tanatorio. Habráse visto. Pero nadie dijo nada. La única persona que siempre tenía el comentario más reprobador e hiriente descansaba ya para toda la eternidad.

Aún hubo quien aseguró que el labio de Carmina se levantó con desaprobación cuando Cris arrastraba a Carmen fuera de la sala.

capítulo 2

el del ultimátum

CRIS: Parezco una katiuska.

Isabel miraba el móvil intentando encontrar un sentido a esa frase suelta. Al menos parecía que volvía a hablarle. La presentadora solía tapar la cámara frontal con el pulgar. Cogía el móvil con la izquierda y dejaba el dedo gordo justo encima de la cámara de *selfies*. Nunca se lo había contado a nadie, ni siquiera a Cris, pero lo hacía por temor a haber dado permiso de acceso a sus cámaras con alguna *app* y evitar así que su cara, desmaquillada, con los mofletes colgando por la gravedad, y la papada triplicada, estuviera en el servidor de algún país con laxas políticas de privacidad a la espera de que alguien la reconociera y las filtrara.

Isabel: ¿Katiuskas?
Cris: Sí, esas muñecas rusas que se encajan una dentro de otra.
Isabel: Ah! Matrioskas.
Cris: Eso.
Isabel: ¿Por?
Cris: Un día más siendo "la otra de la otra".

¿Qué responder a eso? ¿Qué esperaba Cris que hiciera ella? ¿Ignorar sus sentimientos y consolarla? Iba a responderle que ya, que lo sabía, pero tampoco ella podía comprometerse a hacer nada más, porque al fin y al cabo, Diana era su amiga y ya se había entrometido demasiado. Al final, la perdería a ella también.

Navegó entre los emojis. Siempre le costaba encontrar el que mejor expresara lo que sentía y por pura pereza acababa poniendo otro que, por lo general, era malinterpretado. ¿Para cuándo un diccionario de emoticonos que estandarizara los significados? Seguía buscando el emoji de la mujer con los brazos levantados en plan "no sé" cuando le entró un nuevo mensaje.

Diana: Creo que Soraya me engañando.

La presentadora abrió los ojos. ¿Cómo responder a eso?

Isabel: ¿Tú crees? ¿En qué te basas?

Sudaba tinta con cada mensaje, como si fuera a cortar el cable que no era para desactivar la bomba. En la tele, Elisa Wilson seguía en su papel de princesa del pueblo en uno de sus éxitos más populares, ajena a la olla a presión que era Isabel. Su actitud relajada en el sofá quedaba muy lejos de lo que la presentadora vivía por dentro.

Diana: Tía, lo de Carmen en el tanatorio. Muy raro, ¿no? ¿Quién le avisaría si no fue ella misma?
Isabel: No sabía que fueran amigas.
Diana: Amigas, amigas, no sé… Pero me las encontré un día en el salón.

¿Labio a labio? Le vino la canción a la mente.

Isabel: Eso no me lo habías contado.

Diana: Es que si te lo cuento me hubieras dicho que no empezara con eso, que siempre hago lo mismo, que me rayo porque Carmen ya me engañó una vez y bla bla bla.

Al parecer, la novela todavía no había terminado y aún quedaban algunas cosas por resolver. Resopló ante el reto.

Cris: No quiero presionarle, porque Soraya bajo presión funciona regular.
Isabel: ¿En qué sentido?
Cris: Toma malas decisiones.
Isabel: ¿Como liarse con su mejor amiga cuando ya está saliendo con otra persona?
Cris: No, esa era la decisión correcta. La incorrecta fue salir con Diana, pero como la acosaba por el móvil…
Isabel: Diana no la acosó por el móvil.
Cris: Se puso pesadita.

Soltó el móvil. Estaba harta de estar en el centro de aquel triángulo, cuadrángulo, lo que narices fuera eso. Si Cris no sentía nada por ella y seguía colgada de su mejor amiga, que no la enredara a ella con sus movidas.

Ya no.

Isabel: Tú sí que eres pesadita.
Diana: ¿Ves? Por eso no te conté lo de Carmen.

Mierda.

AUNQUE la mañana había comenzado fresca, las horas de sol empezaban a acumularse en la calle y el aroma de la fruta caliente vacilaba entre el dulzor y la descomposición en esa porción de acera. Soraya cogió un melocotón y se lo llevó a la nariz. El terciopelo del melocotón en sus fosas nasales le agitó los pelillos y un estornudo amenazó con salir. En ese momento de guardia baja, cuando Soraya tenía los ojos cerrados y la nariz arrugada, Isabel la abordó por detrás.

—Tú y yo tenemos que hablar de tu futuro.

Era una frase de un anuncio de seguros que estaba ahora en la tele. Ella hablaba a cámara desde diferentes escenarios pero con la misma ropa: el salón de una pareja joven, la cocina de una familia con dos hijos, la salita de una señora mayor haciendo crucigramas. Seguro que a Soraya le vino la imagen del anuncio en cuanto escuchó la frase. Se giró despacio, lo justo para que la presentadora le viera su perfil, pero no lo suficiente como para ver qué expresión tenía.

Habían pasado unos días desde el fallecimiento de su madre. Podía seguir afligida, sin embargo, su orfandad no le había impedido seguir jugando a dos bandas con Diana y Cris. Las dos conversaciones que reinaban en lo alto de su *app* de mensajería eran las de ellas dos. El peligro constante de confundirse de comunicación la estaba poniendo de los nervios. Hasta le había salido un herpes en los labios que traía de cabeza a la propia Diana para poder disimularlo un poco.

Caminaron separadas, Isabel un paso detrás de ella, con sus gafas de sol y su gorra blanca. Terminaron en una cafetería de barrio, bulliciosa, con servilletas de celulosa y mesas de una pata que aún así cojeaban.

Pidieron dos cortados que se los sirvieron a la temperatura de la magma volcánica. Entre soplido y soplido se tanteaban.

—Tú dirás —dijo Soraya. Había dejado por imposible dar un primer sorbo al café y había cruzado los brazos.

—A ver, Soraya, me encantaría no meterme donde no me llaman —comenzó Isabel—,

pero es que aquí me llaman. O me mensajean, mejor dicho.

—¿A qué te refieres?

La aparente inconsciencia de Soraya la enervó todavía más. Era imposible que no se diera cuenta de que tenía entre las manos una bomba de relojería.

—Soraya, lo sé todo.

Ahí comenzó a ponerse nerviosa. Descruzó los brazos y se agarró a la silla, como si estuviera a punto de darle al botón de eyectar para salir volando de aquel avión en caída libre.

—¿El qué sabes?

—Que juegas a dos bandas con Cris y con Diana. Y no se lo merecen.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha contado Cris.

—Pero, a ver, ¿vosotras estáis juntas o no? —quiso saber Soraya—. Porque según ella tenéis una especie de relación abierta, pero ahora te estás poniendo nerviosa porque esté con Cris.

—No, no, no. Yo no me estoy poniendo nerviosa porque estés con Cris —dijo Isabel intentando no ponerse nerviosa lo que le hacía estar más nerviosa. Había hecho miles de entrevistas incómodas pero aquella se llevaba la palma.

—¿Entonces?

—Me pongo nerviosa porque me están viniendo las dos a llorar. Cada una por su lado. Estoy en medio y me estoy cansando ya.

La otra razón que no decía era que necesitaba saber hasta dónde lo de ella con Cris era real o sólo fruto de su imaginación.

Estaba tan enervada que el primer sorbo de café le pareció frío.

Soraya se reclinó en la silla. Tenía el ceño arrugado y miraba a la izquierda. Las luces y sonidos de una máquina tragaperras habían capturado su atención.

—Entonces tú y Cris no estáis juntas —dijo con una entonación entre afirmación y pregunta, entre la duda y el deseo.

Isabel se relamió el café de los labios. Amargo al principio, dulce al final. Le costaba definir sus sentimientos hacia Cris y esa relación ficticia a la que jugaban a veces lo complicaba todavía más. No había palabra en el diccionario para describirla. ¿Eran amigas o sentían algo más? ¿Era mutuo? ¿Era real? Tampoco la prensa se decidía y seguía etiquetando su relación como “una buena amiga”. Si hubieran sido un hombre y una mujer seguramente ya les estarían buscando fecha para una boda.

Y ellas también.

—Es… complicado.

Soraya levantó una ceja.

—¿Estáis o no estáis? No es tan complicado.

Habían llevado el teatrillo tan al extremo que ni ella misma sabía si la función había acabado o si se había llevado el personaje a casa. Recordó el aroma de Cris en su almohada.

—Oh, sí lo es. Pero yo no soy el problema aquí. Ni mi relación con Cris.

—Bueno, un poco sí. Si me dices que estáis juntas, no me dará tanta pena dejarla.

—¿La vas a dejar? —Isabel saltó como un resorte.

—¡No! —respondió Soraya de manera instintiva.

—Entonces, vas a dejar a Diana.

—Tampoco —Estaba claro que Soraya no pensaba cortar ningún cable de su bomba de relojería—. Tú mejor que ninguna deberías entenderme —dijo Soraya—. Tú mismo me estás

diciendo que tu relación con Cris es complicada. Pues bien, la mía también. Con Cris siempre hay… muchas implicaciones.

A Isabel se le cortó la respiración. Ahora iba a resultar que ella, Isabel Romero, reina de las mañanas, la que lo mismo te vendía un seguro que unas sartenes, y a la que los *paparazzi* seguían hasta el baño, iba a ser la única persona que podía entender a Soraya, bisexual a sus 40, huérfana de madre, separada de su marido y con dos relaciones con dos mujeres muy diferentes a las que no quería dejar.

Resopló.

¡Claro que la entendía! Estar con Cris era tan fácil, con sus atenciones y sus besos calientes. Y salir de Diana era tan complicado, con el miedo a un nuevo fracaso amoroso presionándola y con la pequeña Nerea detrás anhelando una coautora para sus obras.

—Escucha, Soraya, no quería llegar a este punto, pero debes elegir. Diana es mi mejor amiga y no se merece esto. Y Cris es… —Dudó qué decir. ¿Qué era Cris para ella?—. Bueno, Cris es tu amiga de la infancia y creo que tampoco se lo merece. Y yo necesito que esto pare. No puedo estar ahí para las dos sabiendo lo que sé porque al final las perderé a ambas—Isabel se puso en pie y recogió sus cosas—. Te doy hasta este domingo. Si no dejas a una de las dos, intervendré yo. Esto tiene que acabar.

Se terminó el café como si fuera un chupito y se marchó del bar dejando a Soraya sin capacidad de respuesta y con la cuenta por pagar.

SI Soraya iba al baño a echar un pis, Nerea iba detrás. Ya había perdido la vergüenza a que la niña la viera con las bragas por los tobillos. Si Soraya iba a la habitación a buscar el cargador del móvil, la seguía. Si iba la cocina a por un vaso de agua, a su espalda, contándole ideas nuevas, siempre estaba Nerea.

—Entonces, si tú quieres, por ejemplo, vivir un día en la vida de Cleopatra, te implantarías el chip de Cleopatra y lo vivirías.

—Pero, ¿de dónde saldría el chip de Cleopatra? Todos los que podrían contarnos cómo se sentía murieron hace tiempo —preguntó Soraya dando un trago.

—Para eso están los historiadores, para recrear esos momentos.

—Ah, los historiadores. Entonces, el contenido de los chips dependerían de terceros. Podría haber personas interesadas en manipular ese contenido.

Soraya disfrutaba poniendo la imaginación de Nerea al límite.

—¿Y por qué alguien querría manipular el contenido de la vida de Cleopatra? —preguntó la niña.

Ahí le había pillado. No sabía qué responderle, pero sí le vino a la cabeza una persona que sí lo sabría. En su cabeza se aproximaron dos puntos que en su corazón parecían destinados a unirse: Nerea y su padre.

Miró el calendario. Era jueves. Quedaban dos días para que finalizara el ultimátum de Isabel. Le quedaba la duda de si la presentadora podría cumplir su amenaza o no, pero era algo que no quería descubrir. De hecho, en el fondo tenía que reconocer que le había venido bien que alguien le pusiera fecha de caducidad a su juego a tres bandas. Al final del día acababa mentalmente agotada y hasta en el trabajo los niños le habían notado ojerosa e irritable.

—Vamos al sofá, anda. Ahora mismo no quiero pensar.

—Vale, ¿pero puedo seguir contándote cosas?

—Sólo si no necesitas que yo te de *feedback*, porque ahora mismo, no puedo.

—Vale, no me des *feedback* si no quieres —concedió Nerea—, pero tampoco puedes mirar el móvil. Ni la tele. Solo a mí.

Soraya resopló ante el reto.

—Tengo la suerte de que eres una niña muy mona —se burló Soraya.

Nerea la abrazó por la cintura y la apretó tan fuerte que sus ovarios estuvieron a punto de salir disparados entre sus piernas.

Fueron al salón y se sentaron en el sofá. La niña de rodillas, con los pies en la tela. Soraya le pidió que no pisara el cojín. Nerea obedeció. Estaba nerviosa. Se sacó un moco y resultó ser más elástico y pegajoso de lo que esperaba. Soraya fue al baño a por papel y se lo quitó del dedo índice.

Nerea seguía contándole ideas para su próxima novela. Estaba segura de que su padre haría una escucha mucho más activa, aunque le metería otras ideas como una guerra entre dos galaxias por el control de los recursos, o la amenaza de un asteroide que podría acabar con todo el universo conocido. No podía esperar a ver esos dos choques de trenes llenos de imaginación colisionando en el pequeño espacio del salón de su casa.

CON su buena cara mañanera, Isabel entró en Maquillaje como un torbellino. Después de varias noches de cavilaciones, se había quitado un peso de encima. O se lo había puesto a Soraya sobre sus hombros, mejor dicho. Todavía no había llegado a la fase de temor por que Soraya eligiera a Cris en lugar de a Diana. Con haber puesto fecha de caducidad a su papel de estar en el centro de todo el meollo de momento se sentía satisfecha.

No le había gustado llegar al punto de tener que poner un ultimátum, pero la mujer no le había dejado otra opción. ¿Era mala tomando decisiones bajo presión? Bueno, no era su problema. Había tenido 40 años para aprender a ser asertiva. ¡Que espabilara!

Aquella mañana iba a tomar la temperatura de su movimiento. En función de cómo se encontrara a Diana podría intuir qué decisión iba a tomar Soraya.

—Buenos días —saludó de manera neutra.

—Uy, ¿y ese tono tan triste? —preguntó Diana. Estaba colocando las cosas sobre la mesa y no parecía en absoluto afligida.

—No lo pretendía. Espera, que lo vuelvo a intentar —dijo Isabel. Salió de la habitación y volvió a entrar mucho más risueña—. ¡Buenos días, chicas!

—Así mejor —dijo Diana.

Necesitaba algo de ánimo. Todos necesitaban un empujoncito de ánimo. Su *share* se había estancado y el programa de Patricia García-Molina se acercaba peligrosamente, a dos semanas del fin de temporada. La renovación seguía en juego e Isabel se sentía responsable del trabajo de todo el equipo. En sus últimas entrevistas, habían llevado a una cantautora lesbiana y a un escritor gay, pero la audiencia quería más. Siempre quería más. Era un monstruo insaciable. Mati no tardaría en llamarla para darle un toque.

—No queda nada, chicas —dijo Isabel apelando a las vacaciones para levantar el ánimo de nuevo.

—¿Tienes planes para el verano? —le preguntó una de las chicas de Diana. Le cogió el pelo y tanteó diferentes recogidos, usando los dedos como horquillas. En el espejo miraba el gesto de Isabel que cambiaba conforme le gustaba más o menos cómo le iba quedando el pelo.

En ese momento pensó rápidamente la respuesta. No se había parado a pensarla hasta entonces. Tenía dos planes, en función de lo que eligiera Soraya. Si elegía a Cris, se iría a una isla griega a llorar y tomar el sol; Si Soraya elegía a Diana, se llevaría a Cris a una isla griega para follar y tomar el sol. Sonrió.

—Aún no lo he decidido.

De inmediato le cambió el gesto.

—¿No te gusta así? —le preguntó la peluquera.

No se le había torcido el labio por el peinado, sino por la idea que le inundó la mente. Iba a dejar que una mujer a la que había conocido hacía unos meses decidiera por ella. Es más. Le había puesto un ultimatum para que decidiera por ella.

—No, está bien. Sigue.

Adivina ahora quién era la persona que no había aprendido a ser asertiva a sus 40.

—Diana, ¿tú has hecho planes con Soraya para este verano? —preguntó.

—Buah, no. Con toda la pesca de su madre no hemos sacado el tema todavía —dijo—. Sí que hemos hecho planes para este sábado.

—¿Ah, sí?

—Sí, volvemos al parque de atracciones. Esta vez, sin Nerea, así nos podemos subir en todas las atracciones.

—¡Qué guay! —dijo una de las chicas.

—Han puesto una nueva que es una pasada—dijo la otra—. Te suben a lo alto de un palo y luego te sueltan. Acojona un huevo.

Se montó una conversación sobre atracciones que fue sumando enteros conforme llegaban los colaboradores del programa. Isabel pasó al puesto de Diana.

—Entonces, ¿todo bien? Lo digo por…

—Ya sé por qué lo dices —dijo Diana—. Se me fue la olla con lo de Carmen, lo reconozco. ¿Sabes? —siguió la maquilladora—. El otro día, cuando llegué a casa, me las encontré ahí a las dos…

—¿A Soraya y Carmen? —preguntó Isabel escandalizada.

—¡No! A Soraya con Nerea. Me puse cachonda, te lo juro. Cachonda en un sentido no sexual, claro.

Isabel asintió aunque no sabía cómo se podía poner una cachonda si no era en sentido sexual.

—Estaban leyendo o escribiendo, no sé, pero era una estampa familiar preciosa, como esa de tu anuncio de los seguros de hogar. Me puse delante de ellas saqué el móvil y les hice una foto sin que se dieran cuenta.

Se inclinó a coger el móvil y le enseñó la foto a Isabel.

—Está mal decirlo, pero ahora que su madre ha pasado a mejor vida, se ha quitado un peso de encima.

Efectivamente, era una estampa preciosa. Soraya sonreía con la boca abierta mientras escuchaba a Nerea que le contaba entusiasmada su última idea. La presentadora se mordió el labio. Ojalá Soraya eligiera a Diana porque como eligiera a Cris no iba a tener la fuerza para animar a su desconsolada amiga. Había lanzado un ultimátum sin la certeza de saber si ella cumpliría su amenaza. En caso de tener que llevarla a cabo y contarle a Diana que Soraya la estaba engañando con Cris le costaría su amistad con la maquilladora, sí, pero también, y muy probablemente, su remota posibilidad de tener algo con Cris que estaría, y con razón, rota por la traición.

La miró al espejo y la veía tan sonriente. Sus ojos se cruzaron. Diana se supo pillada y se inclinó.

—No quería gafarlo pero… —le susurró al oído—, esta tarde Soraya le cuenta lo nuestro a su padre.

—¿De verdad? —A Isabel se le olvidaron sus temores.

—Shhh —Diana miró a los lados.

El brillo que le iluminó la mirada a Isabel le subió el guapo de repente. Diana echó la cabeza para atrás para ver cómo iba el maquillaje.

—Hala, me estoy saliendo hoy —se felicitó.

Isabel sonrió. Diana era una excelente maquilladora, por supuesto, pero gran parte de aquella belleza que se reflejaba en el espejo era fruto de la esperanza, la peor droga del ser humano.

YA al cruzar el umbral de la puerta notó que el olor a muerte había desaparecido. Pero Soraya también notó otras cosas que habían desaparecido en la casa de sus padres. Para empezar, las figuritas de la librería, recuerdos de bautizos, bodas y comuniones que eran imanes para el polvo. La casa olía a desodorante de hombre, mezclado con sudor y un poco con pis también.

—Papá, ¿te has duchado hoy?

—No —respondió el hombre tan feliz.

—Pues tienes que ducharte todos los días.

—¿Todos los días? —protestó el hombre—. Pero si apenas sudo.

—Pues huele a sudor aquí. Y a meados —Soraya fue al baño y vio el pis acumulado en la taza del váter con la tapa, por supuesto, levantada. Bajó la tapa y vació la cisterna—. Y usa papel para limpiarte, por Dios. Pareces uno de esos viudos que olvidan las reglas básicas de higiene porque no tienen una mujer cerca para recordárselas.

El hombre recibió las palabras de su hija con paciencia mientras observaba a su hija entrar al salón con una toallita húmeda entre las manos.

—Está bien, cariño, usaré papel y tiraré de la cadena.

—Y dúchate.

—En cuanto te vayas —dijo—. Que no te estoy echando, eh. Yo estoy encantado de que vengas a verme, y sé que si huele a sudor y a pis no vendrás tanto.

Soraya afirmó con la cabeza. Estaba bastante nerviosa y lo había pagado con su padre. Suerte la suya que era el hombre más paciente del mundo. Echó otro vistazo por el salón. No sólo habían desaparecido el olor a muerte y las figuritas de recuerdo, sino también los tapetes de ganchillo, los adornos de cristal y hasta algún cuadro. En los huecos libres, el padre había colocado su colección de fascículos encuadernados de diferentes guerras. Su madre los odiaba. El hombre los había coleccionado pacientemente comprando periódicos casi a diario, a veces, a escondidas, como si en lugar de comprar la prensa estuviera comprándole droga al tío de Tony. Luego los llevaba a encuadernar. Y cuando el hombre que encuadernaba se murió, lo hacía él en la mesa de la cocina. Su mujer le echaba la bronca porque el pescado de la cena sabía a pegamento. Tenía uno de esos fascículos abierto en la mesita de centro del salón.

—Vaya, sí que has hecho limpieza.

—Sí, ahora con una pasada de trapo limpio el salón.

—Muy práctico —Soraya se asomó a las páginas del libro—. La legión Cóndor.

—Sí, es un fascículo especial sobre el ataque aéreo de Guernica, durante la Guerra Civil en España. Es casi un incunable.

—Papá, que los daban con el periódico.

—Sí, pero mucha gente los habrá tirado y quedarán pocos —respondió ufano.

—Bueno, ahora todo está en Internet.

—¿Ese sitio donde manipulan con algoritmos y bots? No, gracias, prefiero la tinta y el papel.

—Algoritmos y bots. Vaya, vaya, alguien se está tomando en serio sus clases en la Universidad de Mayores —Soraya le golpeó la rodilla—. Espero que para ir te duches.

—Que sí… —respondió con impaciencia el hombre.

Soraya dio un sorbo al refresco que le había servido su padre. Tenía dos opciones: o preguntarle por la legión Cóndor o hablarle ella de lo que quería hablarle. Y no sabía cuál de las dos le apetecía menos. En cuanto pensaba las palabras para decirle que estaba saliendo con una mujer, el calor se adueñaba de su cuerpo. No soportaba las preguntas que vendrían después, ni el posible gesto que pondría su padre. Hasta temía que no pusiera ningún gesto ni dijera ni una sola palabra. No estaba preparada para ninguna reacción. No estaba preparada si quiera para decir en alto, delante de su padre, la palabra "bisexual". Y menos "relación con una mujer". Y menos "relación con una mujer que tiene una hija". Iba a convertir a ese hombre en padre de una mujer bisexual con una nuera y una nieta de la noche a la mañana. Resopló con fuerza para liberar un poco la tensión que tenía dentro.

Tras unos momentos de silencio, y varios resoplidos más, su padre comenzó a hablar.

—Pues resulta que la legión Cóndor…

—¡Papá, soy bisexual! —le interrumpió Soraya. Definitivamente, no quería escuchar una chapa sobre la Guerra Civil española.

El hombre tenía una hoja agarrada con dos dedos y la miró sorprendido. Luego soltó la hoja y su gesto se relajó.

—Ya lo sabía.

—¿Cómo que lo sabías? —preguntó Soraya indignada. No había contemplado esa reacción.

—Bueno, no es que lo supiera a ciencia cierta, pero algo intuía.

Soraya se puso en pie, nerviosa. El hombre más empanado de la faz de la tierra había sospechado de su bisexualidad. Ella pensaba que había sido discreta, y resulta que era tan evidente que hasta un hombre que no era capaz de mear sin echar unas gotas fuera de la taza del váter se había dado cuenta. Pero, ¿cómo?

El hombre leyó la confusión de su hija.

—A ver, Soraya… —abrió las rodillas. Se venía *mansplaining*—. Es que la química que tienes con Cris tenía que significar algo, ¿no? Cris es una mujer imponente. Tiene esa seguridad en sí misma irresistible, ¿verdad? Tanto tiempo juntas… Es normal. Y la última vez que vino, cuando os interrumpí para preguntaros si queríais tomar algo, era evidente que os ibais a besar. Pero no pasa nada, eh. Yo soy un hombre moderno. Y tu madre se fue sin sospechar nada, tú tranquila.

Su padre hablaba y hablaba pero la confusión no se despejaba de la cara de Soraya.

—¿Con Cris?

—Sí, con tu amiga. Ella es lesbiana, ¿verdad? Pues eso, sumé dos y dos, y ahora me dices que son cuatro. Bueno, sumé dos y dos, y que cuando venía Félix apenas os mirabais. Eso cuando venía, claro. Así que sumé dos y dos y dos y me dieron seis. Mira, como la bandera arcoiris. ¿Ves como soy un hombre moderno?

—Papá, por favor, cállate. Estoy intentando pensar.

El hombre obediente volvió a su lectura sobre la legión Cóndor.

Soraya respiró hondo, pero era incapaz de relajarse. El esófago le ardía. Cris moldeando barro. Cris pintando flores en un lienzo. O algo parecido. Cris escalando por la pared. Brazos tensos, sonrisa ancha. Cris con el vestido negro que le quitó el hipo. Cris esperando paciente por ella.

Cris. Siempre Cris.

Miró a su padre que seguía leyendo las páginas de historia impresas por fascículos hacía

décadas, con una sonrisa bobalicona en la cara. Su hija era bisexual y salía con una mujer que la amaba tanto como para haber esperado por ella 30 años.

Y ella se lo pagaba relegándola al papel de amante de la amante.

¿Cómo había estado tan ciega?

EN honor a Nerea se había comprado un algodón de azúcar. Por un lado, Diana echaba de menos a su hija. Miraba las atracciones o los peluches de las casetas de tiro y se acordaba de ella. Pero por otro lado, le parecía excitante tener una cita a solas con Soraya. Llevaban casi un año de relación, y ya habían perdido esa excitación inicial que les hacía querer hacer el amor a todas horas. Ahora Soraya no era su amante, era la mujer que le ofrecía sus brazos para descansar y desahogarse después de un largo día en el trabajo. Estaba segura de que una cita a solas con Soraya, en un lugar tan excitante como un parque de atracciones reavivaría la pasión entre ellas. Ya se relamía con la noche de sexo que iban a tener.

Su lengua atrapó un trozo de algodón y Soraya la miraba. El caramelo la envolvió.

¡Un año ya! Salvo con Carmen nunca había llegado tan lejos con una mujer. La miró. Le miró. Sintió que todo estaba bien. Soraya sonreía y hablaba sin parar. Estaba nerviosa, como una niña tímida que no se atreve a mirar a los adultos. Los sonidos de las atracciones y el griterío de la gente hacía difícil centrarse en el momento. Le agarró de la mano y Soraya tiró de ella.

—Vamos allí —señaló—. ¡Corre!

Diana no entendía la prisa y casi se le cae el algodón del palo del tirón que Soraya le había dado. Rio. Le divertía esa Soraya tan insegura e infantil.

—Un momento —se detuvo—. ¿Prefieres ir a otra? ¿O prefieres comer algo antes? Ay, no, que luego lo vomitaremos. Mejor subir ahora que tenemos el desayuno en los pies.

—¿Qué te pasa, tía? Es sólo una montaña rusa, no tienes por qué tener miedo.

Soraya nerviosa.

—Venga, vamos.

En la cola, mientras el algodón de azúcar se deshacía entre su paladar y su lengua y las pulsaciones le aumentaban con cada paso que avanzaban, Soraya se iba haciendo más esquiva e irritante. Se quejaba del calor, de la espera, de la mala organización de la fila. Resoplaba, cruzaba los brazos y luego los soltaba con rabia, hablaba alto para hacer sentir mal a los trabajadores del parque. Se había convertido en un grano en el culo para la gente que tenían alrededor y Diana empezó a sentir vergüenza.

—Está un poco nerviosa —la justificó—. Las montañas rusas le dan miedo.

Soraya la miró con fastidio, como si le molestara que sacara la cara por ella.

—¿Quieres calmarte? —Diana la agarró de la cintura y Soraya esquivó el gesto—. ¿Prefieres que nos montemos en otra?

—No, ahora que hemos llegado hasta aquí no voy a echarme atrás —dijo Soraya.

Por fin, la espera terminó y se subieron al vagón. Soraya se apretaba tanto en la barra de sujeción que tenía los nudillos blancos. Diana le puso la mano encima y, de nuevo, Soraya la rehuyó.

—Ya verás como luego querrás repetir.

Otra vez la sonrisa nerviosa de Soraya.

MIRÓ la foto que Diana le había mandado. Ella y Soraya en el vagón de la montaña rusa, justo antes de que empezara el viaje. Diana sonreía de manera exagerada, como queriendo compensar el gesto entre serio y triste de su novia. A Soraya se la notaba aterrada, pero, tal y como le contaba Diana en el mensaje, era una especie de rito de paso que quería superar. Ir

superando retos: salir del armario, contárselo a su padre y ahora hacer *check* en la montaña rusa más alta y rápida del parque. Isabel podía ver cómo a Diana le salía el orgullo por el pecho.

Todo estaba saliendo a pedir de boca. Soraya y Diana pasaban un fantástico día en el parque de atracciones superando miedos y avanzando en la relación y, según sus cálculos, Cris debía estar llorando desconsolada porque Soraya había roto con ella. Justo antes de que terminara el plazo del ultimátum que le había dado. Estaba saliendo todo a pedir de boca.

Isabel abrió los ojos con temor. Cris no era de llorar; Cris era más de desquitarse y salir a follarse a la primera que le ponía ojitos sólo para olvidar a Soraya. Eso no lo podía permitir. Envalentonada por su suerte, escribió a Cris.

Isabel: Holaaaa
Cris: Hola, ¿qué tal? ¿Qué te cuentas?

Parpadeó. Vale. Era un saludo demasiado entusiasta como para provenir de una persona a la que habían dejado.

Isabel: Yo muy bien, de resaca de un sarao. ¿Tú?
Cris: Ah, sí, el de la inauguración de la discoteca de Charlie. Lo he visto por la tele.
Isabel: ¿Tú qué tal?
Cris: Oye, ¿qué es eso que le dijiste a la prensa del photocall *cuando te preguntaron por si tenías pareja, que pronto les darás una alegría?*
Cris: Yo bien. He salido a correr un poco y ahora iba a ver una peli.
Isabel: ¿Una peli y un helado en modo depresivo? ¡Menudo cliché! No te pega nada
Cris: ¿Tienes nueva novia?
Cris: En modo depresivo no. En plan normal.
Isabel: ¿En plan normal? ¿Pero no te ha dejado Soraya?
Isabel: Nueva novia no, la que ya tenía [emoji con gafas de sol][emoji de sonrisa][emoji de corazón]
Cris: [emoji llorando de risa] Soraya no me ha dejado. Va a dejar a Diana. De hecho, debe estar haciéndolo ahora. Me dijo que se iba a subir a una montaña rusa para cargarse de valor. Pobre…
Cris: ¿Qué novia tienes ya? Ahí me he perdido.
Isabel: Que va a dejar a Diana?? Pero si están tan felices!
Cris: ¿Emilia?
Cris: ¿Segura que están felices las dos?

Isabel salió de la conversación para mirar de nuevo la foto que le había mandado Diana. Ahora entendía el gesto triste y nervioso de Soraya. No era por el miedo a las alturas, sino por lo que iba a hacer.

Cris: ¿Has vuelto con Emilia?

El mensaje apareció en lo alto de la pantalla. Isabel se puso roja de ira. ¿Qué le importaba? ¿No estaba tan feliz con Soraya? Sobre el mensaje de Cris, una nueva notificación: Una llamada entrante de Diana. Descolgó, se oían sus pasos avanzar rápido por un camino de tierra y tenía la respiración entrecortada, en parte por el ritmo alto y en parte porque estaba llorando.

—En lo más alto de la montaña rusa, tía —dijo Diana—. En lo puto más alto de la puta montaña rusa. ¡Qué lleva semanas saliendo con Cris a mis espaldas! ¡¡Con tu Cris!! Será cabrona. Siempre me acaban dejando, joder. ¿Qué cojones me pasa? ¿Qué tara tengo? ¿Tan horrible soy como novia? ¿Y tú no sospechabas nada?

Eso le pasaba por dejar su destino en manos de una mujer que apenas sabía manejar el suyo. Ahora mismo, cogería a Soraya de las solapas y… Y… ¿Y qué? Tan incisiva con sus entrevistados y tan cobarde al manejar su vida privada. Igual debería llevar a Soraya a su programa para hacerle una de sus incisivas entrevistas y ponerla a caer de un burro.

Cris: Entonces… ¿Estás con Emilia o no?

capítulo 3

el de la noche en el teatro

EL nervio de Diana estaba exacerbado. Se notaba porque al entrar a Maquillaje, nadie hablaba. Ella maquillaba y maquillaba, con las cejas y los labios apretados. Estaba triste y lo manifestaba con enfado, con irritación. Hasta había gritado a Nerea por una chorrada y la pobre niña se había ido llorando a su cuarto, mitad por la bronca, mitad porque echaba de menos a Soraya y sus historias.

Diana maquillaba dando golpecitos con el algodón. Golpecitos quizá demasiado fuertes.

—Hija, ¿no puedes ser un poco más delicada? —le pidió un invitado.

Isabel entró a Maquillaje como el forastero que entra en una cantina en el Lejano Oeste.

—He oído que tratas mal a mis invitados.

Diana se llevó una mano al cinturón donde colgaban todas las brochas.

—Ven aquí a que te quite ese brillo de los pómulos. ¿Acaso te has puesto bótox?

La presentadora lo negó.

—Será que está embarazada —dijo una de las trabajadoras.

Las miradas asesinas de Isabel y Diana es dirigieron hacia la chica.

—Eso dicen: que a las embarazadas les brilla la cara —La voz se le iba apagando conforme se justificaba.

—¿Qué tal estás? —se interesó Isabel.

—En la mierda.

La presentadora le atrapó la mano. La brocha se quedó suspendida en el aire bajo la aterrada mirada del invitado.

—Encontrarás a otra mujer. De verdad.

—Tengo 40 años —Diana se zafó y aplastó con rabia la brocha en la polvera. Antes de que pudiera aplicar los polvos al invitado, este saltó de la silla.

—¿Y qué? Yo también —dijo Isabel.

La presentadora se dio cuenta en el acto de que aquello no era un consuelo. Eran dos cuarentonas solteronas incapaces de tener ni retener una pareja. Se dejó caer en la silla.

—Tienes que ayudarme —le pidió Diana.

—Por supuesto, cariño, yo estoy aquí para ayudarte. Luego compramos unos helados y nos vamos a ver una peli. Tienes a Nerea en casa este finde, ¿no? Vemos alguna de dibujos.

De nuevo, la brocha suspendida en el aire.

—Necesito otro tipo de ayuda, Isabel —la interrumpió Diana—. Quizá tú sí, pero yo no me he rendido.

La presentadora se tocó el centro de su pecho y miró a Diana.

—Eso ha dolido.

—Perdona.

Isabel miró el reloj. Alguien debía estar buscándola por todo el plató para el siguiente bloque. Aquel no estaba siendo el mejor programa de la temporada y todo el mundo estaba más nervioso de lo habitual. No era sólo cosa de Diana. El director le había dejado caer a Isabel entre bromas que hiciera el último baile viral. Ella, también medio en broma, medio en serio, le había dicho que eso acabaría por hundir las audiencias.

—¿Qué necesitas? —refunfuñó Isabel.

—Que me acompañes. Sé que esta noche van las dos al teatro. Un clásico de Shakespeare. No sé, una frikada del estilo. Tenemos que ir.

—¿Ir a ver a Elisa Wilson interpretar a Ofelia en 'Hamlet' en el Teatro Principal? ¡Por supuesto! Seguro que quedan entradas en primera fila —ironizó Isabel.

—Y tú seguro que sabes dónde conseguirlas —le cortó Diana—. Apáñatelas como puedas, pero consigue dos entradas. Tenemos que ir. Me lo debes —zanjó. Y sin decirlo lo dijo todo: que no había sido la mejor amiga del mundo últimamente, que se había entrometido de más en su relación y que era hora de saldar sus deudas.

Afuera, alguien gritaba el nombre de la presentadora.

—Pero, Diana, si a ti no te gusta el teatro.

—Me da igual la obra. Yo voy a ver qué hacen.

—¿Y no te vale con esperarlas a la salida?

La puerta de Maquillaje se abrió y se asomó el rostro acalorado de la becaria. Diana se apuró en hablar.

—Vamos, las abordamos cada una por nuestro lado y restablecemos el orden natural de las cosas —La maquilladora hablaba rápido, consciente de que le iban a arrebatar a su amiga en unos segundos.

—Aquí estás. Tienes que ir a plató ya.

—¡Voy! —gritó Isabel nerviosa. La sola idea de ver a Cris era suficiente para acompañar a Diana—. ¿Y si el orden natural es que ellas dos deban ser pareja?

—Pues entonces saltaremos entre universos paralelos hasta dar con aquel en el que las parejas sean Diana y Soraya, y Cris e Isabel.

—Chica, no te gustará el teatro, pero de montarte películas sabes un rato.

—¡Isabel! —La becaria elevó la voz entre apurada e insegura por reprender a la reina de las mañanas.

—¡¡Ya!! —gritaron al unísono las dos amigas.

—Isabel, nos lo debemos —le dijo Diana con gravedad, y, de nuevo, lo dio todo por entendido.

—Veré qué puedo hacer —se comprometió la presentadora antes de salir por la puerta.

ISABEL siempre subestimaba su capacidad de influencia. Muchas veces, sólo le hacía falta descolgar el teléfono, hacer un par de llamadas y conseguir lo que se proponía. Si no fuera porque de vez en cuando alguien la devolvía a la cruda realidad, como Soraya lo había hecho, se sentiría la reina del mambo, haciendo y deshaciendo a su antojo. También es verdad que al ser la prima de la presidenta de la Asociación de Mujeres ProfesionaLES tenía la mitad hecha.

—Así que ahora necesitas la ayuda de tu primita, eh —El tonito burlón de Mati le dejaba claro que las ansiadas entradas no le iban a salir gratis.

—Es para hacerle un favor a Diana.

—Un favor a tu maquilladora, eh.

Mati estaba apoyada en la mesa. En esta ocasión, Isabel se mantuvo de pie. Quería dejarle claro a su prima que quería una transacción rápida, fácil y, a poder ser, sin dolor.

—¿Y para qué quiere Diana ir al teatro si a ella nunca le han gustado esas cosas?

—Quiere empezar a instruirse —respondió Isabel sin desvelar sus cartas.

—Pues que empiece por el microteatro.

—Venga, Mati. ¿Las tienes o no?

La mujer rodeó su escritorio y sacó de su cajón un sobre. Volvió a ponerse delante de

Isabel. La presentadora fue a coger el sobre y Mati lo retiró.

—Son para esta noche.

—Lo sé. Gracias.

—No me has entendido —Mati agitó el pelo—. He conseguido entradas para el estreno de 'Hamlet' en el Teatro Real en menos de dos horas.

Isabel entornó los ojos. Entendía lo que decía su prima. Para cualquier persona, conseguir eso era una proeza, y era eso lo que quería que Mati valorara.

—A ver, prima, que seguro que las has conseguido en 15 minutos. Alguien tendrás entre bambalinas que te las habrá dado.

—Si vinieras a los *networking* de la asociación no tendrías que pasar por mí.

—Está bien —dijo Isabel—. Iré al próximo *networking* de tu asociación.

Fue a estirar el brazo, entendiendo que con eso pagaba el precio, pero su prima retiró el sobre unos centímetros más.

—Eso por descontado, pero estas entradas son algo más caras.

—Ten familia para esto. ¿Qué quieres que haga?

—Algo muy sencillo. Aburrido incluso. Puro protocolo.

—Dispara, prima.

Mati volvió a agitar su melena encrespada.

—Tienes que posar en el *photocall* con Emilia Ferretti.

Tuvo que pedirle que se lo repitiera porque la petición le parecía tan insólita que estaba segura de que había oído mal. Mati lo repitió y, efectivamente, le había pedido que posara en el *photocall* del estreno, ese que saldría en todos los programas del corazón, con su ex.

—¿Qué? Ni de coña.

—Está bien —Mati rodeó de nuevo la mesa y guardó el sobre en el cajón. Luego se sentó en su vieja silla.

—¿Es en serio?

La mujer asintió. La parsimonia de su prima irritó todavía más a Isabel. Trató de calmarse. Con Mati, cuanto más mostrara debilidad, más hincaba el diente. Debía replantearse seriamente cambiar de agente. Las próximas Navidades iban a estar entretenidas. La sola idea de poder ir acompañada de Cris la tranquilizó y divirtió a partes iguales.

—¿Y a ella le parece bien?

—Si a ti sí, a ella también.

—¿Eso ha dicho?

Mati volvió a asentir.

A la presentadora se le cayeron los hombros incapaz de sostener el peso de la culpa por haberse metido donde no la llamaban, por haberse enredado en una historia que no era la suya y por haber caído hasta el fondo en una trampa que ella misma había tendido.

—Es un acuerdo entre las agencias de representación —aclaró Mati.

—Pero ella se va a casar, ¿lo sabes no?

—Sí, de hecho, lo hace por ella.

—¿Cómo?

Mati sonrió con ternura. Se inclinó sobre la mesa y entrelazó los dedos.

—Angelito… La quiere proteger como no te pudo proteger a ti. Si desvía la atención de los medios hacia vosotras, que ya habéis hecho callo con estas cosas, dejarán en paz a su chica.

—Ella siempre fue la lista de las dos —dijo Isabel.

—Seguro que es bueno para la última semana de audiencias del programa. Nos vamos

por todo lo alto, firmamos la renovación y te vas de vacaciones con los deberes hechos. Supongo que ahora que ya no estás con nadie, a ti no te importa. —Mati abrió el cajón—. Porque… no estás con nadie, ¿verdad?

Entendiendo que su prima quería asegurarse de que no seguía con Cris como último requisito para soltar las entradas de una vez, Isabel negó con la cabeza.

HABÍA subido esas escaleras mil veces, pero nunca con un traje de dos piezas y con Soraya agarrada del brazo. Ahora que había dejado a Diana, y una vez pasado el luto de su ruptura, Soraya parecía un tren de alta velocidad. Lo quería todo y lo quería ya. A las 48 horas de romper con la maquilladora, ya se había plantado con la maleta en casa de Cris, y a las 72 horas había impuesto un nuevo orden en el caos de su apartamento.

—Ya verás, le vas a encantar a mi padre —dijo Soraya.

—Pero si ya me conoce.

—Sí, te conoce como mi amiga, pero no como mi pareja.

Tocó el timbre.

—No hay mucha diferencia —dijo Cris.

—¡Todo es diferente! —exclamó Soraya.

De vez en cuanto, si se concentraba mucho en ello, Cris todavía podía oír el bisbiseo de sus dudas escapándose por los agujeros de su memoria. Entre este nuevo orden y ver a Soraya amanecer en su cama, aún no se creía que estaba viviendo su propio sueño. Demasiado perfecto para ser real, como si fuera la protagonista de una novela romántica empalagosa y predecible. Como si en lugar de ser dueña de su propia historia, fuera el personaje de una ficción ajena.

La puerta se abrió y el padre de Soraya las recibió en camisa, pantalón de chándal y zapatillas de franela.

—Me he duchado —Fue lo primero que dijo su padre—. Pasad, pasad.

Soraya abrazó a su padre y entró al recibidor. Cris se quedó parada en la puerta. No sabía muy bien cómo debía saludar a su suegro así que le tendió la mano. El hombre la cogió y luego tiró hacia él para abrazarla. Los manotazos le sacudieron los titubeos.

—Papá, por favor. Es lesbiana, no un hombre con el que debas demostrar tu masculinidad.

Cris sonrió con educación y entró al piso. Olía diferente a la última vez que estuvo.

—¿Qué queréis tomar?

—Sólo estaremos un momento, papá. Vamos al teatro esta noche.

El hombre pareció decepcionado.

—Pero mañana podemos venir a comer —dijo Soraya—. ¿Verdad, Cris?

—Ehm…

—¡Estupendo! Haré fideuá.

—¿Sabes hacer fideuá?

—Lo he visto en YouTube y no parece muy complicado.

—Papá, te voy a tener que quitar el móvil…

Mientras padre e hija discutían unos minutos sobre la conveniencia o no de moderar los contenidos del móvil, Cris miró a su alrededor. Recordaba la casa diferente. Era obvio que el padre se había desprendido de algunas cosas de la etapa con su mujer. Había estado tantas veces en esa casa y ahora era totalmente diferente a como la recordaba. Una vez más. Una marca cuadrada en la pared de la entrada quedaba como vestigio de un cuadro que ya no estaba.

—Ahí… —señaló Cris—. Había un cuadro de un perro, ¿verdad?

Soraya y su padre la miraron extrañados.

—No. Era de una cesta con flores —respondió el hombre.

—Ay, Cris, otra vez tú y tu mala memoria —dijo Soraya.

—Sí, supongo que siempre he tenido mala memoria —dijo Cris con una sonrisa forzada, tratando de ocultar su incomodidad.

—Yo me lo apunto todo en el móvil —dijo el padre—. Mira, en esta aplicación me apunto lo que quiero recordar, la lista de la compra, libros que he leído…

De pasada, Cris pudo leer "tomates", "comprar tornillos para colgar el cuadro", "Los pilares de la tierra", "plátanos", todo junto, sin orden ni concierto. Si ella debía llevar un buen embrollo en la cabeza, lo del padre de Soraya debía ser anarquía dura.

—No te preocupes, cariño —Soraya la cogió de la barbilla y la obligó a mirarla—. Lo que importa es que estás aquí, ahora, conmigo. Mírame. Haz fotos.

—¿Ahora? Mi móvil está en tu bolso.

—No, con el móvil no; así —Soraya guiñó los dos ojos a la vez—. ¿Ves? Estoy haciendo fotos del momento, para volver a verlas después.

Ahora sí, Cris sonrió de manera franca. Imitó a Soraya y le hizo unas cuantas fotos. Estaba verdaderamente hermosa. Podía haber adulterado algunos recuerdos de su infancia y adolescencia, pero desde luego aquellos momentos eran reales y no los iba a olvidar jamás.

LA maquilladora chilló de la emoción cuando Isabel le dijo que había conseguido entradas. Chilló de nuevo cuando la vio con un vestido espectacular en color champán, y chilló todavía más cuando Isabel le contó la contrapartida.

—Te encanta el salseo —se quejó Isabel cuando Diana se mostró tan entusiasmada con el plan.

—¿Tú sabes la de gente que está esperando el reencuentro entre tú y Emilia? Sobre todo después de la entrevista. Cris rabiará.

—No me hace mucha gracia. Es confundir a la gente.

—Yo soy la gente y la gente queremos salseo, tener algo de qué hablar, emocionarnos con los romances de otros y quejarnos si las vidas ajenas no se desarrollan como queremos —explicó Diana.

—Sólo soy un personajillo de ficción para la gente. Aislada del mundo real, sin sentimientos ni emociones. ¿Es eso?

—Exacto.

Isabel rio por no llorar.

—¿Puede parar aquí un momento? —le pidió al chófer.

El coche se paró y la presentadora bajó la ventanilla. La imagen de Emilia apareció iluminada por el escaparate que tenía detrás. La noche le sentaba bien. Siempre lo había hecho. Así como había personas que conforme se acercaba la hora de dormir, la cara se le ponía a juego, a Emilia no. El rostro de Emilia se iluminaba con la luna.

—*Bona sera* —saludó con un tonito burlón que le sacó una sonrisa a Isabel.

La actriz no iba sola. Le acompañaba un joven que se sentó en el asiento del copiloto. Era una joven estrella que hacía de su hijo en la serie. Alto, guapo, discreto, de esos que debían construirse una imagen de galán en sus primeros años. En redes, el actor jugaba con los códigos para darse a entender entre su colectivo, pero ante los focos se mostraba todo lo hetero que podía fingir.

Emilia abrió la puerta de atrás y obligó a Isabel a colocarse en el sitio de en medio. Nadie estaba cómodo en ese coche.

—Solo posar —dijo Emilia.

—Solo posar.

Se miraron y sonrieron cómplices.

—Yo soy Diana. Te he maquillado —Diana invadió el espacio de Isabel y le tendió la mano a la actriz, que la estrechó con una sonrisa dulce y educada—. Es un auténtico placer conocerte. Soy fan tuya. Y lo que os hicieron en Italia…

—Diana, deja de dar el tostón —le pidió Isabel.

La maquilladora obedeció.

El vehículo se detuvo en la puerta. El Teatro Principal era una edificio neoclásico de grandes columnas cuya vegetación de piedra soportaba un friso con unas esculturas en el frontal. Una marabunta de fans, periodistas y famosos se acumulaba en las escaleras y *hall* de entrada. Había llovido unos minutos antes y el olor a humedad impregnaba el ambiente y multiplicaba las luces en los charcos que todavía quedaban en el suelo. No pudieron ver quién estaba en el *photocall* en ese momento pero acaparó todas los *flashes* y eso les bastó para bajar del coche discretamente y reordenarse.

Diana entró por detrás de la nube de fotógrafos y periodistas, como lo hizo Cris en la fiesta de jubilación de Charlie.

El actor se colocó bien la americana y se dio un último vistazo en el reflejo de la ventanilla del coche antes de entrar.

Isabel y Emilia se quedaron a la espera.

—Fíjate, tú y yo nunca hemos posado en un *photocall* juntas —dijo Emilia—. Iba a decir: "Como en los viejos tiempos", pero tú y yo nunca tuvimos esto.

—Es verdad —Isabel no se atrevía a mirarla.

—Debe gustarte mucho el teatro para querer posar conmigo a cambio de un par de entradas.

La manos de Emilia se posó en su rodilla. Isabel se puso nerviosa. Tomó aire un par de veces, pero no le pasaba más allá de las costillas. Conocía de sobra a su ex. Ella también quería salseo ajeno.

—Es… Es una movida, para ayudar a mi amiga, la maquilladora.

Emilia levantó una ceja. No se lo creía. Ella también conocía de sobra a Isabel.

—¿Y tú no ganas nada?

La presentadora se ruborizó al pensar en Cris.

—Bueno. Ya me lo contarás —Emilia rio.

Una joven vestida de negro se asomó al interior del vehículo. Llevaba una carpeta en la mano y una acreditación colgada al cuello.

—Ya podéis pasar —les dijo.

Las dos mujeres tomaron aire a la vez. Se agarraron fuerte de la mano y salieron de la manera más digna posible del coche.

Entraron al *photocall* y se hizo la locura. Los disparos de las cámaras, las preguntas, las manos levantadas. Todos hablando a la vez, pero preguntando lo mismo.

—¿Estáis juntas? ¿Habéis retomado vuestro amor de juventud? ¿Es una reconciliación?

—Espero que tu novia no se asuste con esto —le susurró Isabel. Luego, agarró a Emilia de la cintura y la apretó contra ella. Había agarrado esa cintura más veces en posición horizontal que vertical y se permitió el lujo de disfrutar del momento. Si era un personajillo de ficción, al menos quería escribir unas líneas propias.

—Mi novia es mucho mejor que todo esto —le dijo Emilia—. Es una mujer increíble—. Entonces se giró y miró a Isabel como si fuera su novia. Hubo tantos *flashes* que parecían envueltas en un haz blanco que las cegaba—. Me encantaría que vinieras a la boda—. Volvió a

mirar a los fotógrafos—. Te prometo que será mucho más discreto que esto.

Isabel rio. Más *flashes*. Estaban captando cada segundo de complicidad y al día siguiente acabarían en las páginas de todas las revistas, en los programas de televisión, en las páginas web. La Asociación de Mujeres ProfesionaLES debía estar celebrándolo por todo lo alto.

Ahora sólo tenía que ver cómo le explicaba todo eso a Cris.

EL rumor de las conversaciones contrastaba con la locura que Isabel acababa de vivir en el exterior. Los asistentes estaban de pie charlando emocionados, encontrándose, fingiendo ser importantes. Emilia se unió a un grupo y dejó que Isabel se reencontrara con su amiga. Diana vio llegar a Isabel. La acompañaba un acomodador, un hombre mayor protestón que se hacía hueco a codazos entre la gente. El acomodador iluminó con la linterna la fila de asientos, aunque el espacio estuviera perfectamente iluminado.

—Es aquí —gruñó.

Diana la estaba saludando de manera extraña. Levantaba la barbilla para hacerse notar, pero no se atrevía a subir la mano más allá de su hombro.

—No quiero que me vean —se explicó cuando Isabel se sentó a su lado—. Ya las he localizado.

Señaló en dirección a Soraya y Cris, que estaban de pie hablando con una pareja de hombres. A Isabel el corazón se le puso en la boca. Soraya llevaba un vestido rosa palo y un recogido con un pasador lleno de brillantes.

—Está muy guapa. Mira qué guapa está, por favor.

—Guapísima —dijo Isabel, aunque no se refería a Soraya.

Desde que la vio, no pudo apartar los ojos de Cris. Llevaba un traje azul marino con la cintura entallada. En lugar de corbata llevaba un lazo rosa, a juego con el vestido de Soraya. El pelo se lo había peinado con raya a un lado y la habían maquillado en uno tonos tierra que le suavizaban la cara. Aunque por dentro estuviera nerviosa o incómoda, Cris fingía seguridad. Las manos en los bolsillos y su curiosidad, mirando a todos los lados salvo a sus interlocutores, le ayudaban a conseguirlo. Tanto miraba a su alrededor que giró el cuello hacia la zona en la que estaban Diana e Isabel. Las personas de las butacas de delante se movieron y las ocultaron momentáneamente.

—Está mirando hacia aquí. Rápido, bésame —le pidió Diana.

—¿Qué?

—Para disimular y que no nos vean las caras.

—Diana, no te voy a besar. Esta noche ya está siendo lo bastante rara como para hacerla todavía más rara.

Diana se colocó las solapas de su chupa con disgusto.

El timbre sonó y la gente comenzó a moverse. Isabel se quedó sin parapeto, pero Cris estaba más ocupada en acomodarse en su asiento que en relojear a su alrededor. El rumor se hizo cada vez más débil. Soraya ladeó la cabeza para susurrar algo al oído a Cris y se giró para contestarte también al oído. Se podía oír el volar de una mosca. Antes de volver la mirada al escenario, Cris echó un último vistazo a su espalda. Un instante antes de que la luz se apagara. Los ojos de Isabel y Cris se encontraron. La presentadora le sonrió. O esa era su intención. Fue tan fugaz que no supo si sus labios se habían curvado a tiempo para que Cris los viera. Con la luz apagada, todavía vio su silueta. Le pareció que su mentón se levantaba a modo de saludo, pero vete a saber. Igual sólo ocurrió en su imaginación trufada de anhelos.

—Si ronco, me das un codazo —le dijo Diana.

Tampoco la maquilladora vio la mirada de asesina que Isabel le lanzó. Después de todo lo

que había tenido que rebajarse para conseguir las entradas y ni siquiera iba a ver la obra.

Elisa Wilson estuvo sublime. Como siempre.

HUBO un cáterin después. Presuntamente, iba a aparecer Elisa Wilson y todo los VIPs estaban expectantes. Cuando se movía la cortina del salón, todo el mundo enmudecía hasta que se abrían y aparecía una persona diferente. No fue nada cómodo para Isabel abrir la cortina entre el silencio y descubrir las caras de decepción de la gente al comprobar que no era la estrella.

—Los ricos sois muy raros —le susurró Diana.

—Yo no soy rica.

—Sí, lo eres.

—Pero no de estos ricos —se justificó Isabel.

La cortina tembló. Ojos puestos en ella. La cortina se abrió. Decepción inicial cuando se vio que no era Elisa Wilson, con cierto alborozo posterior cuando reconocieron a Emilia Ferretti. La actriz italiana se quedó hablando con un grupo de actores.

—Buenas noches, Isabel —saludó Mati—. Diana.

—¡Mati! No… No sabía que venías.

—Ya —Su prima la miraba con los ojos entrecerrados y el labio apretado—. Y yo no sabía que venía Cristina Higueras.

—Ah, ¿está aquí? No tenía ni idea —Isabel fingió desinterés.

—Isabel… —Mati agachó la cabeza y la miró forzando los ojos hacia arriba.

—Ay, por Dios, pareces la abuela.

—Pues mira, me están dando unas ganas de arrearte uno de sus sopapos que no veas —dijo Mati.

—Mati, por favor, somos adultas.

—¿Segura? Porque a veces lo pongo en duda.

—Venga, tía, relaja la raja —intervino Diana—. Estamos viviendo adolescencias tardías. Danos cancha.

—¿Ves? A las pruebas me remito: 40 años y sigue hablando como si tuviera 15.

Isabel se puso entre las dos.

—Calmaos un poco. No necesitamos montar un espectáculo aquí.

La presidenta movió la cabeza con altivez. Pese a su corta estatura, sabía cómo imponer su personalidad.

—Aquí os quedáis. Espero que sepas lo que haces, Isabel. Nos jugamos mucho.

La frase le sentó fatal, pero Isabel fingió como pudo. Que se jugaban mucho, dijo. Pues efectivamente, aunque no en el sentido que su prima había dejado caer. Un camarero pasó y ella y Diana cogieron una copa de cava y un canapé. Necesitaban alcohol y algo sólido para digerirlo todo. Diana olisqueó el suyo.

—¿Es salmón?

—El mío lleva wasabi.

Se metieron los canapés en la boca de la otra. La presentadora se despistó un momento. O más que despistarse, conectó con su alrededor. Había demasiados estímulos, demasiadas conversaciones cercanas a sus orejas que no podía evitar escuchar. Miraba cómo bebía la gente, cómo movían las manos, sus gestos, las distancias que guardaban con los demás. La gota de sudor que le resbalaba por la sien al camarero. La pajarita torcida de otro hombre. La inconfundible risa de Emilia que estaba en su salsa.

—¡Mira! Están ahí —Diana la sacó de su mundo.

Ahora que la gente se había constituido en grupos, Soraya y Cris habían quedado a la vista

en un rincón de la sala. Eran unos aliens en ese entorno, sin grupo, sin comunidad. Cris seguía visiblemente incómoda, fuera de lugar, viviendo una experiencia ajena. Estaba tiesa como un palo y ni siquiera la postura de manos en los bolsillos le servía en esta ocasión.

—Tendría que estar cogiéndole de la mano —dijo Isabel—. Nos rozábamos con el pulgar para calmarnos cuando estábamos nerviosas, ¿sabes?

Diana no la oía, ensimismada como estaba en Soraya.

Soraya, por el contrario, se mostraba sonriente. Le susurraba a Cris quién era quién en aquel salón lleno de viejas glorias del teatro patrio, pero Cris era de las que preferían a los actores en dos dimensiones, escondidos detrás de sus personajes. Cris le dijo algo a Soraya y, pese a las protestas de su novia, se fue y la dejó sola.

Diana le dio un codazo a Isabel.

—Soraya se ha quedado sola. Voy a por ella.

—¿Me dejas sola? —protestó Isabel.

—Tía, esta es tu gente. Habla con esa —le señaló a una mujer aleatoria.

—Es Patricia García-Molina.

—Mira, qué bien. La conoces.

—Es mi competencia directa.

—¡Estupendo! Las dos llevaís un programa para marujas. Ya tenéis por dónde empezar la conversación.

La maquilladora se fue dejándola más sola que un presentador de teletienda a las 3 de la mañana.

SORAYA se puso a temblar como una hoja en cuanto vio a Diana entre la multitud. Se abría paso con su sonrisa guasona, sus andares de pato y su determinación de *cowboy*. Era una incongruencia en sí misma. Lo tenía todo para ser una persona acomplejada, pero Diana emanaba seguridad. Y era tan difícil escapar a esa seguridad. Soraya recordó los días en los que se dejó envolver en ella como un burrito caliente y picante.

—Diana, no des un paso más —le pidió Soraya cuando la tenía a un par de metros.

En mitad de la sala, entre gente vestida de etiqueta y camareros con pajarita, rodeadas de decoración de pan de oro y arquitectura neobarroca, Diana se detuvo. Aguantó un pie en el aire. Parecía un mimo.

—¿Por qué no?

—Diana… —Soraya protestó. Se movió como si se aguantara el pis—. Diana, por favor, no lo hagas.

—¿Hacer qué? —Diana dio un paso y se detuvo.

Soraya seguía temblando. Las pesadas cortinas de terciopelo rojo de la sala se abrieron y Elisa Wilson hizo su aparición estelar. La gente rompió en aplausos, pero no se movían de su sitio. Era una admiración educada, medida, que respetaba la distancia de seguridad. Aprovechando el alboroto, Diana recortó la distancia que le quedaba con Soraya. Le cogió de la mano, le besó el hombro. Soraya se derritió.

—Recuperemos el orden natural del universo.

—¿Y cuál es ese?

—Salgamos de aquí, para empezar.

Diana sujetó a Soraya del brazo y las dos mujeres se encaminaron hacia la salida, esquivando a la propia Elisa Wilson que las miró con el orgullo herido.

La noche estaba fresca y a Soraya se le puso la piel de gallina al instante. Diana se quitó su chupa y se la colocó sobre los hombros.

—¿Y tú no tienes frío?

—Ahora mismo ardo en deseos de besarte.

—Diana, por favor —rio Soraya.

—¿Ves? Seguro que Cris no te hace reír como yo.

—La verdad es que no.

La maquilladora saltó.

—¿No te das cuenta? Vivís un espejismo, una ficción escrita en vuestra infancia. Pero eres una adulta, Soraya. Ahora eres otra persona.

Soraya no dijo nada. Rumió las palabras. Sospechaba que se las había dicho Isabel. Diana no tenía la sensibilidad para analizar y expresar así un diagnóstico tan acertado. Paseaban sin rumbo, las dos cogidas del brazo. Diana se aferraba a Soraya para sentir su calor. Soraya jugaba con el frío que salía de su boca.

El orden natural de las cosas, repitió para sí. Nacer, crecer, casarse, tener un hijo, quizá dos, verlo crecer, morir. Ese era el orden natural de las cosas que había seguido su madre, y el que ansiaba para su hija. Aun sabiendo que no era la fuente de la eterna felicidad, Carmina había programado el cerebro de la pequeña Soraya para que esta deseara lo que debía hacer. Ella había roto ese orden natural. Se había enamorado, se había casado y había tenido una niña, pero no de la manera que su madre le había dicho.

Diana permanecía en silencio, respetando su momento de reflexión. Quizá sospechando que de aquel rapto espontáneo no iba a brotar un síndrome de Estocolmo.

Sus pasos las habían llevado a una parada de autobús. Se sentaron por pura costumbre.

¿Había roto el orden natural de las cosas? ¿O es que ni siquiera había un orden natural y simplemente lo que había era un galimatías de idas y venidas que nadie entendía? Por eso su madre odiaba tanto a la gente *queer:* lo habían roto todo, habían puesto en duda su manera de vivir, su "orden natural". Una duda que ella, en su fuero interno, también albergaba. Por eso nunca soportó a su buena amiga Cris, porque la vio venir de lejos. Mucho antes, probablemente, que ella misma.

—Me costó mucho dejarte, Diana —Soraya hablaba sin mirarla—. Tuve que subirme a lo alto de una montaña rusa para poder usar todo ese valor para hacerlo. Te quiero, quiero a Nerea, os quiero a las dos, pero no como para darte lo que necesitas tú. No insistas, por favor. No me lo pongas más difícil.

—No sabes lo que necesito —respondió Diana con altivez.

—¿Y tú lo sabes?

Llegó un autobús y el ruido del motor rellenó el silencio que se había instalado entre ellas. Hubo un par de personas que bajaron y otras dos subieron. El autobús se quedó unos segundos esperando. Diana levantó la mirada. El chófer las miraba por el retrovisor esperando a ver qué hacían, si subían o esperaban a otro bus.

Ni eso eran capaces de decidir.

El autobús cerró sus puertas y las dejó ahí, esperando al siguiente.

POR supuesto, Isabel no tenía ninguna intención de empezar una conversación con la presentadora de otra cadena, así que fue al servicio. No tenía ganas de hacer pis, pero necesitaba un momento de silencio.

Cerró la puerta del baño. Se oyeron aplausos y vítores en el salón. Acababa de entrar la actriz. Dos mujeres que estaban retocándose el maquillaje salieron disparadas a verla. El retumbar de sus tacones contra la baldosa del suelo fue lo último que escuchó Isabel. Se apoyó en el lavabo. Se miró al espejo. En esa hora bruja, ni el maquillaje ni los tratamientos eran capaces de ocultar su cansancio. Los párpados de arriba se le hinchaban y caían sobre los ojos.

También la mandíbula perdía elasticidad y colgaba ligeramente. Estiró el cuello y se miró de un lado y otro. Deseó teletransportarse al sofá de su casa.

Una cisterna sonó y la sacó de sus pensamientos. Cris apareció reflejada en el espejo cuando se abrió la puerta. Isabel se dio la vuelta para cerciorarse de que era ella.

—Hola —la saludó.

—Hola.

—Qué… Qué casualidad.

Cris rio con ironía. Fue directa al lavabo y abrió el grifo. La presentadora la miraba como si ella fuera la estrella de la función.

—Demasiada.

—La Asociación de Mujeres ProfesionaLES me ha invitado. Era una invitación que no podía rechazar —La reacción fría de Cris le indicó que tampoco le importaba mucho. ¿Por qué iba a importarle? Ella ya tenía lo que quería, que era estar con Soraya—. Cris, cuando viniste a casa y viste que estaba con Emilia, yo… Ella… Sólo venía a pedirme el divorcio. Se quiere casar en Italia y...

—Isabel, de verdad, no tienes que darme explicaciones —Cris se sacudió el agua de las manos y cogió un par de toallitas de papel para secarse—. Vosotras tenéis vuestra historia. Tú y yo… Sólo somos amigas. No tengo derecho a decirte nada.

Cris tenía el discurso preparado, pero cuando lo iba diciendo, sentía que sólo le salían frases deslavazadas, como un rompecabezas sin sentido. Sólo deseó que Isabel pudiera componer el resto del puzzle sin ella. Quiso marcharse, pero la presentadora la cogió del brazo.

—No somos amigas, Cris —le dijo.

—Oh.

Cris se mostró decepcionada. Luego entendió: Por supuesto que no eran amigas. La gente de la tele no tiene amigas de la calle, gente normal como ella, que necesita vivir en el centro para poder ir a trabajar sin dejarse media vida en el transporte público.

—No… No me he expresado bien —insistió Isabel cuando interpretó a Cris.

Le agarró de los hombros, la obligó a bajar a su altura. Ella se puso de puntillas. Nunca le había parecido Cris tan alta, tan inalcanzable. Le sujetó la cara. Estaba mal, sabía que aquello estaba mal, pero tenía que hacerlo. Tenía que demostrarle a Cris y a ella misma que lo suyo era algo más que una amistad.

Cris cerró los ojos. También sabía que estaba mal, que no debía hacerlo, pero tenía que demostrarle a Isabel y a ella misma que estaba enamorada de Soraya, que nada de lo que pudiera hacer la presentadora del momento, la estrella de la tele, su compañera de butaca VIP, su hada madrina, podría desviar ni un ápice el destino marcado hace 30 años.

Sus labios se encontraron. No eran desconocidos. Se conocían ya su piel, su sabor. Cris se relajó y a Isabel ya no le hizo falta sujetarle el rostro para que siguiera besándola. Al contrario: se confió y se dejó caer. Cris la agarró de la cintura muy fuerte, la apretó contra su cuerpo. El calor comenzó a emanar de sus bocas, tanto que tuvieron que entreabrirlas para poder respirar. La mano de Cris en su mandíbula ardía. Más allá de la puerta, las exclamaciones de admiración seguían produciéndose, como si en lugar de ovacionar a Elisa Wilson, las estuvieran aplaudiendo a ellas.

Aquello estaba bien.

Aquello no estaba bien.

La imagen de Soraya se le cruzó a Cris por la mente. Pero no la Soraya actual, sino la niña. Sonreía con sus palas ausentes en mitad del recreo. Un balonazo en la cabeza y la sonrisa

desapareció.

—No, no, no, no… Esto no está bien.

Cris se aseguró de que Isabel podía mantenerse en pie antes de escurrirse de su abrazo.

—Está muy bien —dijo Isabel que amagó con volver a besarla.

Cris dio dos pasos atrás. La insistencia de la presentadora le molestó.

—No me lo hagas más difícil.

—¿Hacerte difícil el qué?

La presentadora se acercó a ella. El cuerpo de Cris peleaba por mantenerse sólido aunque sus piernas pareciesen blandiblú. Las manos de Isabel se pegaban a su piel. Le acarició la cara, el cuello, como si no pudiera despegarse de ella. Miró el desagüe de un lavabo. Podría tornarse líquida y desaparecer por el agujero.

—Podrías tener a quien quisieras —dijo Cris con la determinación cada vez más debilitada —. ¿Por qué yo? ¿Por qué conmigo?

—Lo mismo podría decir yo —contestó Isabel. Le colocó la palma de su mano suave y perfumada en la mejilla y la giró hacia ella, hacia su boca—. Podrías estar con cualquiera, incluso son Soraya, pero te mueres de ganas de estar conmigo.

—Estás muy segura de eso —Cris le miraba a los labios. Hablaban en susurros, con la respiración cada vez más entrecortada.

—'Hamlet' ha estado bien —dijo Isabel—. Pero me muero de ganas de ir a casa, acurrucarme contigo en el sofá y ver una de Rock Hudson.

—En tu sofá enorme.

—En mi sofá enorme, con mi manta suavecita —La presentadora hizo una pausa—. ¿Has oído eso?

Cris aguzó el oído. Pensaba que era el único sentido que le funcionaba correctamente y resultaba que no.

—¿El qué?

—Han llamado al timbre. Debe ser la pizza.

—La pizza —repitió Cris.

—¿Abres al repartidor mientras yo voy a por las servilletas?

—Espero que la hayas pedido con piña.

—Jamón y piña, y extra de queso.

Cris sonrió. Se tornó en estado gaseoso, efervescente, incontrolado. Bisbisbis. Un torbellino dando vueltas por el baño, cada vez menos consciente de sí misma. No sabía que tenía sus manos en la cintura de Isabel, no sabía que estaba tan cerca de su boca, no sabía que afuera ya no había nadie. Sólo sabía que iba a besar a Isabel Romero.

Sus labios se rozaron primero tímidamente, como si ninguna de las dos se creyera que aquello estuviera pasando de verdad.

Era real. Tenía que serlo. En una fantasía no saboreas el carmín, no eres capaz de sentir las grietas de los labios, no puedes notar la calidez del aire que sale por la nariz. Cuando se dieron cuenta de que era real, imprimieron más deseo a su beso y se atraparon con las manos, fuerte, casi con violencia, para no dejar escapar el momento. Cris agarró a Isabel de la cintura y la aupó sobre el lavabo. Entreabrió los ojos. Se la hubiera comido entera ahí mismo. Le subió la falda del vestido y metió la mano. Le agarró el muslo con fuerza sin dejar de besarla. La presentadora abrió ligeramente las piernas para que Cris encajara sus caderas entre ellas. Le apretó las nalgas. El beso se había tornado húmedo, sus lenguas se entrelazaban como una danza que sólo ellas conocían.

Sexo espontáneo en un lugar público. Eran oficialmente adolescentes.

Y entonces, cuando las mejillas ardían y la respiración apenas llegaba a los pulmones, Cris se detuvo. Pegó su frente a la frente de Isabel impidiendo cualquier beso.

—No pares… —rogó la presentadora.

No se refería necesariamente al plano sexual, sino al otro, a ese que perdura más allá de la carne. Podía soportar no hacer el amor en ese momento, podía, incluso, dejar de besar a Cris, pero no podía soportar la idea de que ahí terminara lo suyo.

—No puedo, Isabel. No puedo —dijo Cris.

Siempre había admirado la determinación y fidelidad de Cris. Por mucho que Mati dijera que no era de fiar ahí estaba: siendo fiel a un amor que había vivido en su corazón durante 30 años.

Cris le ayudó a bajar de la encimera del lavabo, despacio. Isabel se colocó el vestido.
Ella, Isabel Romero, líder de las mañanas, mujer lesbiana referente, había sido rechazada por la única persona que se había pasado lo anterior por el forro de sus *boxers* y la había tratado con la naturalidad y la sencillez que necesitaba para no dejarse llevar por el torrente de la fama y el dinero y comprarse una casa por encima de sus necesidades.

—Espera, Cris —la llamó cuando la fisio ya tenía asido el pomo de la puerta del baño. Se acercó a ella, notó el miedo en Cris. Cuando llegó a su altura, extendió su pulgar—. Tienes carmín aquí.

Restregó su piel bajo la atenta mirada de Cris.
—Ya está.

Se miraron una última vez y, entonces sí, Cris salió del baño.

Isabel esperó un par de minutos para salir. En parte para disimular, y en parte porque necesitaba un momento para recomponerse.

El orden natural de las cosas.

Salió y caminó despacio hacia la salida. El silencio la acompañaba. Retiró las cortinas rojas de terciopelo y desapareció de su propia escena.

LE costó poco encontrarlas. Diana y Soraya parecían dos árboles de Navidad en un secarral de asfalto y adoquines. Seguían sentadas en la parada del autobús. Cris se acercó a ellas. Intentó dilucidar qué podía esperar cuando llegara a su altura. No parecía que hubiera contacto entre ellas.

Y eso no le gustó.

Y le sorprendió que no le gustara.

Y rascó la razón. En un fondo cada vez menos profundo ansiaba que Soraya le dijera que había vuelto con Diana. Conociendo a Soraya, no lo descartaba. No descartaba que ahora Diana hubiera pasado al papel de amante siendo ahora ella la cornuda.

Hubiera sentido un gran alivio.

Y eso tampoco le gustó. Era cautiva de su propia narrativa. Ella no iba a ser capaz de romper con Soraya nunca. Sería reconocer haber tirado a la basura 30 años de espera.

—Estás aquí —dijo Cris—. Hola, Diana. ¿Todo bien?

—Hola —saludó Diana.

—Cris, cariño. Perdona, hemos salido para hablar un momento. Ha estado en el teatro, ¿sabes?

—Sí, lo sé —dijo Cris. Se apoyó en la mampara de la parada.

—¿Lo sabes?

Se escucharon unos pasos a su espalda. Sin girarse, ya sabía que Isabel se acercaba a

ellas. Soraya miró por encima del hombro de Cris y vio a la presentadora. Le extrañó.

—Hemos venido juntas —dijo Diana.

—¡Qué casualidad!

—Demasiada —añadió Cris.

Isabel se puso a su altura. Cris temía moverse. Temía rozar el cuerpo de Isabel y no saber cómo iba a reaccionar. Ahora mismo, no era dueña de sí misma. Debía notarse desde fuera la tensión que estaba sintiendo, de la misma manera que ella sentía la decepción de Diana, o la frustración de Isabel, o la confusión de Soraya.

Sin embargo, nadie decía nada.

Seguían llegando autobuses y allí nadie se movía.

Todas las cartas estaban sobre la mesa. Las cuatro enredadas como estaban en sus sentimientos, luchaban por mantener la calma. O al menos, para no perder la cordura. La ciudad de noche parecía cargada de electricidad; cada respiración, cada suspiro, amplificaba el voltaje de las emociones contenidas. Se podían ver en sus ojos los fogonazos de sus batallas internas. Unos dedos metidos en el enchufe equivocado y alguien saldría herida.

—Se ha quedado buena noche —dijo Soraya.

—¿Nos vamos, Diana? —dijo Isabel, su voz cortante como un cuchillo.

Diana dudó por un instante. Miró a Soraya, luego a Cris, y finalmente asintió con una leve inclinación de cabeza. Se levantó sin decir nada más, y empezó a caminar. Isabel la rodeó con el brazo y ambas se marcaron con la cabeza y los hombros caídos.

Cris observó cómo se alejaban, sintiendo una mezcla de alivio y tristeza. Soraya tomó su mano, entrelazando sus dedos con los de ella.

—¿Estás bien? —le preguntó en un susurro.

Pese a que lo intentó de manera sincera, Cris no pudo sonreír. Asintió y le ofreció el brazo a Soraya, que se enganchó a él y lo usó para subirse al autobús que acababa de llegar

capítulo 4

el del regreso de carmen

SORAYA tenía la mirada clavada en el servilletero. El logo de la marca de cervezas bailaba ante sus ojos, como aquellos dibujos 3D que veías sólo si entrecerrabas un poco los ojos y le echabas bastante imaginación. Iba a ver a Félix y estaba ilusionada. Más ilusionada que cuando estaba casada con él. Había conseguido la última mesa de la terraza y el sol brillaba pero no picaba. El verano estaba a la vuelta de la esquina. La misma que Félix dobló cuando apareció ante sus ojos. Soraya sonrió y lo saludó con la mano. Su ex llevaba una camisa floreada y unas alpargatas. Rio al recordar cuando Félix se burlaba de los hombres que vestían así. “La crisis de los 40 pega duro a algunos tíos”, decía.

—Hola —Félix le dio dos besos. Olía a loción de afeitado y perfume—. Una cerveza cuando puedas, por favor —le pidió al camarero.

Se dejó caer en la silla. Llevaba gafas de sol y sonreía de oreja a oreja.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó.

La pregunta era lo suficientemente abierta como para que Soraya le contara su vida entera. Sin embargo, ella prefirió empezar por él.

—No, ¿cómo lo llevas tú? Veo en redes que estás con alguien.

Félix agrandó su sonrisa todavía más. Echó un largo trago de cerveza en cuanto el camarero se la puso delante.

—Sip —Se pasó la lengua por la espuma del labio—. Se llama Bibi. Llevamos unos meses.

Su ex le había invitado a tomar unas cañas para “inaugurar el verano”, pero Soraya sabía de sobras qué era lo que Félix buscaba con esa cita. Se reclinó. Observó mejor a su ex. Estaba radiante, jamás lo había visto tan feliz y aunque sentía algo de celos por no ser ella la causa de esa felicidad, también sintió orgullo por haber podido llegar a ese punto de confianza en su relación.

—Sí, puedes —dijo Soraya.

—Sí puedo, ¿qué?

—Lo que has venido a buscar. Tienes mi… consentimiento para publicarlo en redes.

Félix levantó los pies y dio una palmada.

—¿De verdad?

Soraya asintió y antes de que pudiera darse cuenta, Félix se había levantado y la estaba inundando de besos.

—Ay, para, pesado —Soraya se zafó de él entre risas.

Félix volvió a sentarse. Estaba más ligero, se había quitado un peso de encima.

—Sólo he visto sus manos en tus redes, pero parecen las manos de una tía maja —dijo Soraya.

—Lo es. Es muy maja. Muy guapa. Es… —Félix nunca fue muy bueno con las palabras —. Bueno, cuando la conozcas lo verás.

—Tampoco hace falta que lleguemos a ese punto.

Rieron.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Qué tal con la fisio? —preguntó Félix.

—¿Con Cris?

—¿Cris? ¿También se llamaba Cris tu fisio? ¡Qué casualidad! Como tu amiga del cole, ¿no?

Soraya se rascó la ceja. Tocaba poner al día a su ex.

EN cuanto Diana abrió una ranura de la puerta, Nerea la empujó y, sin decirle nada, se fue directa a su habitación.

—¿Se puede saber qué le pasa a esta niña?

La maquilladora levantó la cabeza y vio a Carmen que, aprovechando el espacio que había dejado abierto su hija, entró en el piso. Diana estaba tan abstraída que ni protestó.

Carmen inspeccionaba la casa. Ropas por las sillas, platos sucios en la mesa, olor a cerrado en el salón.

—Voy a pedir a servicios sociales la custodia completa —bromeó.

Diana seguía sin reaccionar. Deambulaba tras ella como alma en pena.

—Nerea está enfadada conmigo porque Soraya me ha dejado—dijo finalmente. Se dejó caer en el sofá y su bata maloliente se ahuecó con el aire antes de volver a pegarse al cuerpo de Diana.

Había bolsas vacías de patatas y *snacks* sueltas por ahí, una peladura de plátano en la mesa del café, y varias tazas con los posos resecos. Carmen retiró un envoltorio de un helado y se sentó junto a su ex. Sí que estaba mal Diana para no protestar por su presencia en aquella casa.

—Ya se le pasará —Carmen se acercó un poco más y le acarició la rodilla.

Diana seguía encerrada en su mazmorra, prisionera del desamor, con el corazón reseco como los posos del café. Levantó la mirada y vio a Carmen ahí, en el sofá junto a ella, como si no hubiera pasado el tiempo. Una tarde más, viendo la tele, hablando del día a día mientras Nerea hacía los deberes en su cuarto. Se pasó la mano por el pelo para peinarse. Luego pensó que qué más daba. Carmen la había visto con el culo al aire, ojerosa y el pelo pegado a las sienes en la cama de un hospital. Ya estaba curada de espanto. Para bien o para mal, ella ya tuvo ese privilegio de verla al natural.

—Soraya parecía maja —dijo Carmen—, pero está claro que no ha sabido gestionar lo vuestro.

¡Menudo eufemismo! Diana se preguntó si era así como explicaba a los demás su ruptura: “Diana era maja, pero no supimos gestionar lo nuestro”, en lugar de “no, mira, es que me pillé por la vecina y en lugar de hablarlo con mi mujer, preferí ponerle los cuernos”.

Ahora sí, Diana le dedicó un gesto de desaprobación.

—Vale —dijo Carmen—, te la ha liado. No pasa nada. Hay más peces en el mar. Encontrarás a otra mujer. ¿Te has activado otra vez el perfil de Tinder?

Carmen se inclinó sobre la mesita auxiliar, retiró la cáscara de plátano y cogió el móvil de Diana. En seguida, se lo arrebató de las manos.

—¡Pues claro que no me lo he activado! Tengo el corazón roto. No estoy para lidiar con nadie nuevo ahora mismo.

—¿Y con alguien viejo?

Al principio, Diana pensó que su ex mujer se refería a una persona de más edad, y le sonó raro. Siempre había tenido fetiches peculiares, pero nunca mencionó el de la diferencia de edad. Entonces Carmen, la misma Carmen que la engañó con la vecina durante meses, la miraba como si quisiera engañar a la vecina con ella. Se inclinó y aleteó las pestañas. Conforme su ex se iba a acercando a ella, con los labios en forma de u y los ojos entreabiertos, entendió a qué se refería. Y por un momento, sólo un momento, pensó que quizá sí tuviera fuerzas para retomar algo que

quedó pendiente.

Cerró los ojos como quien espera chocar contra un ciervo en mitad de la carretera.

Al ver el gesto, Carmen se envalentonó y aceleró su declive hacia los labios de Diana.

—¿Vais a besaros?

La voz aguda de Nerea rompió el embrujo.

—No, no, claro que no —respondieron atropelladamente sus madres—. Nosotras no…

—¡Lo que me faltaba! —protestó la niña antes de volver bufando a su habitación.

A Diana se le había quedado el gesto del beso en los labios. Se pasó los dedos para borrárselo. Luego trató de borrarse de la frente el recuerdo de lo que había estado a punto de suceder.

—¿Ibas a besarme? —preguntó confusa.

Carmen recogió cable mientras reducía los grados de inclinación de su espalda.

—Pf, ¡claro que no! —Se limpió la pernera del pantalón.

—Ibas a besarme —Diana se puso en pie, puños apretados, los mechones de su pelo fucsia descuidado salieron disparados en diferentes direcciones—. Ibas a aprovecharte de este estado de vulnerabilidad mío para besarme.

Sintió cómo se le desprendía el cabello, cómo se le abría la cabeza por la mitad, cómo le salía un fulgor extraño del cerebro. Carmen se puso en pie y le agarró las manos para intentar calmarla.

—No empieces, Diana.

Diana se zafó. Movía las manos para tratar de capturar el extraño fulgor y transformarlo en algo coherente y con sentido. Abría los ojos y la boca.

—Sólo te he visto ahí, tan triste que quería consolarte —se justificó Carmen.

El fulgor se hacía más denso, casi sólido, y entonces sí, Diana pudo verlo.

No era ella.

Era Carmen.

Siempre fue Carmen.

Carmen era la que tenía el problema, pero había sido Diana la que había cargado con la culpa y el castigo. Una penitencia que le había impedido tener una relación normal no sólo con Soraya, sino con otras mujeres. Eso que Isabel siempre quería decirle pero ella nunca le dejaba. Las *red flags*. Sonrió.

—El chip de los recuerdos —dijo Diana.

Su ex la miró como si hubiera perdido definitivamente la cabeza.

—¿Qué dices? —Se levantó y se acercó a Diana, despacio, no quería le soltara un zarpazo.

—Podrían implantarme el chip de tus recuerdos y ser feliz, vivir sin remordimientos, sin pensar en las consecuencias.

—¿Qué chip de los recuerdos, Diana?

—¿No te lo ha contado Nerea? Es una historia que está… que estaba escribiendo con Soraya. Va de la posibilidad de intercambiar los recuerdos con otra persona, vivir sus vivencias como si fueran propias. Pero entonces… —Diana se llevó el móvil a la barbilla mientras mantenía la mirada perdida—. Entonces yo no sería yo, sino tú. Y tú seguirías siendo tú.

—Diana, tú no estás bien.

—Oh, sí, yo estoy estupendamente. La que no está bien eres tú. Ahora lo he visto.

—Mira, olvida lo del beso, no le des importancia. Ha sido un momento de debilidad.

Diana cogió aire por la nariz y negó con la cabeza.

—Eso no me lo tienes que decir a mí —Diana la cogió del brazo y la dirigió hacia la salida.

—No seas exagerada, por favor —insistió Carmen—. Pensaba que podría consolarte de alguna manera. Eso es todo. No es que siga sintiendo algo por ti ni nada.

Estaban en la entrada de casa y su ex seguía insistiendo en que no había que darle mayor importancia al momento. Sin embargo para Diana había sido el momento más importante de los últimos años. Un momento revelador.

Empujó a Carmen fuera de su casa y dejó que la puerta cerrara con la inercia.

Diana se miró en el espejo del mueble donde guardaban las llaves. Estaba horrible, sí, pero ahora sabía que no estaba tan mal.

Abrió la *app store* y se volvió a instalar Tinder.

TRES cervezas después, Soraya tenía la lengua agotada y Félix la mandíbula desencajada. Las gafas de sol les ahorraban ver las bolsas del otro.

—Jo-der —dijo Félix cuando Soraya le contó sus avatares.

Soraya apuró su jarra para ocultar la vergüenza que estaba sintiendo ahora mismo. No se había abierto tanto con Félix en la vida y agradeció tenerlo ahí en ese momento. Ahora que su mejor amiga se había convertido en su pareja, necesitaba un nuevo mejor amigo, aunque fuera su ex pareja.

—Estoy confuso.

—Normal —rio nerviosa Soraya.

Seguro que su ex no se esperaba verse conectado de alguna manera con Isabel Romero, o que tras años siendo reticente a tener hijos, ahora Soraya tuviera una medio hija con otra mujer, o que tras muchos años más con Cris como amiga inseparable, ahora hubieran llevado su relación a otro plano más… horizontal.

—Entonces, ahora estás con Cris, ¿no?

—Sí —respondió Soraya.

A Félix no le debió parecer muy convincente porque le volvió a preguntar.

—Que sí, pesado, que estamos juntas.

—Pero, ¿estás enamorada de ella? —insistió Félix.

—¿A qué viene este tercer grado?

—Joder, yo estoy hasta las trancas por Bibi. ¿Ves? Si cada vez que digo su nombre no puedo evitar sonreír.

—Bueno, yo vivo el amor de otra manera.

—No, Soraya, yo te he visto enamorada, y está lejos de esto que estoy viendo. A ver, di su nombre.

—¿Cuál? ¿El de Cris?

—Sí.

—Cris —dijo Soraya como si repitiera la tabla del 5.

—¿Ves? No veo pasión.

—Pues deberías vernos en la cama —protestó Soraya, mosqueada por que pusieran en duda su amor.

—¿Y cuando el sexo ya no funcione como ahora, qué os quedará?

—¿30 años de amistad te parecen pocos?

—Eso si seguís siendo amigas.

—Oye, tío, cállate un mes —le pidió Soraya y pidió otra ronda.

El sol estaba cayendo y la sombra anegaba la terraza, pero ellos, por su bien, mantenían

las gafas puestas. Félix cogió su silla y sin levantar el culo se movió dando saltitos hasta quedar sentado junto a Soraya.

—Yo te quiero, Soraya —dijo—. No en plan romántico, eso se acabó. Pero hemos podido reciclar nuestra relación para convertirlo en esto —señaló las jarras de cerveza vacías sobre la mesa—. Bueno, ya me entiendes.

Soraya mantenía la cara girada, incapaz de devolverle la mirada.

—Supimos ver que no éramos la persona que hacía feliz a la otra. Si no hubiera sido la fisio, la primera, no Cris, habría sido otra persona. Tú yo no teníamos futuro y pudimos darnos cuenta antes de hacernos demasiado daño. Sí, fueron meses jodidos porque, en fin, no nos enseñan a dejar a las personas. Todavía lo sentimos como un fracaso. Y luego estaba lo de tu madre, que lo hacía todo más difícil todavía.

Por fin, Soraya miró a Félix.

—Y ahora me dices que estás con Cris, y me lo dices como si hubieras cumplido un trámite, un *check*, algo que era inevitable: las mejores amigas que se convierten en amantes. Pero yo no veo la chispa en tus ojos.

—Es porque llevo gafas de sol.

—A ver, quítatelas —le ordenó Félix.

Soraya obedeció y se bajó las gafas hasta la punta de la nariz. La luz se hizo y vio a un Félix iluminado, brillante, no sabía si fruto del amor, del alcohol o de haberse quitado el filtro de los cristales.

—Hola, Soraya.

—Hola, Félix.

—Dime, ¿qué tal con Cris?

—Bien —respondió Soraya de manera mecánica.

—¿Sólo bien?

Volvió a subirse las gafas.

—Sí, sólo bien.

Félix chascó los dedos.

—Ahí lo llevas.

La reina de las mañanas recupera su corona… y a su reina

ISABEL ROMERO POSA FELIZ CON EMILIA FERRETTI, CON QUIEN PARECE HABER VUELTO

La presentadora nos dio una de las agradables sorpresas de la semana al posar con la actriz italiana, Emilia Ferretti, en el estreno de ‘Hamlet’ en el Teatro Principal. Las dos mujeres se dedicaron sonrisas y carantoñas delante de las cámaras como dos quinceañeras.

La complicidad entre Isabel y Emilia era palpable en cada gesto y mirada durante el estreno del clásico de Shakespeare. Ambas lucían radiantes y parecían no tener ojos más que la una para la otra y, aunque no quisieron dar declaraciones, la noticia de su reconciliación ha corrido como la pólvora entre los medios de comunicación y sus seguidores, quienes no han dejado de comentar y celebrar este esperado reencuentro. Las redes sociales se inundaron de mensajes de apoyo demostrando el cariño que el público siente por esta pareja que, con su historia de amor y

desamor, ha capturado la atención y los corazones de muchos.

Isabel Romero, conocida por su carisma y profesionalismo en la televisión, ha demostrado una vez más que sabe reinventarse y resurgir en los momentos más inesperados. Después de una temporada complicada con algunos bandazos en su vida personal y profesional, la presentadora ha vuelto a brillar con luz propia. Su programa matutino, “De buena mañana”, ha alcanzado cifras récord de audiencia, consolidándose como el favorito de los espectadores para empezar el día…

—Se las ve felices —dijo Soraya.

El trasero de Cris se despegó del sofá por el susto. No se esperaba tener a su novia leyendo su móvil por encima del hombro. Chascó la lengua.

—Eso parece —Se puso en pie y lanzó el móvil al sofá—. Ahora resulta que soy un “bandazo” en la vida personal de Isabel.

Fue a la cocina. Pretendía desaparecer de la vista de Soraya, pero su novia la siguió hasta allí. Por el camino, un pie se le quedó enganchado en la alfombra y se sujetó de milagro al marco de la puerta, justo a tiempo para no caer de bruces y quedar a los pies de Cris, que tenía la cabeza metida en el frigo. Levantó la vista al oír el barullo de manotazos y tropezones.

—¿Estás bien?

—Seh —respondió Soraya.

Cris la miró más detenidamente. Se le había quedado una sonrisa tonta, y un brillo en los ojos inédito en ella. Volvió a meter la cabeza en la nevera. En algún rincón guardaba una cerveza bien fresquita. Estiró el brazo y agarró la lata. El frío le recorrió la espina dorsal y le clavó la sospecha en la nuca.

Sacó la cabeza y cerró la puerta.

—Habías quedado con Félix, ¿verdad? —dijo con desconfianza.

—Seh.

El gas salió disparado de la lata cuando Cris metió el dedo en la anilla. Dio un trago sin quitar los ojos de Soraya. Esa sonrisilla decía cosas.

—¿Y qué tal ha ido?

—Muy bien. ¿Sabes? A veces los ex son los que mejor nos conocen. Son más que amigos, aunque no llegan a ser pareja. Quizá algo así como una familia podríamos llamarlos —Soraya hablaba despacio, vocalizando exageradamente—. Porque claro, un ex nos ha visto en situaciones muy íntimas, ¿sabes a lo que me refiero?

—Soraya, si me vas a decir que quieres volver con Félix hazlo sin dar tanto la chapa, por favor.

—¿Volver con Félix? ¡No! —Soraya saltó como un gato—. Él me ha dicho que te dejara yo a ti.

Soraya dijo esto enfatizando con su índice.

—Soraya, cariño, ¿estás borracha?

—Lo justo —respondió.

—¿Lo justo para qué? —Cris empezaba a perder la paciencia.

—Lo justo para tener el valor de hacerlo, pero no tanto como para no saber lo que estoy haciendo y arrepentirme después.

—¿Hacer qué? Soraya, de verdad, no te entiendo.

Soraya le arrebató la cerveza y se bebió de un trago lo que quedaba bajo la atónita mirada

de Cris que veía cómo el líquido pasaba por la garganta de su novia en grandes tragos.

Al terminarse la lata, Soraya exhaló, eructo y soltó:

—Quiero dejarlo, Cris.

—¿El qué?

—¡Vamos! No te hagas la tonta. Lo nuestro.

—¿Me estás dejando?

—Seh —respondió Soraya con los ojillos llenos de agua fruto del gas.

—Pf.

Cris salió de la cocina empujando a Soraya. A ella también se le había subido el alcohol, también tenía ganas de eructar, de soltar exabruptos por la boca, de dejar que el gas se escapara por sus dedos y golpearan las paredes.

—¡30 años, Soraya! Llevo esperando esto 30 años, y tú ahora vas y me dejas borracha. ¿No crees que merezco algo mejor que esto?

—¡Ahí lo llevas!

No era la respuesta que Cris esperaba, y eso la enfureció todavía más. De nuevo, Soraya la siguió, esta vez con más cuidado para no tropezar ni con sus pies ni con su lengua.

—Cris, Cris, escucha, escúchame —le pidió. A duras penas pudo hacerse con el control de su cuerpo, pero Cris se detuvo y la escuchó—. ¿Te imaginabas esto? ¿Te lo imaginabas así cuando fantaseabas con estar conmigo?

—Así, ¿cómo?

—Nuestra relación.

—Pues no sé cómo me lo imaginaba, Soraya. Como siendo amigas pero follando —Y ante la estupidez de su respuesta, se desprendió de las manos de Soraya—. Félix te ha comido el tarro. Todavía está resentido.

Huyó al baño y, antes de que Soraya la siguiera, cerró el pestillo. Cris se topó repentinamente con su reflejo. En ese rato, desde que leyó la noticia de Isabel y Emilia y hasta que Soraya había cortado con ella medio borracha, Cris notó que había envejecido como diez años. Tenía el ceño arrugado, las patas de gallo marcadas y sus mofletes caían a plomo encerrando su boca en dos profundos paréntesis.

¿Se imaginaba así su relación con Soraya? Pues no, ciertamente. Entre los sonidos que ella se imaginaba durante su convivencia no estaba el de la cafetera haciendo un expreso en la medianoche, ni el sonido de las tazas chocando entre sí porque Soraya no atinaba a coger una sin golpear con las demás. No obstante, su pasado había sido engañoso; bien podía serlo también su futuro imaginado.

—Cris, abre, porfa —le pidió Soraya al otro lado de la puerta—. No quiero que me odies.

—Tarde.

Se escuchó el sonido de la espalda de Soraya arrastrándose por la puerta hasta que su culo tocó suelo. Otro sonido que Cris no había imaginado.

—Félix no está resentido. Félix está feliz.

—Pf.

—Está con una mujer ahora, ¿sabes? Bibi creo que se llama. ¿Es la mujer de su vida? No lo sé. Él tampoco. Pero es feliz con ella.

—Bien por él —Cris abrió el grifo y hundió la cara en el lavabo. Escuchaba a Soraya hablar de no sabía qué sobre las redes sociales de su ex marido, de que su padre era un empanado, pero Cris no la escuchaba.

— Isabel Romero es una mujer muy especial. Más allá de que sea una presentadora de la

tele y eso.

—¿Qué? —Cris dejó de lavarse la cara.

—Ahora tengo tu atención, eh —respondió Soraya traviesa.

Cris gruñó al espejo.

—Puede que yo no sepa lo que necesito o quiero para mí. Todavía no —dijo—. Sin embargo sí sé que tú no eres para mí, y yo no soy para ti. Podemos ser grandes amigas, pero eso no significa que seamos una buena pareja. Puede que ahora nos sirva. El sexo es guay, aunque sigue siendo un poco raro, y a mi padre le caes genial, pero estoy segura de que pronto me cogerás manía, me acabarás odiando.

—No te voy a coger manía, Soraya. Te quiero. Siempre te he querido —confesó Cris sentada ahora en la taza del váter.

—Yo también te quiero, y siempre te querré. Pero tú jamás me vas a querer a mí como vas a querer a Isabel.

—¿Por qué no dejas de decirme lo que debo o tengo que dejar de sentir?

—Porque lo he vivido. Es lo que me pasó con Félix. Y yo no quiero que me odies, Cris. Puedo soportar que no me ames como amas a Isabel, pero no podría soportar que me odiaras.

—Todo esto para volver con Diana. Al menos, sé valiente y dímelo a las claras, no vengas con un psicoanálisis barato.

La puerta del baño se abrió y Soraya apareció con una taza de café en una mano, una tarjeta de crédito en la otra y una mancha marrón en la camiseta. Un recuerdo limpio y claro le vino a la cabeza, uno de verdad, sin las caras intercambiadas y en el escenario real: el de González enseñándoles a abrir puertas metiendo la tarjeta de la biblioteca entre la puerta y el marco para empujar el resbalón del picaporte.

—No voy a volver con Diana, Cris —dijo—. Voy a volver conmigo. Ya me he apuntado a un retiro espiritual para conectar con mi yo verdadero.

—Pf.

capítulo 5

el del final de la novela

LE había dicho mil veces que debía cuidarse un poco más las cejas, pero su prima decía que prefería llevarlas “al natural”. Ahora las cejas largas y pobladas ya con algunas canas se movían conforme Mati leía. Entre sus manos tenía las páginas del último capítulo de la novela de Isabel y en sus labios una ligera sonrisa.

Isabel la miraba sentada en una de las sillas de su despacho. Se quitaba pellejos de las uñas y de vez en cuando miraba a su prima para ver si la sonrisa se hacía más grande o no. La mujer apretaba los labios para no dejar escapar de más sus comisuras, pero sus ojos no engañaban. Le estaba gustando.

Mati terminó de leer y volvió a juntar los folios. Luego miró a su prima.

—Final feliz, por lo que leo.

—Soñar es gratis —dijo Isabel encogiéndose de hombros—. O, en este caso, escribir ficción.

—¿Es realmente ficción? No me refiero a la trama, sino a la motivación.

La novela de Isabel estaba protagonizada por una joven presentadora de televisión lesbiana a la que sacan del armario. Una autoficción en la que Isabel se había permitido la licencia de hacer las paces consigo misma y despacharse a gusto contra la actitud de propios y extraños, incluida su propia prima. En la novela, además, la protagonista terminaba con la mujer por la que bebía los vientos, una futbolista enamorada de la fisio del club.

—Por supuesto que no es ficción, Mati. Creo que no tengo tanta imaginación.

—Ya no puedes poner eso de que todo parecido con la realidad es pura coincidencia.

—Pensaba poner “cualquier parecido con la realidad es pura inspiración”.

Mati lanzó las páginas sobre la mesa y se reclinó en su vetusto asiento de cuero, pelado por el tiempo y el culo de la representante.

—Me gusta, aunque yo no salga muy bien parada. Ahora entiendo cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues… tus tiempos, tus decisiones, tus anhelos —se inclinó sobre la mesa—. Al final, Isabel Romero sólo quiere una mujer que le cocine fideos chinos y con la que no tenga que esconderse tras una máscara de maquillaje.

Isabel asintió con la mirada puesta en su pulgar. Había una gotita de sangre de tanto tirarse de los pellejos.

—Lamento que hayas tenido que recurrir a la ficción para cumplir tu deseo.

—No pasa nada —Isabel levantó la cabeza y le ofreció a su prima su mejor sonrisa promocional—. El *show* debe continuar.

Su prima le acompañó con otra sonrisa amarga. Luego levantó el índice y abrió un cajón.

—Lo cual me lleva al siguiente punto. La renovación está hecha —Extendió sobre la mesa el contenido de la carpeta: un montón de papeles con el nuevo contrato—. Más dinero y más poder de decisión.

—¿Y la contrapartida? —preguntó Isabel echando un ojo a los papeles.

—Cinco años de exclusividad con la cadena, y se guardan el derecho a moverte de programa. Tranquila, les he dicho que nada de *realities*, y que habría que renegociar los

honorarios si se da el caso. Está todo sobre negro sobre blanco. No seré muy buena casamentera, pero soy la mejor repre que puedas tener —dijo Mati con autosuficiencia.

—Ja. ¿Y sobre la novela no dijeron nada?

—Es contrato aparte. Pero descuida, esto va a ser un pelotazo. Sólo que…

Las cejas de Mati se volvieron más espesas.

—¿Qué ocurre? —Isabel se puso en tensión.

—¿Has hablado con las partes interesadas? Me refiero a Emilia y a Cris. Les has cambiado los nombres, pero bien podrían denunciarte por violación de su derecho a la intimidad.

Isabel chascó la lengua y volvió a centrarse en su pulgar. No, no había hablado con ellas. Estaba segura de que a Emilia le haría gracia su personaje y que estaría de acuerdo con su trama, pero Cris era diferente.

Siempre lo había sido. Eso fue lo que la enamoró de ella.

—No te preocupes por Cris, su personaje está tan enmascarado que ni Cris sabrá que se inspira en ella. Me he guardado las espaldas.

En su cabeza ya rondaba la segunda parte de la novela. Una metaficción donde la protagonista confiesa que la primera parte era ficción y que realmente no volvió con la futbolista. Pero la futbolista, al leer su primera novela y saber lo enamorada que la presentadora está de ella, deja a la fisio y vuelve con ella.

Al final iba a resultar que sí que tenía mucha imaginación.

LA cara de Isabel se iluminó al ver a Diana. La de Diana se iluminó al ver a Isabel.

—Tú primero —dijo la presentadora mientras se sentaba en la silla de maquillaje. Diana le colocó el babero de papel y dejó que su amiga se acomodara antes de soltarle la bomba.

—Carmen intentó besarme.

Isabel dio un brinco y se puso en pie.

—¿Qué? No habréis vuelto, ¿verdad?

Su tono asustó a las chicas de Maquillaje, que se preparaban hacendosas para el último día de programa.

—Siéntate —respondió Diana con calma.

La voz de la maquilladora era tranquila, madura incluso, lo que le sorprendió. Obedeció a su amiga y se sentó en la silla. Diana volvió a colocarle el babero de papel, que se había caído al suelo, y comenzó a maquillarla con parsimonia. Una sonrisa satisfecha le colgaba en los labios.

—¿Me lo vas a contar o qué?

Diana la miró a través del espejo.

—Carmen intentó besarme y fue lo mejor que me ha pasado en años —dijo—. Por fin comprendí lo que llevas tiempo diciéndome: que el problema no soy yo.

—¿Puedo decir “te lo dije”?

—Por supuesto que lo puedes decir, pero estoy segura de que no lo harás porque te alegra más saber que por fin lo he aprendido que regodearte en que tenías razón.

A Isabel se le escapó una risita cómplice.

—Tienes razón. Sigue.

—Hay poco que contar. Vino a casa, yo seguía hecha polvo por lo de Soraya y Carmen aprovechó mi flojera para colarse hasta el salón.

—Maldita.

—Yo no sé por qué lo hizo, qué pretendía. Quizá se arrepienta y siga queriéndome. O tal vez ella es así y no puede evitar meter la lengua donde no debe.

—Es lo segundo, que no te engañe —Isabel hablaba con los labios entreabiertos mientras

Diana le ponía el delineador.

—El caso es que fue como si me atravesara un rayo de luz.

—Como una epifanía

—No sé, fui la rara que no hice la Primera Comunión. Haz así —Diana selló sus labios para que Isabel la imitara—. Nerea entró al salón a tiempo para, uno, detener el beso, y dos, descubrir que sus madres son imbéciles.

—Qué cruz tiene la pobre.

Llegaron los primeros compañeros de programa. Aún así, las mujeres no detuvieron su conversación.

—Pues eso, entra Nerea y yo abro los ojos y lo que veo es a Carmen con su sonrisilla de mala, ¿sabes cuál digo? Y pienso: No puede ser. Y en un segundo —Diana miró al espejo y chascó los dedos—, pasé de estar en la mierda a estar empoderada. La epifanía esa me hizo ver que el problema no lo tenía yo. O sea, sí lo tenía yo por poner en mis parejas unas expectativas que me condenaban a mí, ¿sabes? Carmen, Soraya… son como son, no como yo quiero que sean. Y antes tengo que averiguar cómo soy yo para no andar jugándosela a otras mujeres, ¿verdad?

—Verdad.

—¡Qué fuerte! —Diana volvió a mirar al espejo donde los ojos maquillados de Isabel la miraban con cariño—. 40 años y sigo sin saber quién soy.

La presentadora dio por bueno el maquillaje. Se levantó de la silla y se quitó el babero.

—Ponte a la cola, querida.

Las amigas rieron mientras las chicas que maquillaban y peinaban a los otros compañeros las miraban sin comprender, porque ellas que estaban en sus 20 ya sabían cómo eran. Porque lo sabían, ¿verdad? La sonrisa cómplice de Isabel les indicó que quizá el viaje era más largo de lo que pensaban.

—Y ahora tú —pidió Diana—. ¿Qué es eso que te trae tan contenta?

La presentadora se colocó en mitad de la sala. Ya fuera de manera directa o a través del reflejo, las miradas se dirigían a ella. Unió las yemas de los dedos y adoptó su pose de presentadora de televisión.

—Me alegra comunicaros que el programa “De buena mañana” ha renovado por dos temporadas más —Hubo cierta algarabía que se incrementó con la entrada de más colaboradores del programa—. Y yo he firmado otros cinco años de compromiso con la cadena, así que me vais a aguantar durante un tiempecito.

—¡Eso es genial, tía! —dijo Diana—. Ahora sí podrás comprarte el casoplón ese que mirabas.

Isabel sonrió de manera comedida.

Una cabeza asomó por la puerta. Antes de que la becaria pudiera decir nada, un coro soltó: “¡Cinco minutos!”. La becaria rio nerviosa y, antes de desaparecer, se aseguró de que Isabel se daba por enterada.

—Voy.

El móvil de Diana recibió una notificación.

—Anda, Isabel, ¿me lo puedes mirar, por favor? —pidió la maquilladora—. Estoy esperando un *match*, a ver si es ella.

—Serás bribona —dijo Isabel acercándose al móvil.

Abrió los ojos al leer el mensaje. Sobre el fondo de pantalla con una foto de ella y Nerea, un mensaje alargado y cuadrado, con la letra demasiado pequeña para su gusto.

Soraya: Diana, por favor, necesito hablar contigo.

—¿Es ella? —preguntó Diana.

Era ella, desde luego, pero no la "ella" que su amiga esperaba.

—Es… Soraya. Dice que quiere hablar contigo.

Las dos mujeres se miraron sin entenderlo. Isabel se encogió de nuevo. Ya había entrometido demasiado, con una última intervención cambiando el verbo que Soraya había usado, "necesitar", por el que ella le había dicho a Diana, más imperativo y caprichoso, "querer". Pensó en Cris. Si Soraya necesitaba hablar con Diana quizá era porque quería volver con ella. Dejaría a Cris. Dejaría a Cris en la mierda. Si a Diana la dejó en una montaña rusa, ¿qué habría hecho Soraya para atreverse a dejar a Cris?

—¿Y qué quiere?

Isabel iba a encogerse de hombros dando a entender que no había más información que la que ella le había trasladado cuando el móvil volvió a sonar.

Soraya: Llámame cuando puedas.

—Que la llames —respondió Isabel interviniendo de nuevo al omitir el resto del mensaje y cambiando el matiz de la disponibilidad por la urgencia—. Bueno, me voy.

La presentadora salió de la sala antes de que la bomba hiciera saltar todo por los aires.

FUERA lo que fuese lo que quisiera Soraya quería acabar el programa sin saberlo. Diana sintió aquello como una primera prueba de ver quién era ella en realidad. ¿Podría soportar no mirar el móvil en todo el rato? ¿Sería capaz de rebajar a Soraya unos cuantos escalones en su lista de prioridades?

Siguió maquillando, siendo la profesional que era. Por lo visto, era el único rol que interpretaba bien. Eso sí lo sabía bien. Era buena en lo suyo. Tenía trabajo, tenía a personas a su cargo, era respetada y querida en el entorno laboral y ahora, por lo visto, tenía curro para dos años más.

Podría empezar por ahí, por trasladar esa seguridad en sí misma del entorno profesional al personal..

Aunque, por otro lado, ¿qué querría Soraya de ella si ya habían terminado?

Al teléfono siguieron llegando mensajes. El tintineo comenzó a poner nerviosa a la gente, trabajadoras incluidas.

—Jefa, ¿por qué no lees los mensajes?

—Un momento —contestó.

Sólo necesitaba un momento para parapetarse en su rol profesional y construir una barrera ante los mensajes de Soraya. Quería disfrutar unos segundos más de ese mundo sin los caprichos de Soraya, sin las prisas por atender un mensaje, sin estar disponible para el mundo, concentrándose en lo que mejor sabía hacer.

Pero el teléfono tintineaba constantemente, parecía un villancico de Navidad, y la gente se ponía cada vez más nerviosa.

—¡A la mierda! —dijo una invitada del programa. Estiró la mano y la alargó hasta ponerla encima del móvil.

—Como se te ocurra cogerlo te pinto los ojos de verde pistacho —amenazó Diana—. Espero que recuerdes cómo te criticaron cuando fuiste maquillada así a aquella gala.

La mujer volvió lentamente a su posición.

—¿Puedes al menos silenciarlo?

Diana cogió el móvil para bajarle el volumen, pero una vez en las manos no pudo vencer la tentación de leer los catorce mensajes de Soraya, muchos de ellos pidiéndole que por favor la leyera antes de que fuera tarde.

Soraya: Diana, por favor, necesito hablar contigo.
Soraya: Llámame cuando puedas.
Soraya: Gracias :)*
Soraya: Es urgente.
Soraya: ¿Estás?
Soraya: Diana
Soraya: Te juro que es importante
Soraya: Me tienes que hacer un favor
Soraya: Vengaaaa, coge el teléfono
Soraya: ¿Pero se puede saber qué haces?
Soraya: No me puedo creer que no tengas ni un momento para mirar el teléfono
Soraya: Porfiiiiii, mira el teléfono
Soraya: Este te lo mando para que te canses de oír el timbre
Soraya: Y este

Silenció el móvil y lo colocó boca abajo.

capítulo 6

el del meme de cris

EN el metro hacía un calor horrible, pero Cris tenía las manos heladas. Hizo un cuenco con ellas y se lo llevó a la boca. Le vino olor a café. Exhaló y sus dedos recuperaron algo de sensibilidad. ¿Cómo iba a trabajar así? Con unos dedos que eran témpanos de hielo provocaría más contracturas de las que trataría.

Una chica le sonrió. Su altura les permitía observarse por encima de las cabezas de la gente. No estaba mal. Era mona, parecía tener las cosas claras y no tenía pinta de ser una famosa presentadora de la tele. De momento, era todo lo que pedía. Le devolvió la sonrisa. La chica despegó su espalda de la puerta del vagón y se abrió paso hasta llegar a Cris. Sacó su móvil. Cris sonrió victoriosa. Apenas le había hecho falta abrir la boca y ya le iba a dar su número a una chica.

Sin embargo, la mujer tenía otra intención.

—Eres tú, ¿verdad?

Frente a Cris, una imagen de sí misma con la mano en el pecho y la barbilla levantada. En letras gruesas y blancas ponía: “Yo soy Cristina, reina de Suecia… Y consorte ‘De buena mañana’”.

Tuvo que verse el humo que salió de su nariz.

Salió del metro enfurruñada. Se había quedado sin su reina y ahora, además, era un meme. Un meme bastante gracioso, todo había que decirlo. Se le escapó una ligera sonrisa. El calor la embargó momentáneamente. Era el orgullo por saberse reconocida como la novia de Isabel Romero. El calor le duró los segundos que tardó Cris en darse cuenta de que, una vez más, estaba haciendo castillos en el aire, ficción sobre la ficción.

Se merecía ser un meme.

Entró con ímpetu a la clínica. Esperaba encontrar a su jefe en el mostrador de la entrada, fingiendo buscar algún papel importante, aparentando ser un director ocupado y preocupado, pero no había nadie en recepción.

Lo que sí escuchó fue la voz de Isabel, tan nítida y clara que parecía estar en la sala de al lado. Fue corriendo a verla. Lo que se encontró, sin embargo, fue una escena entre cómica y patética. Su jefe manipulaba el mando a distancia para seleccionar la fuente de entrada del USB con las nuevas ofertas, mientras un empleado intentaba meter en la ranura el pendrive del derecho, del revés y nuevamente del derecho.

—Rápido, que va a venir Cris y no quiero que vea el programa. Le romperá el corazón —dijo el director.

Cris sonrió con ternura. En la tele una Isabel extremadamente sonriente y feliz conducía su último programa de la temporada con la soltura y naturalidad que la habían hecho famosa. Estaba radiante. Todo el mundo veía el lado bueno de la presentadora, maquillada, peinada y vestida con los mejores modelos, siempre sonriente y divertida. En cambio, ella había visto el lado bonito de Isabel: el del pijama y el recogido mal hecho, desmaquillada y con la nariz congestionada. Vulnerable, solitaria. Y la había enamorado. Había sido un privilegio que guardaría en su recuerdo para siempre.

—Lo siento, Cris, lo quitamos ahora —dijo el jefe manipulando el mando a distancia—.

¿Pero lo metes o no?

—No pasa nada. Está en todas partes. Tendré que aprender a vivir con ello.

Obligó a su compañero a que bajara de la silla y se subió ella. En su oreja tronaba la voz de Isabel hasta que consiguió introducir el *pendrive*.

La mesa de debate tenía pinta de estar siendo un peñazo.

SÍ, Isabel destilaba felicidad, estaba radiante y se la veía confiada y espontánea, pero el último programa de la temporada le estaba saliendo un tostón. Era como si todo el mundo estuviera ya de vacaciones. Nadie se preocupaba del ritmo, se habían saltado la escaleta en el primer bloque y ya no eran capaces de remontar aquello ni aunque Isabel se pusiera a hacer el último baile de moda.

El invitado en la mesa de debate era un antiguo político que ahora se dedicaba a llevárselo caliente con dinero público para proyectos a los que nadie les hacía seguimiento. Estaba hablando de la importancia de la transparencia y la rendición de cuentas en la gestión pública, con un tono de voz solemne. Los otros participantes en la mesa intercambiaban miradas, conscientes de la hipocresía que impregnaba sus palabras, mientras él continuaba su discurso con una confianza y una convicción que solo puede tener quien ha perfeccionado el arte de la retórica hueca. En cualquier otro momento, Isabel le habría destrozado con preguntas llenas de ironía y dobles sentidos, pero ella también se había ido de vacaciones. Ya no sabía qué pregunta banal hacerle porque ella se estaba aburriendo, los cámaras se estaban aburriendo y hasta el propio director le bostezó al oído.

—Hoy todo nos sale mal —le dijo por el pinganillo—. Se nos ha caído la entrevista final. Te voy marcando los tiempos. De momento, sigue con el invitado.

Si Isabel sintió pánico, fue imperceptible para el espectador.

—Hemos invertido en numerosos programas de desarrollo comunitario que tendrán un impacto significativo a largo plazo. Al final, lo importante es el beneficio a largo plazo, no tanto la visibilidad.

La palabra cayó en la mesa como una granada. Era como si el político quisiera probar hasta qué punto tenía poder en aquella mesa de debate. Sonrió con la anilla entre los dientes.

Perla miró a Isabel. Isabel miró a Perla. Su colaborador más antiguo podría ser un cotilla ácido y mordaz, de los que les encanta regodearse en la desgracia ajena, pero siempre le fue fiel a Isabel. Aunque sólo fuera por creerse el único que podía soltarle puyitas en directo.

—Me encantaría un poco de visibilidad del proyecto. No digo que hagas un Orgullo, pero por lo menos sí una rendición de cuentas —soltó el colaborador.

Dejaron unos segundos en primer plano la cara de pánico del invitado. Puestos a saltarse la escaleta, y una vez asegurada la renovación, se dieron ese pequeño placer.

—Claro, claro, aquí os gusta mucho lo de la visibilidad, ¿no? —se defendió el hombre.

De nuevo, unos segundos de silencio. Qué horror de programa.

—De hecho, nos encanta —dijo Isabel. Puso su cuerpo encima de la granada—. Ya has visto que nosotros no tenemos nada que esconder.

—Cierto —recalcó Perla—. Sin ir más lejos, Isabel ha posado con su actual pareja, Emilia Ferretti, y…

—Tampoco nos pasemos con la visibilidad, Perla —zanjó Isabel y consciente de que el melón ya se había abierto, añadió—: Además, no quiero que *spoilees* mi novela.

Perla juntó las manos y golpeó la mesa raptado por el entusiasmo.

—Bueno, bueno, ¿qué nos puedes contar?

Todas las miradas fueron hacia ella. El programa volvió a ser interesante y aunque a

Isabel no le apetecía ser protagonista del mismo, tuvo que reconocer que si quería dar visibilidad a su colectivo, quizá debía empezar por una misma.

—Pues eso, que tengo mi primera novela lista y es una autoficción de mi… —La lengua le ardía— lesbianidad. No sé si existe la palabra.

—¿Y cuentas tu historia con Emilia?

—¿Y ella lo sabe?

—¿La ha leído?

El político podría haberse ido de la mesa que nadie se habría dado cuenta. Ahora la cámara la enfocaba a ella que sonreía nerviosa. El maquillaje era incapaz de ocultar la rojez de sus mejillas. Aun así, y tal y como había hecho con la novela, trató de responder desde lo general.

—Hay dinámicas en las relaciones entre mujeres que no han sido escritas todavía. Los celos, las amistades, las antiguas relaciones… Todo se conjuga con el mismo verbo y a veces es difícil saber si hablas desde el presente, el pasado o incluso el futuro, si nos ponemos fantasiosos.

—Lo que llaman un bollodrama —dijo Perla.

—Llamáis bollodrama a cualquier relación en la que los sentimientos se expresan a viva voz. Esto lo aprendí de mi novia. Bueno, mi ex. Bueno, tampoco es mi ex. Es una falsa ex. Vaya, al final sí va a resultar que es un bollodrama.

—¿Emilia? —preguntó el director por el pinganillo.

Una colaboradora preguntó lo mismo en la mesa.

—Y dale con Emilia —La presentadora recogió los papeles del guión. Ya no los necesitaba. Volvió a mirar a su cámara—. No es Emilia. Hace tiempo que Emilia y yo no somos más que buenas amigas.

—Pero el otro día posasteis en el *photocall* de ‘Hamlet’.

—Ambas posamos juntas porque no podemos posar con quienes realmente amamos, por miedo a que la prensa las acose. Era un montaje.

—Ja, la de la transparencia y visibilidad —dijo el político.

—Señor, cállese —respondieron Isabel y Perla a la vez.

—Entonces, si Emilia no es tu pareja, o tu ex pareja actual —preguntó una colaboradora moviendo la mano en círculos para dar por entendido el lío de la vida sentimental de Isabel—, ¿a quién te refieres?

La cámara hizo *zoom* en Isabel que volvió a sonrojarse al pensar en Cris.

EN la clínica de fisioterapia de Cris, dos compañeros miraban la tele en un descanso entre pacientes. Estaban plantados, con el cuello torcido, los brazos cruzados sobre el pecho y el core relajado; una posición nada ergonómica que les pasaría factura después. En la esquina, Isabel Romero se declaraba en directo a una tal Cris.

—Cris es esa persona que me ha permitido ser yo misma sin reservas, sin miedo a ser juzgada. Y creerme, aquí a la gente le encanta juzgarme —rio con suavidad—. Desde la primera vez que me puso encima esas manos calientes que tienes, no he podido dejar de pensar en ella. Sé que ahora es feliz con otra persona, se lo merece. Sólo necesitaba decir todo esto en alto, dejarme de ficciones de una vez y hacerlo realidad —hizo una pausa para respirar. El pecho subía y bajaba, el micrófono recogía los latidos acelerados de su corazón. Tomó aire—. En un mundo donde todo parece superficial y fugaz, tú siempre serás mi refugio. Aunque solo sea en mi recuerdo.

En plató hubo un silencio.

—Me pregunto quién será esa tal Cris —dijo uno de los trabajadores de la clínica.

—Je, je, ¿te imaginas que es nuestra Cris? —dijo el otro.

—¡No flipes! Ha dicho que Cris no juzga, y nuestra Cris juzga constantemente.

—Sí, la descripción no encaja.

—¡Seréis holgazanes! —El jefe entró en la sala dando palmadas como quien espanta a una paloma—. ¿Qué miráis?

—Aquí, la Isabel Romero que ha salido del armario y ha dicho que tiene novia.

—Ex-novia —le corrigió el otro.

El jefe miró la tele. El debate seguía en torno al lesbianismo de la presentadora que respondía con frescura preguntas sobre su relación actual y anterior.

—Entonces, podemos confirmar que también estuviste casada con Emilia Ferretti.

—Es correcto —respondió Isabel. Se la veía relajada, sonriente, incluso disfrutona. Había soltado lastre.

Los colaboradores se frotaban las manos.

—La Romero ha dicho que su novia se llama Cris —siguió contando de los fisios.

—¿Quién ha puesto la tele? Habíamos dejado puesto un USB con ofertas.

—No sé, cuando he llegado ya estaba puesta.

—¿Te imaginas que es nuestra Cris, eh, jefe, eh, eh?

El jefe seguía viendo la tele, incrédulo.

—¿Dónde está nuestra Cris?

Los trabajadores se miraron entre sí.

—Cris, nuestra Cris. ¿Dónde está? —insistió.

Señalaron en dirección a los despachos. Su jefe salió disparado hacia allí, abriéndose paso entre *fitballs* y camillas.

capítulo 7

el de los polis de nyc

CUANDO dieron paso a publicidad hubo unos tímidos aplausos tras las cámaras. Perla quiso decirle algo a Isabel, incluso le agarró de la muñeca, pero la presentadora se zafó y huyó de aduladores y enhorabuenas en dirección a su refugio.

—¿Y Diana? —preguntó cuando entró en Maquillaje.

—Ha tenido que salir —respondió una maquilladora.

—¿Salir? ¿Adónde?

Se encogieron de hombros.

—Lo único que sabemos es que su ex le estaba mandando mensajes todo el rato, ha hablado con ella y se ha largado.

—¿Y de qué han hablado?

Volvieron a encogerse de hombros.

—No lo sé, pero parecía urgente —respondió una de las chicas.

—No era sobre Nerea, si es eso lo que te preocupa —aclaró la otra.

A Isabel no se le había pasado esa idea por la cabeza, pero aún así fingió alivio para guardar las apariencias.

—Y si te sirve de algo, has estado muy bien —añadió la chica.

Su voz se fue apagando conforme Isabel la miraba. Tenía el rostro congelado: no quería mostrar sentimientos, pero por fuera parecía que estuviera maquinando un asesinato.

—¿Y el siguiente invitado? —preguntó.

Las chicas se miraron entre sí.

—Aquí no ha venido nadie.

Una guionista abrió la puerta.

—Ah. Estás aquí.

Isabel se giró y a la guionista le pareció que lA miraba una hidra. Se quedó congelada.

—¿Y bien? ¿Dónde está el siguiente invitado?

—Ya está aquí.

—¿Aquí dónde? Las chicas dicen que no ha pasado por maquillaje.

—Se ha sentado en el sofá.

—¿Sin maquillaje ni nada?

La guionista se encogió de hombros.

—Pensábamos que ya no daba tiempo.

Isabel fue hasta ella. La guionista se hizo a un lado y la siguió por el pasillo.

—Es el tipo ese que ha escrito sobre la II Guerra Mundial, ¿no? No me puedo creer que mi última entrevista de la temporada sea al enésimo tío que ha escrito un libro sobre la II Guerra Mundial.

—No, él no ha podido venir… —dijo la mujer con sobrealiento. La presentadora tenía un ritmo endiablado.

—Pues dime quién ha venido. Dame un par de pinceladas. ¿No pretenderás que salga ahí a las bravas?

—Creo que tú tienes más información que yo…

La guionista soltó la frase y se hizo a un lado, dejando que Isabel entrara sola al plató y se diera de bruces con la invitada.

AUNQUE había sido Soraya la que la había llamado, era Diana la que caminaba por delante, como si lo que fueran hacer hubiera sido idea suya. Su ex la seguía con la lengua fuera, esquivando a la gente, tratando de alcanzar a la maquilladora. Estaban en mitad de la calle, lejos de MediaStar.

—Venga, Diana, dame un respiro.

Diana se detuvo en seco y un señor tropezó con ella.

—Perdón.

—Disculpe.

Soraya la alcanzó y la agarró del brazo.

—¿Que te de un respiro?

La gente las miraba molesta. No era de buena ciudadana de urbe atropellada por el tiempo eso de pararse en mitad de la calle a resolver asuntos personales.

—¿Que te de un respiro, Soraya? Desde que te conocí llevo detrás de ti y tú has jugado conmigo.

La maquilladora avanzó y Soraya fue tras ella. Caminaron al ritmo de la calle, pero sin dejar de resolver sus asuntos personales.

—Jugar, jugar… tampoco. Cierto, no tenía las cosas claras y he sido un poco… inconsistente, digámoslo así.

—Inconsistente —repitió Diana con el labio torcido. Caminaba con los brazos cruzados para protegerse de las palabras de Soraya.

Doblaron una esquina.

—Mira, tenemos que enfocar nuestra relación desde otro punto de vista —Soraya sonaba en calma y paz consigo misma.

—Sí, el de la ex tóxica.

—Ay, Diana, por favor, no seas dramática.

—¡Me dejaste en una montaña rusa!

No es que Soraya la hubiera llamado para enfocar su relación en mitad de la ciudad. En realidad, tenía un propósito y estaba cerca de su destino.

Soraya le cortó el paso a Diana. Osó incluso a poner las manos sobre sus hombros. Mirada dulce, voz melosa.

—Diana, yo te quiero. Eres la primera persona a la que he querido de manera genuina, propia. ¿Sabes?

Diana evitó mirarla para no caer en la tentación de sus labios, no tanto por ella, que podría caer una y otra vez, sino por su hija, que seguía con el corazón roto y una novela inacabada.

—Siempre he vivido para los demás. Siempre he supeditado mi amor y, sobre todo, mi sexualidad a los demás. A mi madre, a mi ex marido, a mis novios en general, a Cris…

—¿A Cris? —Diana preguntó sorprendida.

—¡Sí! Es que, si lo piensas, es lógico. Es mi amiga de toda la vida. Ella es lesbiana, yo bisexual. ¡Teníamos que ser pareja! O por lo menos, intentarlo. Se lo debía a su yo adolescente.

—No, si al final vas a ser una buena samaritana.

—Por supuesto que lo soy. Si no, no estaríamos aquí.

Diana alzó las cejas. Cometió el error de mirar a Soraya y las rodillas le temblaron. Gruñó para recomponerse.

—A pesar de este nuevo aire que me traes de yogui, eres un como un elefante en una cacharrería. Un elefante *queer* en una cacharrería llena de mujeres lesbianas y bisexuales con el corazón roto pero dispuestas a amar. Y debes ir con más cuidado. Conmigo o con cualquiera. Somos muy frágiles —Tras años enterradas bajo un cortex cerebral lleno de relaciones líquidas, bromas y sarcasmo, las palabras le brotaban de los labios. Nunca se había permitido adentrarse en sus propios pensamientos—. Somos mujeres de 40 que estamos viviendo el amor con la intensidad de una quinceañera en un entorno que nos encorseta y nos hace sentirnos raras por amar a una mujer. Y además, como mujeres adultas que se supone que somos, debemos hacerlo de manera discreta, sensata, madura —Soraya abrió los ojos. Apenas podía disimular que la diatriba tan inteligente y bien hilada que Diana estaba soltando la ponía cachonda—. ¡Y lo entiendo! No se ven a mujeres lesbianas de 40 amando locamente como niñatas atolondradas. Somos como jardines que han florecido cuando ya nadie cuidaba de ellos.

—Eso es… precioso, Diana.

—Lo sé.

—Y por eso estamos aquí —dijo Soraya dando palmaditas.

Y aunque se refería a un punto concreto de la ciudad, las dos sabían que también aludía a su propia relación.

En un último intento por protegerse a sí misma, Diana expulsó todo el aire por la nariz y apretó los labios. Miró a Soraya con severidad. No quería decir que sí, pero tampoco que no. Soraya asintió. La entendió.

Las dos mujeres adoptaron la actitud de dos policías neoyorkinos a punto de atrapar al malo y abrieron la puerta de cristal.

CRIS se afanaba en buscar en el programa la ficha del deportista que acababa de atender. Era un corredor de larga distancia de origen nigeriano que habían nacionalizado por la vía del decreto para que pudiera ser seleccionado para ir al próximo Mundial. Durante la sesión, el atleta le había contado su periplo hasta llegar al país. Estuvo a punto de morir dos veces en el camino y tardó seis meses en poder comunicarse con su familia cuando llegó sus costas. Gracias a una ONG pudo apuntarse a un club de atletismo y retomar así su amor por el deporte.

—Correr me conecta conmigo mismo y con mis orígenes —le confesó en un precario español.

Ahora que ya era considerado un deportista de élite y le habían dado la nacionalidad, se había lesionado y su participación en el Mundial pendía de un hilo. O de las manos de Cris, mejor dicho.

—El seleccionador está furioso conmigo —le había confesado.

—No te preocupes, Sadiq. Haremos que llegues al Mundial.

La ficha de Sadiq no estaba en el programa de la clínica, así que tuvo que crearla. El nombre fue fácil teclearlo. El apellido ya le costó más. Y en eso estaba cuando su jefe entró por la puerta.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Cris levantó la mirada del teclado. Se había quedado a medias con el apellido.

—La ficha de Sadiq.

—No, tía, me refiero con Isabel Romero.

—¿Qué? —Cris no esperaba ese giro en la conversación.

—Isabel Romero, se acaba de declarar por televisión a una tal Cris.

Los labios de Cris estaban apretados en forma de u y las cejas, negras y pobladas, se cernían sobre sus ojos.

—¿Pero de qué estás hablando?

El jefe soltó el pomo de la puerta, fue hasta ella y se apoyó sobre la mesa. Su cabeza tapaba la bombilla y Cris se quedó en sombra.

—Isabel Romero —dijo—, ¿eres tú su Cris?

Cris tragó saliva y asintió.

—Supongo que sí.

—Nunca llegaste a decirme su nombre. Y lo entiendo. No te hubiera creído —dijo el hombre intentando no reírse—. La cosa es que se piensa que estás con Soraya y que has pasado página con ella.

Cris esperó más instrucciones pero su jefe no había pensado nada más. Se quedaron un rato mirándose, esperando que alguno de los dos lanzara una idea, por loca que fuera. Al primero que dijera algo, el otro le seguiría.

—¿Qué hago? ¿Voy… voy a la tele? —preguntó Cris.

—Sí, eso, ve a la tele. Ve y la esperas a la salida, y hacéis las paces, o habláis o lo que sea que tengáis que hacer.

Los dos se movieron por el despacho embrollados, como si no supieran dónde se encontraba la salida. El jefe la agarró de la y se la llevó a la salida con la ficha de Sadiq sin terminar.

—Espera, espera, que me quito el pijama y me cambio de ropa.

Por la puerta entraron Diana y Soraya.

—¡No! No hay tiempo —dijo la maquilladora con su actitud de poli de NYC.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No estabas en un respiro espiritual?

Diana asintió al entender la nueva personalidad desde la que le había hablado Soraya.

—¿Qué haces tú aquí? —le dijo Soraya. Se acercó a ella y le cogió de las solapas—. Cristina Higueras, eres una tía de la hostia, de verdad. Y te quiero. Pero ahora estamos en otro momento de nuestras vidas, creo que nunca hemos estado en el mismo punto, en realidad…

—Al grano, Soraya —le pidió Diana.

— Como te quiero y quiero que seas feliz, devolverte de alguna manera todo el amor que me has dado durante estos 30 años. Voy a ayudarte a recuperar a Isabel.

La confusión de Cris le impedía articular dos palabras seguidas.

—Vamos —intervino Diana—. Que yo también quiero que Isabel sea feliz. Bueno, y tú, que me caes bien, claro.

Cris se puso en manos de aquellas dos locas que, aun no sabiendo cómo gestionar su propia relación, creían saber qué hacer para llevar a buen puerto las relaciones de las demás.

ISABEL tropezó cuando pisó el plató. De repente, le parecía extraño. Daban igual las temporadas que llevara ahí metida, ya no se sentía dueña, ya era algo ajeno a ella. Qué diferente se sentía tras haberse declarado a Cris, de haber dicho que era una mujer lesbiana de manera libre en lugar de coartada por unas fotos en la prensa. Cuando lo hizo con Lara, el escenario fue su prisión durante mucho tiempo. Y cuando vio a su invitada en el sofá, nerviosa, como si nunca hubiera estado ante una cámara de televisión pensó que ya todo daba igual, que ahí empezaba una nueva etapa para ella.

Tenía que haberle pedido a Mati que negociara poder rediseñar el plató.

—Volvemos de publi. ¿Estás lista? —le preguntó el director.

Isabel asintió.

—Estamos en 3… 2…

La presentadora sonrió a cámara y esperó a que se iluminara el piloto rojo.

—Estamos de vuelta en este último programa de la temporada y para mí es un honor y, por qué no decirlo, una sorpresa, la última invitada —Isabel caminó hasta el sofá. La cámara enfocó a la invitada, que se puso de pie para recibirla—. Emilia Ferretti, bienvenida de nuevo.

Emilia sonrió y se dieron dos besos.

Isabel se dejó caer en el sofá. Tenía preparadas unas tarjetas con, imaginó, algunas preguntas, esas pinceladas que le había pedido a la guionista. Las dejó a un lado.

—Muchas gracias a vosotros por invitarme de nuevo.

La actriz continuó con las formalidades.

—La serie está teniendo muy buenas audiencias. Enhorabuena —comentó Isabel.

—*Grazzie mile*, estamos muy contentos. Llevo años en esto, y siempre me pongo nerviosa por cómo va a encajar el público una nueva ficción. Y venía a hablar de eso.

—¿Y ya no? —preguntó Isabel.

Emilia rio con suavidad.

—Me has expuesto, querida.

—Lo siento muchísimo —Isabel acarició las manos de Emilia—. Sé que quieres proteger a tu novia y yo he sido una bocazas.

—No pasa nada. De verdad. No quiero seguir viviendo una vida en el armario. Hemos hecho muchas tonterías por amor, ¿*cierto*?

—Muchísimas —confesó Isabel a la que se le escapó una risa nerviosa.

—Es difícil para mujeres como nosotras, tan famosas encontrar el amor.

—Y que sea sincero.

—Sí. Yo te quise, Isabel. *Veramente*. Te quise mucho, pero no supe hacerlo bien. Te hice daño y me atormento por ello.

Isabel negó con la cabeza. Si Emilia seguía por ese camino, podía acabar llorando y aquel podía ser el último programa, pero no quería terminarlo con un bollodrama.

—Emilia, no hace falta que…

La actriz le cogió de la barbilla y la obligó a mirarla. Hasta entonces, Isabel no se había dado cuenta de lo cerca que estaba de ella.

—Eres una persona maravillosa. Yo no supe cuidarte, pero ella sí.

Isabel torció el gesto. No estaba tan segura de ello. O sea, sí, Cris la había cuidado muy bien, pero ahora estaba en brazos de otra mujer, que, Dios la perdone, necesitaba más cuidados que ella.

—He sido una cobarde y por eso ahora es tarde.

Isabel asintió. La lágrima se deslizó por su mejilla. Se limpió la cara con el dorso de la mano y se estropeó un poco el maquillaje.

—Pues díselo ahora.

—Ojalá pudiera, pero ahora está con otra y… Fíjate si estoy desesperada que lo he dicho por televisión con la vana esperanza de…

—No, no —Emilia la interrumpió—, díselo ahora.

Levantó la mano y extendió el índice. Isabel siguió la dirección a la que apuntaba y allí, escoltada por un hombre con pijama azul, por Diana y por Soraya, entre cámaras y cables, Cris se movía nerviosa. Estaba tan fuera de su zona de confort que no sabía ni estar en modo fría y arrogante. Parecía más bien una niña esperando a sus madres en la puerta del colegio.

—Cris… —susurró Isabel.

—Más alto, por favor —le pidió el director.

—Pero, ¿qué hago? —preguntó Isabel.

Todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. Mati se lo gritó a la tele; Emilia la empujaba disimuladamente para que se levantara del sofá; Diana le hacía gestos a la espalda de Cris. A una señora de Ivershire se le quemaba el filete ruso que le preparaba a su nieto; otra señora de A Coruña apuraba en la cocina mientras su marido protestaba porque no llegaba la comida al comedor. Hasta el presentador de las noticias que iba a continuación miraba el monitor donde se emitía el programa de Isabel mientras se coordinaba con el resto del equipo para eliminar alguna noticia por si le comía su tiempo.

—Isabel —le susurró el director al oído—. Si te vas a la mierda, nos vamos todos, pero yo quiero saber cómo acaba esto—. Y luego ordenó—: Que entre Cris al plató.

La presentadora se debatía en su fuero interno. Una cosa era salir del armario y otra convertir su relación en un bloque de su programa.

La figura de Cris fue ganando luz conforme salía de las sombras. Seguía temblando. Isabel le tendió una mano.

—Ven aquí, mi amor —hablaba en susurros en un vano intento de que aquello quedara entre ellas dos.

Cris se sujetó a aquella mano como si la vida le fuera en ello. Isabel le frotó el dorso de la mano con su pulgar y la devolvió al sofá de su casa.

—Te compensaré por esto, te lo juro —Isabel tenía los ojos arrasados—. Nunca nadie me ha tratado como me has tratado tú.

—¿Con desdén y aspereza? —dijo Cris sacando a pasear su sarcasmo para combatir su inseguridad.

Isabel rio.

—Sí. Bueno, no —se corrigió—. Quiero decir con naturalidad y cariño. Desde el momento en que me cogiste la rodilla.

De pronto, eran solo ellas dos. Habían bajado las luces de todo el plató y sólo un par de focos las iluminaban a ellas. En aquella escena, todo el mundo parecía querer lucirse: el foquista creó una escena cálida y amorosa; los cámaras cerraron el plano a sus rostros, a sus manos, que seguían entrelazadas; alguien puso un tema de Carole King; el resto aguantaba la respiración.

—Pues para mí ha sido muy fácil hacerlo —dijo Cris.

Sonreían nerviosas cogidas de la mano. Isabel empezó a balancear las caderas.

—No te pases. Ya sabes lo pésima que soy bailando.

—Estás en la tele. Hay que dar espectáculo.

—¿Ah, sí? —dijo Cris—. Pues van a tener espectáculo.

—¿No irás a decir lo de la reina de Suecia otra vez, verdad?

Cris sonrió con picardía. Se buscó en los bolsillos hasta dar con algo. Manipuló con sus dedos el alambre del pan del molde que había usado para cerrar la bolsa de su almuerzo. Ahora era una anillo. Hincó la rodilla en el suelo.

—¿Qué haces? —preguntó Isabel con una risa nerviosa.

—Dar espectáculo. Nos han puesto las luces así y nos está viendo medio país y pensé que…

—Pero tú no querías casarte.

—Eso pensaba, sí —confesó Cris—. Pero resulta que no es el qué, es el quién. Al final, sí ha merecido la pena 30 años de espera.

Al oír aquello, Isabel se arrodilló frente a ella. Más que de manera voluntaria fue un acto reflejo, una especie de rendición ante la evidencia. Los cámaras se apuraron para bajar el ángulo de tiro, el foquista hizo lo propio con las luces. En la penumbra, Diana y Soraya se cogieron de

las manos.

—Isabel Romero, reina de las mañanas, princesa de mis noches —La voz de Cris era firme y llena de convicción—, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, sí quiero —respondió Isabel.

Cris metió el anillo de alambre en el dedo sorprendida de haber acertado con el diámetro. Las dos se miraron unos segundos a los ojos y se besaron como si llevaran dos vestidos preciosos y un maquillaje y peluquería profesional. Cris la agarró de la cintura y la obligó a ponerse de pie.

—No es bueno para tu rodilla —bromeó.

Isabel le rio la gracia. No podía dejar de sonreír.

—Dios, ya me veo que vamos a ser virales —susurró Isabel.

La iluminación volvió a cambiar, el plano se abrió. Enfocaron a Emilia, que aplaudía y lloraba sentada en el sofá. Se oían aplausos fuera de cámara. La presentadora se llevó la mano a la frente a modo de visera. Vio a Diana y a Soraya que aplaudían. Había dejado su vida sentimental en manos de dos personas que apenas sabían manejar la suya. Se la había jugado a lo grande. Podía haber perdido al tercer amor de su vida por cobarde. Las habían tenido que exponer de tal manera a ella y a Cris para confesarse su amor que le dio rabia. La sonrisa se le hundió ligeramente.

—Siento romper este momento —le dijo el director por el pinganillo—. Pero tienes que despedir el programa.

Isabel trató de apaciguar los ánimos, pero la gente seguía aplaudiendo y Carole King seguía cantando. Notaba la mirada de Cris a su lado. Dio vueltas a su anillo hecho con alambre. Sí, se la había jugado. No obstante, la jugada le había salido bien y sintió una conexión emocional con Diana, que había traído a Soraya, que le había traído a Cris; con Mati, por supuesto, que consideraba que Cris no era de fiar porque era la ex de una ex; con todas las mujeres lesbianas que se conocen porque son la ex de una ex, o la novia de una amiga, o la amiga de su novia. Se sintió en el centro de ese universo y entendió por qué su prima le pedía que asumiera ese papel.

—En fin, familia —se limpió la cara—. No esperaba terminar así. De hecho, esperaba terminar con algo mucho más aburrido que esto —Tomó aire. Suspiró—. Sólo puedo decir… Sólo puedo decir: no seáis como yo. No esperéis a que sea quizá demasiado tarde —Cris le apretaba la mano con fuerza—. Sed valientes en el amor. Os prometo que yo estaré aquí la próxima temporada para daros la fuerza y la visibilidad que a mí me faltaron. Nos vemos en septiembre. Y ahora sí, os dejamos con los servicios informativos. Manuel, ya disculparás este atropello…

El presentador de los informativos sonrió con complicidad.

—Enhorabuena, Isabel —dijo Manuel. Luego continuó—: Además del compromiso de Isabel Romero con su novia, estos son el resto de titulares de hoy.

Fuera de cámara, Isabel agarró a Cris de la cintura y la besó con todas sus ganas. Mientras sus labios se rozaban, la presentadora se acordó del glaciólogo. Los sentidos se le avivaron, se multiplicaron. Era incluso capaz de escuchar el pulso de Cris. Notó el vacío expandiéndose en su interior. La luz brutal de los focos y un silencio atronador, pese a los aplausos y vivas.

Efectivamente, estar enamorada era como estar en la tierra y en el cielo a la vez.

capítulo 8

el de la presentación del libro

‘Una primavera tardía’: El último producto manufacturado del grupo editorial de MediaStar

La ópera prima de la televisiva Isabel Romero cumple con su cometido de convertirse en carne de guión audiovisual

Isabel Romero, proclamada reina de las mañanas, ha decidido dejar los focos y las cámaras por un momento para adentrarse en el mundo de la literatura con su primera novela ‘Una primavera tardía’.

La presentadora del magazín líder de las mañanas, ‘De buena mañana’ ha logrado crear una obra de lectura entretenida apoyada en su promoción en el morbo de tratarse de una ficción basada en sus amores presentes y pasados, un “quién es quién” de famosas y anónimas que hará las delicias de sus seguidoras.

Así cualquiera se cuela en las listas de *best-sellers*.

En lo literario este libro no es más que un prolongado bloque de su programa matutino, lleno de trivialidades y exhibicionismo. Vendido por el grupo editorial como un relato valiente y necesario, “Una primavera tardía” no es más que una excusa para un narcisismo desmedido, y en el peor de los casos, una falta de respeto al lector que busca en la literatura algo más que el simple voyeurismo.

La obra se convierte en un testimonio más de cómo la agenda gay busca infiltrarse en todos los aspectos de la cultura popular, sin preocuparse por el mérito o la sustancia.

Mal que nos pese, y dada su temática, es ya un *best-seller* listo para ser guionizado, lo que dará alas a la autora para seguir perpetrando historietas.

En definitiva, ‘Una primavera tardía” es una lectura prescindible, recomendada solo para aquellos que buscan una dosis de chismorreo y sensacionalismo barato. Isabel Romero debería considerar regresar a su trinchera televisiva, donde al menos sus frivolidades encuentran un público dispuesto a aceptarlas. La literatura, sin embargo, merece algo más que esta pobre excusa de autoficción.

EL Mateam tenía ahora dos estrellas: la estrella de la tele y la de la liga. Cris había fichado por el equipo de Mati en la Triple L y, aunque hacía todo lo posible, no era capaz de elevar el juego de aquella cuadrilla de mujeres más pendientes de hacer negocios entre sí que de

marcar goles.

Para colmo, eso de la compenetración casi telepática en el fútbol con su novia había sido una mentira más que se había traído de sus sueños de adolescente.

Eso sí, el azul le quedaba francamente bien y lo de hacer el amor en las duchas con su novia le daba tremendo morbo.

—Joder, Cris —jadeaba Isabel en su oído—. Me vas a destrozar el coño.

—Quiero verte.

Cris le tiró del pelo y sacó la cara de la presentadora del cobijo de su cuello. La espalda contra las frías baldosas del vestuario, la cabeza hacia atrás, el agua de la ducha corriendo por su garganta, el pelo mojado y la mueca congelada en una sonrisa que se abría y cerraba conforme Cris metía los dedos en su interior. Con la otra mano, la fisio recorría los los pechos de Isabel, redondos, algo caídos y con los pezones más erectos que había visto. Bajó la cabeza y lamió uno. Su saliva se mezcló con el agua templada.

—Agárrame o me caigo de culo. No me aguantan las piernas ya —le pidió Isabel con la voz entrecortada.

La mano de Cris dejó de explorar el pecho de Isabel y se aferró a su culo. Lo estrujaba, lo apretaba contra ella, ayudándose de esa presión para penetrar más contra el coño de Isabel.

Era una privilegiada. Sólo ella sabía cómo dar placer a la escritora de éxito, a la presentadora de moda, a la famosa de la que todos querían saber más. Y no sólo un placer físico, también espiritual. Sólo ella sabía cuándo Isabel estaba para una noche de peli y manta, una cena fuera o un sarao con la gente de la tele. Y Cris estaba ahí con ella, agarrada de su mano, acariciándole con el pulgar, y sin abrir mucho la boca para seguir alimentando el aura de chica mala que tanto fascinaba a la prensa, aunque por dentro siguiera muriéndose de la vergüenza cuando Isabel mostraba con orgullo su anillo hecho con el alambre del envoltorio del pan de molde.

Ahora había un *trend* por el que muchas lesbianas y bisexuales llevaban un anillo así en la mano. Se reconocían en la calle, en el metro, en el trabajo, y había generado una comunidad muy especial en redes sociales.

El cuerpo de la presentadora comenzó a convulsionar, apenas se sostenía en el suelo con la punta de los dedos de los pies; Cris la sujetaba en el aire.

El grito de la presentadora hizo eco en el vestuario. Su risa posterior también.

—No termino de acostumbrarme a estos orgasmos —dijo volviendo a meter su cara en el cuello de Cris.

—¡Aquí estáis! —Mati entró en el vestuario, obviando la desnudez de sus jugadoras—. Con lo de ir a calentar no me refería a esto.

—Ya sabes, Mati, es el polvo de antes del partido, que nos da suerte —dijo Cris. Se había acostumbrado ya a que la prima de Isabel las viera desnudas en sus encuentros pre-partido.

—¿Qué suerte ni qué suerte? Si vamos las últimas —Mati cogió las botas de Cris y se las lanzó a los pies—. Más vale que hoy hagas un *hat-trick* o te hecho del equipo.

Mati se marchó dejando a la pareja vestirse entre risas.

Aunque Cris marcó un triplete, perdieron el partido 3-4.

PESE a lo que pensara la crítica sobre la agenda gay, Isabel y Mati no lo habían tenido fácil para convencer al grupo editorial de que publicaran la novela de la presentadora. En el grupo entendían la importancia de la temática, pero consideraban que ya había editoriales especializadas en temas LGTBIQ+ que cubrían ese nicho.

—No somos un nicho, coñe. Queremos nuestras historias publicadas para que todo el

mundo las lea —protestó Mati.

Su insistencia y el éxito en redes y medios de la declaración de Isabel en televisión terminaron por convencer a la editorial.

Además, la popularidad de Isabel había ido en aumento. Era la mujer de moda. Estaba por todas partes: anuncios de televisión, marquesinas, bolos, revistas del corazón, prensa política, listas de personas influyentes. Su mensaje era imparable y se colaba por cada rendija del país.

Si el libro había sido un éxito de ventas, la película no sería menos y ya estaban inmersos en la preproducción. El principal escollo: Emilia Ferretti. Los directivos querían que se interpretara a sí misma y ella insistía en querer interpretar a Isabel.

Así que ahí estaban los directivos, los primeros en llegar a la presentación del libro, plantados delante de un gran cartel con la cara de Isabel sin *photoshopear* (otra batalla perdida por ellos) y la portada de la novela.

Poco a poco el teatro fue llenándose de mujeres lesbianas y bisexuales, como vaticinó Mati, pero también de personas heteros, gente de la tele y prensa especializada y generalista.

En el escenario, un par de butacas altas y, de nuevo, la imagen del rostro sin filtros de Isabel y la portada de la novela. Manuel, el presentador de informativos, sería el conductor de la presentación.

Por el *photocall* fueron pasando los invitados más conocidos así como algunas miembros de la Asociación de Mujeres ProfesionaLES, pero los *flashes* se dispararon a velocidades inauditas cuando Isabel apareció de la mano de Cris.

Las dos mujeres se colocaron frente al mural promocional. Cris la agarró de la cintura para asegurarse de que no hubiera ni un hueco entre ellas. Había tenido que acostumbrarse a ser una imagen pública y no se le daba nada mal. De manera sincronizada, Isabel y ella hacían un barrido de una punta a otra de la fila de fotógrafos, y vuelta. Isabel con su sonrisa promocional; Cris con su gesto serio de vaquero del Oeste, perdonándole la vida a todos. A Isabel le encantaba. También ella se sentía una privilegiada por ser la persona que conocía a la Cris de interior, la de las manos frías y el corazón caliente, la Cris sin el antifaz que la protegía de su inseguridad. Todo el mundo deseaba a Superman, pero sólo ella dormía con Clark Kent.

La nube de flashes se convirtió en una luz única y absoluta que las iluminó cuando Cris se inclinó al oído de Isabel.

—Estás preciosa.

Y le dio un beso bajo el lóbulo de la oreja.

Isabel alargó el brazo y le tocó el abdomen.

Más flashes.

—Parecéis dos quinceañeras —gritó un fotógrafo.

Isabel rio. Cris le perdonó la vida.

Realmente lo eran.

Las invitaron a avanzar hacia los periodistas. La presentadora ya no tenía miedo a este momento. Es más, ahora deseaba que llegara.

—Se os ve muy felices, como si fuera vuestro primer amor.

Cris se colocó a su espalda. La agarró de la cintura. Su cabeza sobresalía por encima de la suya y parecía su guardaespaldas más que su novia.

—Bueno, como mujer lesbiana que soy…

Los periodistas se esforzaron por disimular su tedio. Últimamente, Isabel empezaba así todas sus frases y como ellos no eran mujeres lesbianas o *queer* se les hacía cansino. Aún así, tocaba aguantar el micro y la sonrisa.

Isabel captó el gesto.

—No he vivido esto muchas veces, ni lo he visto en televisión ni en ningún lado. Así que, aunque os resulte un fastidio, os va a tocar vernos y escucharnos siempre que tengamos ocasión para que las niñas y niños *queer* que nos están viendo no tengan que esperar 30 años para vivir su amor con libertad.

Cris se humedeció los labios para disimular la sonrisa que se le escapaba, pero fue en vano. Se inclinó y premió a su novia con un beso en el cuello. Un periodista rápido sacó una foto con su móvil. A los pocos minutos, ya eran un meme. La imagen de Cris besando por detrás a Isabel corrió por las redes con un mensaje en letras gruesas y blancas:

“Reina de las mañanas… Princesa de sus noches”.

FIN.

Sobre A. M. Irún

A. M. Irún nació en Zaragoza a principios de los años 80, lo que implica dos cosas evidentes: está en torno a los 40 años y posee una determinación tan fuerte como los adoquines.

Es periodista, licenciada por la Universidad Complutense de Madrid, en una época en la que la facultad era igual de gris por dentro que por fuera. También estudió guión de cine y documental, atraída por la idea de contar historias. No fue hasta su regreso a Zaragoza cuando, casi como una revelación y con el objetivo de entenderse a sí misma, publicó su primer libro lésbico, «Nico, por favor».

Desde entonces, ha escrito numerosos libros y relatos protagonizados por mujeres lesbianas o bisexuales, recibiendo siempre una respuesta positiva por parte de las lectoras. Sus historias sobre lesbianas no solo la ayudaron a comprenderse mejor a sí misma, sino también a cientos de chicas que encontraron en sus novelas un tipo de literatura lésbica que echaban en falta: fresca, divertida y, muy importante, con final feliz.

Otras novelas de A. M. Irún

- La gran sonrisa (2023)
- Todos los besos que no di (novela corta, 2021)
- Mi mentira más sincera (2021)
- Una estrella danzante (2018)
- Último atardecer en Lisboa (2017)
- Sea (2017)
- Los libros de Nico y Carla:
  - Nico, por favor (2015)
  - El sentido de la vida de Carla Pi (2016)
  - Aquí se quisieron Carla y Nico (2016)
  - Si quiero (amor condicional) (2022)

Descúbrelas en **nicoporfavor.com**